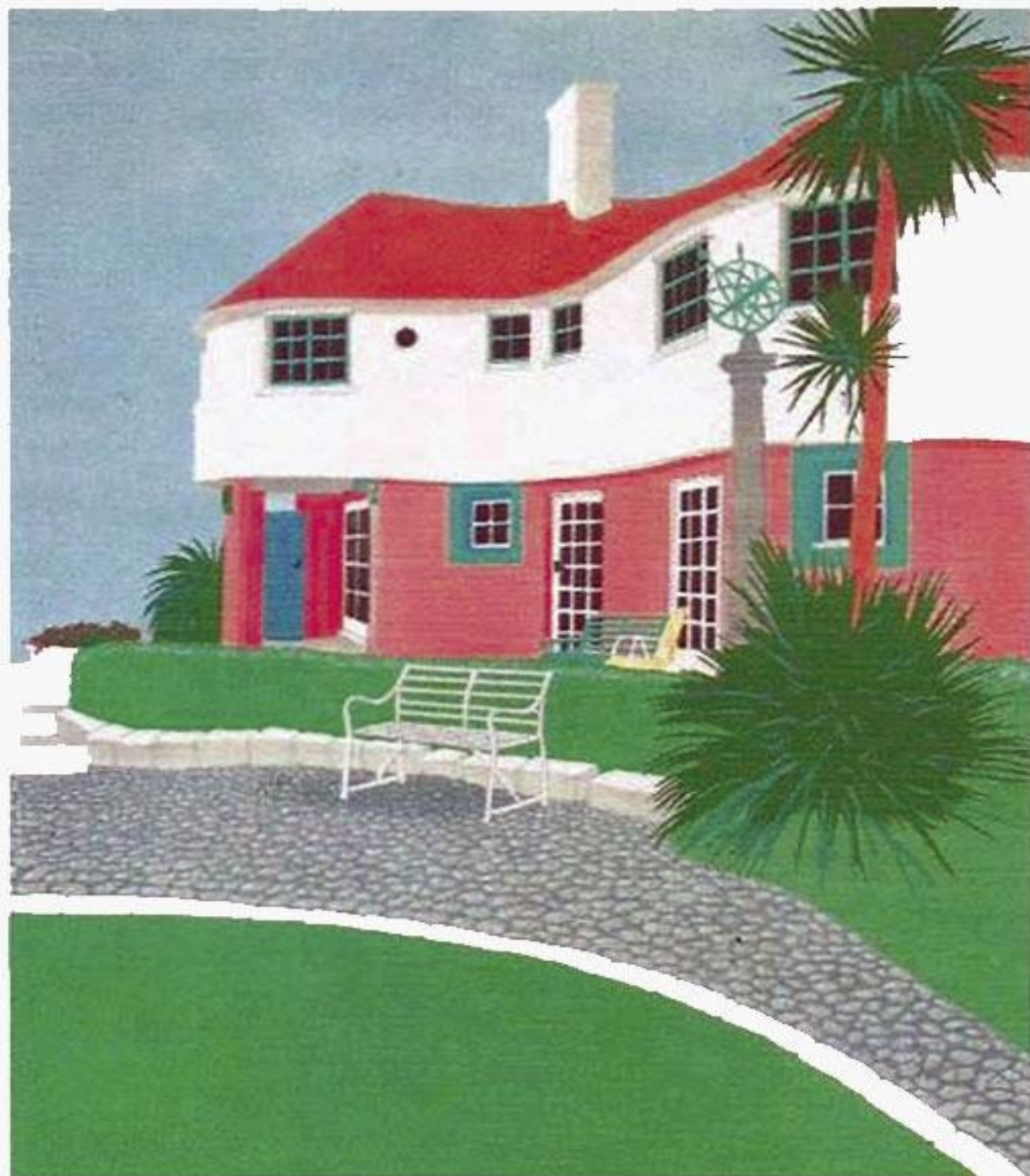


RAYMOND CHANDLER / R. PARKER



# LA HISTORIA DE POODLE SPRINGS

Lectulandia

Marlowe ha caído en una de las más extrañas situaciones de su vida: el matrimonio. El solitario detective se ha casado con una rica heredera y radicado en la elegante Poodle Springs. Pero el lujo no consigue hacer mella en el cinismo de Marlowe ni en su vocación de buscar problemas. En pocas horas tiene roces con la policía y es contratado para cobrar una deuda de juego. Pronto descubre el lado oscuro de Poodle Springs, donde la codicia, la lujuria y la desesperación llevan a hombres y mujeres a vivir vidas secretas, e incluso, al asesinato.

Cuando **Raymond Chandler** murió en 1959 dejó escritos varios capítulos de un thriller protagonizado por su legendario personaje Philip Marlowe. Treinta años después, el libro de Chandler apareció gracias a la colaboración de uno de los grandes escritores policiales actuales, **Robert B. Parker**, genuino intérprete de la mejor tradición del autor.

**Lectulandia**

Raymond Chandler & Robert B. Parker

# **La historia de Poodle Springs**

ePub r1.2

GONZALEZ 21.08.15

Título original: *The Poodle Springs Story*  
Raymond Chandler & Robert B. Parker, 1989  
Traducción: Mónica Rubio Fernández

Editor digital: GONZALEZ  
Corrección de erratas: Tragabuches  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

Linda detuvo el Fleetwood descapotable frente a la casa, sin meterse en el camino de entrada. Se reclinó en el asiento, miró la casa y luego me miró a mí.

—Es una parte nueva de Springs, cariño. Alquilé la casa para la temporada. Un poco cursi, pero Poodle Springs es así.

—La piscina es demasiado pequeña —dije—. Y no hay trampolín.

—El dueño me ha dado permiso para poner uno. Espero que te guste la casa, cariño. Sólo hay dos dormitorios, pero el principal tiene una cama hollywoodiense que parece tan grande como una pista de tenis.

—Estupendo. Si no estamos de acuerdo, podemos guardar las distancias.

—El baño no es de este mundo; es increíble. El vestidor adjunto tiene una moqueta rosa de pared a pared de éstas en las que te hundes hasta la pantorrilla. En los tres estantes de cristal hay todos los cosméticos de los que hayas podido oír hablar. El retrete, si me permites la familiaridad, está aparte, en un anexo que tiene puerta y la tapa tiene encima una enorme rosa en relieve. Y todas las habitaciones de la casa dan a un patio o a la piscina.

—Casi no puedo esperar a darme dos o tres baños. Y luego a la cama.

—Son sólo las once de la mañana —dijo ella, recatada.

—Esperaré hasta las once y media.

—Cariño, en Acapulco...

—Acapulco estuvo muy bien. Pero sólo teníamos los cosméticos que tú te habías traído y la cama no era más que una cama, no un prado, y había otras personas que podían tirarse a la piscina y el baño no tenía moqueta.

—Cariño, a veces eres un bastardo. Vamos a entrar. Estoy pagando doce mil dólares al mes por este garito. Quiero que te guste.

—Me va a encantar. Doce mil dólares al mes es más de lo que gano como detective. Será la primera vez que me mantengan. ¿Puedo ponerme un *sarong* y pintarme las uñas de los pies?

—Maldita sea, Marlowe, no tengo la culpa de ser rica. Y si tengo el dichoso dinero, voy a gastármelo. Y si tú estás cerca, algo te caerá. Tendrás que hacerte a la idea.

—Sí, cariño —la besé—. Me compraré un mono y dentro de una temporada no podrán separarnos.

—No puedes tener un mono en Poodle Springs. Tienes que tener un caniche<sup>[1]</sup>. Ya he encargado uno que es una preciosidad. Negro como el carbón y muy listo. Ha dado clases de piano. A lo mejor puede tocar el órgano Hammond que hay en la casa.

—¿Tenemos un órgano Hammond? Eso es algo de lo que nunca pude prescindir.

—¡Cállate! Estoy empezando a pensar que debí casarme con el Comte de Vaugirard. Era bastante encantador, pero usaba perfume.

—¿Podría llevarme el caniche al trabajo? Tendría un órgano eléctrico pequeñito, uno de los que se pueden tocar aunque tengas menos oído que un bocadillo de carne en conserva. El caniche puede tocarlo mientras los clientes me mienten. ¿Cómo se llama el caniche?

—Tinta.

—Se mataron a pensar.

—No seas desagradable o no... Ya sabes.

—Sí, ya sé. ¡Si apenas puedes esperar!

Hizo retroceder el Fleetwood y se metió por el camino de entrada.

—No te preocupes por la puerta del garaje. Agustino meterá el coche, pero no es realmente necesario en este clima desértico tan seco.

—Ah, sí, el mayordomo, criado, cocinero y consuelo de corazones tristes. Buen chico. Me gusta. Pero aquí hay algo que está mal. No podemos tener sólo un Fleetwood. Yo necesito otro para ir a la oficina.

—¡Al diablo contigo! Si no eres educado, sacaré mi látigo blanco. Tiene incrustaciones de acero en la tralla.

—La típica esposa americana —dije, y rodeé el coche para ayudarle a salir.

Ella cayó en mis brazos. Olía de maravilla. Volví a besarla. Un hombre que estaba cerrando un aspersor frente a la casa de al lado sonrió y saludó con la mano.

—Ése es el señor Tomlinson —dijo ella a través de mis dientes—. Es un corredor de bolsa.

—Corredor o cargador, ¿a mí qué? —seguí besándola.

Hacía tres semanas y cuatro días que nos habíamos casado.

## 2

La casa era muy bonita, pero apestaba a decorador. La pared delantera era de cristal, con mariposas dentro. Linda dijo que la habían traído de Japón. El suelo del recibidor estaba alfombrado de vinilo azul con dibujos geométricos dorados. Al lado había un gabinete. Estaba lleno de muebles, incluyendo cuatro candelabros de cobre y el escritorio taraceado más bonito que yo había visto nunca. Junto al gabinete había un baño de huéspedes, al que Linda llamaba «aseo». Había aprendido a hablar inglés durante el año y medio que pasó en Europa. El baño de huéspedes tenía una ducha y un tocador con un espejo de tres cuartos encima. El sistema de alta fidelidad incluía altavoces en cada habitación. Agustino los había puesto a bajo volumen. Apareció en la puerta, sonriendo e inclinándose. Era un muchacho de buen aspecto, medio hawaiano, medio japonés. Linda se lo había traído de un corto viaje que hicimos a Maui antes de ir a Acapulco. Es increíble lo que puede traerse uno cuando tiene ocho o diez millones de dólares.

Había un patio interior con una palmera grande y unos cuantos arbustos tropicales y varias piedras cogidas del desierto, puestas allí sin ningún fin, pero que habían costado doscientos cincuenta dólares cada una. El baño, acerca del cual Linda no había exagerado, tenía una puerta que daba al patio; éste, a través de una puerta, se comunicaba con la piscina y ésta, a su vez, daba acceso al patio interior y, a través de otra puerta, al patio exterior. La moqueta del salón era gris pálido, y el órgano Hammond tenía incorporado un bar en el extremo opuesto al teclado. Aquello casi pudo conmigo. En el salón también había sofás a juego con la moqueta, butacones contrastados y una enorme chimenea con campana, a seis pies de la pared. Había un baúl chino que parecía muy auténtico y, en la pared, tres dragones chinos grabados. Una de las paredes era totalmente de cristal; las otras, de ladrillo en colores que combinaban con la moqueta hasta una altura de cinco pies, y más arriba, de cristal.

El cuarto de baño tenía una bañera a ras del suelo, y armarios con puertas correderas lo suficientemente grandes como para contener todos los trajes que se quisieran comprar doce debutantes en sociedad.

En la cama hollywoodiense podían haber dormido cómodamente cuatro personas. Había una moqueta azul celeste, y podías leer hasta dormirme a la luz de unas lámparas montadas en estatuillas japonesas.

Seguimos hasta la habitación de huéspedes. No tenía camas gemelas, sino dos camas grandes haciendo juego; un baño con el mismo espejo enorme sobre el tocador y los mismos cuatro o cinco mil dólares en cosméticos, perfumes y dios sabe qué en los tres estantes de cristal.

Quedaba la cocina. A la entrada tenía un bar, un armario empotrado con veinte clases de vasos y copas: de vino, de cóctel, de balón; más allá, una cocina encimera sin horno ni parrilla; dos hornos eléctricos y una parrilla eléctrica en otra pared; un frigorífico enorme y un gran congelador. La mesa de desayuno era de cristal

esmerilado, y tenía en tres de sus lados unas cómodas sillas amplias, y en el cuarto, un sofá de obra. Puse en marcha el ventilador de la campana. Sonaba como un lento sollozo, casi en silencio.

—Es demasiado caro para mí —dije—. Divorciémonos.

—¡Tonto! Esto no es nada comparado con lo que tendremos cuando construyamos nuestra propia casa. Todo esto es un poco chillón, pero no puede decirse que la casa esté vacía.

—¿Dónde va a dormir el caniche? ¿En la habitación de huéspedes o con nosotros? ¿Y de qué color le gustan los pijamas?

—¡Cállate!

—Voy a tener que desempolvar mi oficina después de esto. Me sentiré inferior si no lo hago.

—Tú no vas a tener oficina, estúpido. ¿Para qué crees que me casé contigo?

—Ven otra vez al dormitorio.

—Maldición, tenemos que deshacer las maletas.

—Apuesto a que Tino ya lo está haciendo. Parece un chico capaz de ocuparse de ello. Tengo que preguntarle si le importa que le llame Tino.

—A lo mejor puede deshacerlas. Pero no va a saber dónde quiero poner mis cosas. Soy muy maniática.

—Peleémonos por los armarios; quién se queda cuál. Luego podemos luchar un poco, y después...

—Podríamos darnos una ducha, nadar y tomar un almuerzo temprano. Me muero de hambre.

—Tú, almuerza temprano. Yo me voy al centro de la ciudad y busco una oficina. Tiene que haber negocio en Poodle Springs. Aquí hay mucho dinero, y yo podría echar una mano a algún centavo que otro.

—Te odio. No sé por qué me casé contigo. Pero insististe tanto...

La agarré y la acerqué a mí. Acaricié sus cejas y sus pestañas, que eran largas y hacían cosquillas. Seguí hacia su nariz y mejillas y acabé en su boca. Al principio era sólo una boca; luego, una aguda lengua, y finalmente un largo suspiro y dos personas tan cerca como dos personas pueden estarlo.

—Te he ingresado un millón de dólares para que hagas con él lo que quieras —susurró.

—¡Qué gesto tan hermoso! Pero sabes que no lo tocaré.

—¿Qué haremos, Phil?

—Tendremos que capear el temporal. No todo va a ser fácil. Pero yo no quiero ser el señor Loring.

—Yo no voy a cambiarte, ¿verdad?

—¿Es que quieres convertirme en un gatito ronroneante?

—No. No me casé contigo porque yo tuviera un montón de dinero y tú no. Me casé contigo porque te quiero, y una de las cosas que me gustan de ti es que no cedes



ante nadie. No quiero hacerte de menos, cariño. Sólo quiero intentar hacerte feliz.

—Yo quiero hacerte feliz a ti. Pero no sé cómo. No tengo las cartas suficientes en la mano. Soy un hombre pobre casado con una mujer rica. Sólo estoy seguro de una cosa. Mi oficina será un sitio andrajoso, pero allí me convertí en lo que soy. Allí seré lo que haya de ser.

Se oyó un débil murmullo, y Agustino apareció en la puerta abierta inclinándose, con una sonrisa de desaprobación en su elegante jeta.

—¿A qué hora desearía comer Madame?

—¿Puedo llamarle Tino? —le pregunté—. Sólo porque es más fácil.

—Naturalmente, señor.

—Gracias. Y la señora Marlowe no es Madame. Es la señora Marlowe.

—Lo siento muchísimo, señor.

—No hay nada que sentir. A algunas señoras les gusta. Pero mi esposa lleva mi nombre. A ella le gustaría comer. Yo tengo que marcharme a trabajar.

—Muy bien, señor. Le prepararé el almuerzo a la señora Marlowe inmediatamente.

—Tino, hay otra cosa. La señora Marlowe y yo estamos enamorados. Esto se manifiesta de muchas maneras. Tú no debes ver ninguna de estas maneras.

—Sé cuál es mi sitio, señor.

—Tu sitio es que estás aquí para hacernos la vida cómoda. Te lo agradecemos. Tal vez más de lo que crees. Técnicamente, eres un sirviente. De hecho, eres un amigo. Parece que hay un protocolo para estas cosas. Tengo que respetar el protocolo, igual que tú. Pero detrás de todo esto, sólo somos un par de tipos.

Él lanzó una sonrisa radiante.

—Creo que estaré muy contento aquí, señor Marlowe.

No se podía decir cómo o cuándo desapareció. Simplemente, ya no estaba. Linda rodó sobre su espalda, levantó los dedos de los pies y se quedó mirándolos.

—¿Qué digo ahora? Me gustaría saberlo. ¿Te gustan los dedos de mis pies?

—Es el grupito de dedos de pie más adorable que he visto nunca. Y parece un grupo muy completo.

—Aléjate de mí, hombre horrible. Mis dedos de los pies son adorables.

—¿Puedo coger prestado el Fleetwood durante un rato? Mañana me acercaré a L. A. y recogeré mi Olds.

—Cariño, ¿tiene que ser así? ¡Parece tan innecesario!

—Para mí no hay otro modo —dije.

El Fleetwood me llevó zumbando hasta la oficina de un hombre llamado Thorson, en cuya ventana se leía que era un corredor de fincas, y prácticamente cualquier otra cosa excepto un aficionado a los conejos.

Era un hombre calvo de aspecto agradable a quien no parecía importarle nada en este mundo excepto que su pipa se mantuviese encendida.

—Es difícil encontrar oficinas, señor Marlowe. Si quiere una en Canyon Drive, como creo entender, le va a costar.

—No quiero una en Canyon Drive. Quiero una en alguna calle lateral o en Sioux Avenue. No puedo permitirme una en la avenida principal.

Le di mi tarjeta y le dejé echar un vistazo a la fotocopia de mi licencia.

—No sé —dijo dubitativo—. Al Departamento de Policía no va a gustarle. Ésta es una ciudad de veraneo y los visitantes tienen que estar tranquilos. Si se ocupa usted de asuntos de divorcio, la gente no va a mirarle bien.

—No me ocupo de asuntos de divorcios, y rara vez gusto a la gente. En lo que se refiere a la poli, yo mismo se lo explicaré, y si quieren echarme de la ciudad, a mi esposa no va a gustarle. Acaba de alquilar una bonita casa en la zona cercana al nuevo domicilio de los Romanoff.

No se cayó de la silla, pero tuvo que dominarse mucho.

—¿Se refiere a la hija de Harlan Potter? Oí que se había casado con alguien... bueno, diablos, ¿qué estoy diciendo? Usted es el tipo, ya veo. Estoy seguro de que podremos proporcionarle algo, señor Marlowe. Pero ¿por qué quiere una calle lateral o la Sioux Avenue? ¿Por qué no en la mejor zona?

—Lo pago con mi propio dinero. No es que tenga mucho.

—Pero su esposa...

—Escúcheme bien, Thorson. A lo más que llego es a ganar un par de miles al mes, en bruto. Algunos meses, nada. No puedo permitirme gastos aparatosos.

Encendió su pipa por novena vez. ¿Por qué fumarán si no saben hacerlo?

—¿Le gustará eso a su esposa?

—Lo que a mi esposa le guste o no es asunto suyo, Thorson. ¿Tiene usted algo o no? No me estafe. He trabajado para lo mejor de la clientela. Me pueden engañar, pero no usted.

—Bueno...

Un joven de aspecto avisado empujó la puerta y entró sonriendo.

—Señor Marlowe, represento a la «Gaceta de Poodle Springs». Tengo entendido...

—Si fuera así, no debería estar aquí —me levanté—. Lo siento, señor Thorson, tiene usted demasiados botones bajo su escritorio. Miraré en otra parte.

Empujé al reportero y me dirigí a la puerta abierta. Si alguien cierra alguna vez una puerta en Poodle Springs, es que se trata de una reacción nerviosa. Al salir

tropecé con un hombre muy colorado y grande, que me sacaba cuatro pulgadas y treinta libras.

—Soy Manny Lipshultz —dijo—. Usted es Philip Marlowe. Vamos a hablar.

—He llegado aquí hace unas dos horas —dije—. Estoy buscando una oficina. No conozco a nadie que se llame Lipshultz. ¿Me deja pasar, por favor?

—Tal vez tenga algo para usted. Todo se sabe en este pueblo. El yerno de Harlan Potter, ¿eh? Eso hace mucho ruido.

—Desaparezca.

—No sea así. Tengo problemas. Necesito un buen profesional.

—Cuando tenga una oficina, señor Lipshultz, vaya a verme. Ahora tengo asuntos importantes de los que ocuparme.

—Puede que yo no viva tanto tiempo —dijo en voz baja—. ¿Ha oído hablar del Agony Club? Bueno... Soy su dueño.

Miré otra vez hasta la oficina del señor Thorson. El halcón de la noticia y él mismo eran todo oídos.

—Aquí no —dije—. Llámeme después de que yo haya hablado con la ley. —Le di el número.

Me lanzó una sonrisa cansada y se fue. Yo volví al Fleetwood y conduje animadamente hasta la comisaría, que estaba un poco más allá. Aparqué en un espacio reservado y entré. En el escritorio había una bonita rubia con uniforme de policía.

—Maldita sea —dije—. Creí que todas las mujeres policía eran feas. Usted es una muñeca.

—Tenemos de todos los tipos —dijo tranquilamente—. Es usted Philip Marlowe, ¿verdad? He visto su foto en los periódicos de L. A. ¿En qué podemos ayudarle, señor Marlowe?

—Estoy fichado. ¿Hablo con usted o con el sargento de guardia? ¿Y por qué calle puedo andar sin que me llamen por mi nombre?

Ella sonrió. Sus dientes eran regulares y tan blancos como la nieve sobre la montaña que había tras Springs. Apuesto a que usaba una de las diecinueve clases de pasta dentífrica que son mejores y más nuevas y mayores que todas las demás.

—Mejor habla usted con el sargento Whitestone.

Abrió una puerta batiente y me indicó con la cabeza una puerta cerrada. Llamé, la abrí y me encontré con un hombre de aspecto tranquilo, pelirrojo, con la clase de ojos que un sargento de policía acaba consiguiendo con el tiempo. Ojos que han visto demasiada miseria y han oído demasiadas mentiras.

—Mi nombre es Marlowe. Soy detective privado. Quiero abrir aquí una oficina si puedo encontrar una y ustedes me dejan.

Solté otra tarjeta sobre el escritorio y abrí la cartera para enseñarle mi licencia.

—¿Divorcios?

—Nunca me ocupó de eso, sargento.

—Bien. Eso ayuda. No voy a decir que me entusiasme, pero podemos entendernos, si deja usted los asuntos de la policía a la policía.

—Me gustaría, pero nunca he sabido dónde pararme.

Frunció el ceño. Luego chasqueó los dedos y gritó:

—¡Norman!

La rubia bonita abrió la puerta.

—¿Quién es este individuo? —gimió el sargento—. No me lo digas. Lo adivinaré.

—Me temo que sí, sargento —dijo ella recatadamente.

—¡Demonios! Ya es bastante malo tener a un detective privado husmeando. Pero un detective respaldado por dos o tres millones de pavos... Eso es inhumano.

—No estoy respaldado por ningún par de miles de millones, sargento. Voy por mi cuenta, y soy un hombre relativamente pobre.

—¿Ah, sí? Usted y yo somos iguales, pero yo me olvidé de casarme con la hija del jefe. Nosotros, los polis, somos estúpidos.

Me senté y encendí un cigarrillo. La rubia salió y cerró la puerta.

—Es inútil, ¿verdad? —dije—. No puedo convencerle de que soy sólo un tipo más que se busca la vida. ¿Sabe de alguien llamado Lipshultz que tiene un club?

—Demasiado bien. Su garito está en el desierto, fuera de nuestra jurisdicción. De vez en cuando, el fiscal del distrito hace una redada. Dicen que permite el juego en su garito. Yo no sé.

Se pasó la callosa mano por la cara y la hizo parecer la de un hombre que no sabía.

—Me atrapó frente a la oficina de un corredor de fincas llamado Thorson. Dijo que tenía problemas.

El sargento me miró inexpresivo.

—Tener problemas es lo mismo que llamarse Lipshultz. Apártese de él. Se le pueden contagiar algunos de esos problemas.

Me levanté.

—Gracias, sargento. Sólo quería presentarme a usted.

—Ya se ha presentado. Espero ver el día que se despida.

Me fui y cerré la puerta. La guapa policía me lanzó una agradable sonrisa. Me paré ante su escritorio y la mire un momento sin decir nada.

—Supongo que a ningún policía le gustarán los detectives —dije.

—A mí me parece usted bien, señor Marlowe.

—A mí me parece usted mejor que bien. También le gusto a mi esposa a ratos.

Ella colocó los codos sobre el escritorio y unió sus manos bajo la barbilla.

—¿Y qué hace el resto del tiempo?

—Desea que yo tenga diez millones de dólares. Así podremos permitirnos tener dos Fleetwood Cadillac más.

Le sonreí de modo fascinante, salí de la comisaría y me subí al solitario Fleetwood. Me dirigí a la mansión.

Al final de la calle principal, la carretera gira a la izquierda. Para llegar a donde quieres, sigues derecho, con una colina a la izquierda y alguna calle ocasional a la derecha. Un par de coches de turistas que iban a ver las palmeras del parque estatal me adelantaron (como si no pudiesen ver todas las palmeras que quisieran en el mismo Poodle Springs). Detrás de mí iba un Buick Roadmaster, despacio. En un estrechamiento de la carretera que parecía vacío, aceleró de pronto, me adelantó y se volvió frente a mí. Me pregunté qué es lo que habría hecho mal. Dos hombres salieron del coche de un salto: los dos iban muy deportivos, y dieron una carrerita hasta donde yo había frenado. Dos pistolas brillaron en sus manos. Metí la primera. Extendí la mano hacia la guantera, pero no hubo tiempo. Estaban junto al Fleetwood.

—Lippy quiere hablar contigo —gruñó una voz nasal.

Tenía el aspecto de un matón barato cualquiera. No me molesté en examinarlo. El otro era más alto, más delgado, pero no más encantador. Ambos sujetaban las pistolas de modo bastante profesional.

—¿Y por dónde anda Lippy? Bajad las pipas. Yo no llevo.

—Después de que él hablase con usted, se fue a ver a la poli. A Lippy no le gustó.

—Dejad que adivine —dije alegremente—. Lippy podría ser el señor Lipshultz, que dirige o posee el Agony Club, que no está en la jurisdicción de los polis de Poodle Springs, y el Agony Club anda mezclado en asuntos ilegales. ¿Por qué quiere verme tan desesperadamente que tiene que mandar un par de tontainas a buscarme?

—Negocios, un asunto gordo.

—Claro, no pensé que fuéramos tan amigos que no pudiera comer sin mí.

Uno de los chicos, el más alto, rodeó el Fleetwood y llegó hasta la puerta del lado derecho. Si hacía algo, tenía que ser ahora. Pisé a fondo el acelerador. Un coche barato se hubiese calado, pero el Fleetwood no. Salió disparado hacia adelante y mandó al matón más alto a hacer gárgaras. Se estrelló contra la parte trasera del Roadmaster. No pude ver lo que le pasó al Fleetwood. Debía tener uno o dos arañazos ligeros en el parachoques delantero. Mientras chocaba, di un tirón a la tapa de la guantera y saqué el 38 que me había llevado a México, aunque no lo necesitase. Pero cuando se va con Linda, no hay que correr riesgos.

El más bajito había empezado a correr. El otro estaba todavía sentado. Salté fuera del Fleetwood y disparé por encima de su cabeza.

El otro matón se paró en seco, seis pies más allá.

—Mirad, queridos —dije—, si Lippy quiere hablar conmigo, no puede hacerlo si estoy lleno de plomo. Y no enseñéis nunca las pistolas si no estáis dispuestos a usarlas. Yo lo estoy. Vosotros no.

El chico alto se puso de pie y guardó su pistola, ceñudo. Tras un instante, el otro hizo lo mismo. Se fueron a buscar su coche. Yo reculé con el Fleetwood y lo puse a la altura del Roadmaster.

—Iré a ver a Lippy —dije—. Necesita consejo acerca de su personal.

—Tiene una bonita esposa —dijo el bajito en tono desagradable.

—Y cualquier matón que le ponga la mano encima está ya medio tieso. Hasta luego, asqueroso. Te veré en el depósito.

Guardé la pistola en el Fleetwood y me fui. Giré por nuestra calle, que como todas las de la zona era un callejón sin salida entre las altas colinas que bordeaban las montañas. Paré frente a la casa y miré la parte delantera del Fleetwood. Estaba un poco abollado, no mucho, pero si demasiado para que una dama como Linda lo condujese. Entré en la casa y la encontré en el dormitorio contemplando los vestidos.

—Has estado holgazaneando —dije—. Todavía no has colocado los muebles.

—¡Cariño! —se echó sobre mí como en un lanzamiento rápido, alto y al interior<sup>[2]</sup>—. ¿Qué has estado haciendo?

—Estrellé tu coche contra la parte trasera de otro. Tendrás que llamar para pedir algunos Fleetwood más.

—Pero ¿qué pasó? Tú no eres un conductor chapucero.

—Lo hice a propósito. Un hombre llamado Lipshultz que dirige el Agony Club me agarró cuando salía de la oficina de un corredor de fincas. Quería hablar de negocios, pero en ese momento yo no tenía tiempo. Así que de camino a casa me mandó un par de rufianes con pistolas para persuadirme de que lo hiciese ya. Yo me estrellé contra ellos.

—Claro que sí, cariño. E hiciste muy bien. ¿Qué es un corredor de fincas?

—Un agente inmobiliario con un clavel. No me has preguntado por lo estropeado que está tu coche.

—Deja de llamarlo mi coche. Es nuestro coche. Y no creo que esté tan estropeado como para que se note. De todas formas, necesitamos un sedán para salir por la noche. ¿Has comido?

—Te tomas condenadamente bien que casi me disparasen.

—Bueno, en realidad estaba pensando en otra cosa. Me temo que mi padre va a dejarse caer pronto por aquí y va a empezar a comprar la ciudad. Ya sabes lo que piensa de la publicidad.

—¡Cuánta razón tiene! Me han llamado por mi nombre una docena de personas ya. Incluyendo a una mujer policía exquisitamente rubia y bonita.

—Seguramente sabe judo —dijo Linda sin darle importancia.

—Oye, no consigo a mis mujeres por métodos violentos.

—Bueno, quizá. Pero creo que recuerdo haber sido obligada a entrar en el dormitorio de alguien.

—Obligada, ya. Si casi no podías esperar.

—Dile a Tino que te traiga algo de comer. Si seguimos hablando de esto, me voy a olvidar de seguir colocando mis vestidos.

Finalmente encontré una oficina, tan parecida a un tugurio como podía serlo en Poodle Springs, al sur de Ramon Drive, encima de una gasolinera. Era el típico edificio de dos pisos de falso adobe con vigas estriadas de imitación saliendo del alero. Había una escalera exterior que corría a lo largo de la pared de la derecha, que llevaba a un cuarto con un fregadero en un rincón, y un escritorio barato dejado allí por el inquilino anterior, un tipo que tal vez vendiera seguros, y quizás otras cosas. Fuera lo que fuese lo que vendía, no le daba para pagar la renta, y el viejo que poseía el edificio y llevaba la estación de servicio le había echado hacía un mes. Junto al escritorio había una silla giratoria chirriante, un archivo de metal gris y un calendario con un dibujo de un perro tirando de la parte de abajo del bañador de una niña pequeña.

—Cariño, esto es espantoso —dijo Linda cuando lo vio.

—Tendrías que ver a algunos de mis clientes —dije.

—Si alguien entrase...

—Esto es lo que yo puedo permitirme —dije.

Linda asintió.

—Bueno, estoy segura de que quedará muy bien —dijo—. Vámonos a comer.

Sonó el teléfono y Linda lo cogió.

—Oficina de Philip Marlowe —dijo. Luego escuchó, frunció la nariz y me tendió el teléfono—. Debe ser un cliente, cariño. Suena espantoso.

—Sí —dije al auricular, y una voz que ya había oído antes dijo:

—Marlowe, soy Manny Lipshultz.

—¡Qué amable de su parte! —dije.

—Ok, mandarle un par de chicos duros fue un error. Los he hecho peores.

Lo dejé pasar.

—Si está dispuesto a negociar, me gustaría hablar con usted.

—Venga —dije.

—¿Podría usted venir aquí?

—¿Al Agony Club?

—Sí. ¿Sabe dónde está?

—Fuera de la jurisdicción de Poodle Springs —dije—. ¿Cuándo?

—Ahora.

—Salgo en media hora —dije, y colgué.

Linda me estaba mirando con los brazos cruzados sobre el pecho. Me recliné hacia atrás en la chirriante silla, me puse las manos detrás de la cabeza y le sonreí. Ella llevaba un sombrero blanco ridículo con una especie de velo, un vestidito blanco sin mangas y zapatos blancos de tacón alto con correas. Daba golpecitos en el suelo con el pie derecho.

—¿Salgo en media hora? —dijo.

—El primer cliente —dije—. Tengo que ganarme la vida.

—¿Y tu comida?

—Llama a Tino. Tal vez quiera reunirse contigo.

—No puedo ir a comer con el mayordomo.

Me levanté.

—Te dejaré en casa.

Ella asintió, se dio la vuelta y salió de la oficina delante de mí. Cuando la dejé, no me dio un beso de despedida, ni aunque salí del coche para abrirle la puerta. Marlowe el seductor. Un modelo de cortesía.

El Agony Club estaba al noreste de Poodle Springs, justo un poco más allá de la frontera, en Riverside County. Un famoso actor se había instalado allí para construir un castillo en el desierto, pero tuvo un revés de fortuna basado en un incidente con una chica de quince años, y el castillo se convirtió en una anécdota. Parecía un burdel para mexicanos ricos, todo de estuco blanco y azulejos rojos, con fuentes en el patio y buganvillas trepando por los lados. A pleno día tenía un aspecto un poco deslucido, como una anciana estrella de la pantalla. No había coches en el camino circular de grava. Se podía oír el zumbido del aire acondicionado en algún lugar que no se veía, como una langosta detrás del edificio.

Aparqué el Olds bajo el alero, en la parte trasera del patio, y caminé hacia la fresca oscuridad de la entrada. Había dos grandes puertas de caoba labradas, una ligeramente entreabierta. La empujé y sentí el repentino frescor que había dentro. Era agradable después del fuerte calor del desierto, pero también parecía artificial, como la sedante caricia de un embalsamador. Los dos matones que me habían tendido una emboscada el otro día surgieron de algún lugar situado a la derecha.

El más alto dijo:

—¿Va armado?

—Sí —dije—. Nunca se sabe si habrá que disparar a algo por aquí.

Al más bajo sólo se le veía a medias, rezagado en el oscuro vano de la puerta que había a la derecha. Vi la luz que provenía de la habitación principal reflejándose en la pistola que llevaba en la mano.

—No puede ir a ver a Lippy con pistola —dijo el alto.

Me encogí de hombros, abrí mi abrigo y el alto sacó suavemente el arma de debajo de mi brazo. La miró.

—Cañón de dos pulgadas —dijo—. No muy bueno en distancias largas.

—Sólo trabajo de cerca —dije.

El alto me condujo a través del espacio abierto central. Vi colocadas mesas para *blackjack*, ruletas y mesas de dados. A lo largo de la pared más lejana había una barra de caoba pulida, con botellas enfiladas artísticamente frente a una pared de cristal situada detrás. La única luz provenía de una serie de altas ventanas estrechas junto al techo, que probablemente habían sido diseñadas originalmente para parecer troneras. Vi filas de candelabros de cristal colgando del techo, apagados.



El matón bajito andaba cinco pasos por detrás de mí. No creí que me estuviese apuntando, pero no quería que me pillase mirándole.

Junto al extremo más apartado de la barra había tres escalones que conducían a una oficina grande perteneciente a Manny Lipshultz. Él estaba allí, sentado tras un escritorio del tamaño de un campo de jugar al tejo.

—Marlowe —dijo—. Siéntese. ¿Quiere beber algo?

Se levantó, rodeó un aparador de palo rosa, cogió un botellón y llenó dos gruesos vasos hasta la mitad. Me tendió uno y volvió a su escritorio a sentarse.

—Todo va bien, Leonard —le dijo al matón alto—. Lárgate.

Leonard y su compañerito desaparecieron en silencio hacia las sombras. Sorbí un trago de mi copa, *scotch*, mejor que el que estaba acostumbrado a tomar, incluso aunque mi mujer tuviese diez millones de pavos.

—Me alegro de que haya podido venir, Marlowe —dijo Lipshultz.

—Yo también —dije—. Me estoy buscando la vida.

—¿Casándose con la hija de Harlan Potter?

—Eso quiere decir que ella no tiene que buscarse la vida —dije.

Lipshultz asintió.

—Tengo un problema, Marlowe.

Esperé.

—Lo que hacemos aquí no es... ¿sabe usted?, muy legal.

—Ya sé —dije.

—¿Se ha preguntado por qué no nos ponen la mano encima?

—No —dije—, pero si lo hiciera, supondría que tienen ustedes respaldos, y que esos respaldos tienen el dinero que hace que la gente no le ponga la mano encima a nadie.

Lipshultz sonrió.

—Es listo, Marlowe. Ya sabía que era usted listo incluso antes de echarle la vista encima.

—Y con esas credenciales, ¿para qué me necesita?

Lipshultz sacudió la cabeza tristemente. Tenía una nariz gorda que hacía juego con su cara roja, y pelo negro liso con raya al medio, peinado muy tieso a cada lado de su cabeza en forma de bala.

—No puedo usar ese respaldo en esto —dijo—. De hecho, si usted no me ayuda, el respaldo va a mandar alguna gente a verme. ¿Me sigue?

—Si lo hacen, tendrá que conseguir una ayuda mejor que el par de patanes que hizo que me siguieran.

—Eso es verdad —dijo Lippy—. Es difícil traer gente aquí. Quiero decir que esto no es Los Ángeles. El desierto no le gusta a todo el mundo. Por eso me alegré tanto cuando vi que había venido usted. Había oído hablar de usted cuando trabajaba en Hollywood.

—Es su día de suerte —dije—. ¿Qué quiere usted que haga?

Me tendió un pagaré de 100.000 dólares firmado por «Les Valentine» en el extremo inferior, con letra muy pequeña y cuidada. Luego se volvió a sentar para dejar que aquello hiciese su efecto.

—Yo —dijo Lippy— aceptando a un tipo un pagaré de cien de los grandes. Debo estar haciéndome viejo.

—¿Cómo llegó a esto? —dije.

—Su familia tiene dinero. Antes siempre habían respondido.

—Y cuando el señor Pez Gordo que le dirige revisó los libros un día, se dio cuenta de que había un agujero de cien mil.

—Su pasante —dijo Lipshultz—. Y el señor Blackstone vino a verme.

La habitación climatizada estaba fría, pero Lipshultz sudaba. Sacó un pañuelo de seda del bolsillo y limpió su cuello con él.

—Se vino aquí derecho, se sentó donde está usted exactamente y me dijo que tenía treinta días para cubrir la pérdida —dijo Lipshultz.

—¿O...?

—No hay «o...» con el señor Blackstone, Marlowe.

—Así que quiere que encuentre al chico que le timó.

Lipshultz asintió.

—Yo encuentro gente, Lipshultz. No los presiono.

—Es todo lo que le estoy pidiendo, Marlowe. Me faltan cien de los grandes. Si no los recupero, soy hombre muerto. Encuentre al chico. Háblele.

—¿Y si no los tiene? Los chicos que pierden cien de los grandes en una mesa de juego no suelen conservarlos mucho tiempo —dije.

—Él los tiene. Su mujer tiene veinte o treinta millones.

—¿Y por qué no se los pide a ella?

—Lo he hecho, pero ella no me cree. Dice que su Lester no haría una cosa así. Y yo le dije que le preguntase a Lester y ella dice que ahora está fuera, haciendo fotos para alguna película que están rodando al norte de L. A.

—¿Cómo es que no le ha apretado las tuercas?

Lipshultz sacudió la cabeza.

—Es una dama —dijo.

—Y usted, un caballero —dije.

Lipshultz encogió los hombros.

—¡Qué demonios! —exclamó.

No es que me lo creyera, pero no encontré nada que replicar.

—Le pagaré el diez por ciento si consigue el dinero —dijo Lipshultz.

—Cobro cien dólares al día más los gastos —dije.

Lipshultz asintió.

—Había oído que era usted un *boy scout*.

—Hay gente en San Quintín que se va a pasar allí veinte años, o toda la vida, que pensaba lo mismo —comenté.

Hizo una mueca.

—También oí que era usted duro.

—¿Dónde puedo encontrar al chico? —dije.

—Valentine, Les Valentine. Vive con su esposa en algún lugar de Poodle Springs, cerca del Racquet Club. ¿Quiere que lo busque?

—Soy un detective experto —dije—. Ya lo encontraré yo. ¿Puedo quedarme con el pagaré?

—Claro —dijo Lipshultz—. Tengo copias.

Lipshultz me dio 100 dólares como anticipo y apretó un botón en alguna parte, pues Leonard y su *alter ego* aparecieron. Leonard me devolvió la pistola, el *alter ego* se quedó a una distancia prudente para que yo no le mordiera, y me siguieron por el local de juego hasta que salimos a la brillante luz del día, por la puerta principal. Leonard y él miraron cómo me metía en el Olds y me marchaba, sumergido en el aire cálido que entraba por las ventanillas abiertas.

La casa de Les Valentine estaba junto a la carretera del Racquet Club, en una de aquellas retorcidas callejuelas creadas para conseguir un vecindario fugaz. Había cactus gigantes a intervalos regulares, y jacarandas que daban la nota de color. Los *bungalows* con sus anchos tejados estaban pegados a la calle, para que en la parte trasera hubiera sitio para las piscinas y el patio, que simbolizaban el último avance de la civilización en el desierto. No se veía a nadie. El único movimiento era el suave fluir de los aspersores. Todo el mundo debía estar dentro de las casas probándose los trajes para la fiesta del Racquet Club de aquella noche.

Aparqué el Olds delante y caminé por el sendero de grava blanca hasta el porche. A cada lado de la puerta de roble español había dos ojos de buey de cristal que combinaban con la arquitectura española como suele estarlo un *scotch* Margarita. Un criado japonés me abrió la puerta, recogió mi sombrero y me condujo al gabinete delantero para que me sentase hasta que él fuera a buscar a Madame.

La habitación era de estuco blanco. En un rincón había una chimenea de estuco, por si la temperatura descendiese por debajo de los diecinueve a la puesta de sol. El hogar era de baldosas rojas mexicanas. En la pared del frente había un gran cuadro de un tipo de aspecto ruin con un traje de tres piezas, de anchas cejas y con la boca de un hombre que da cinco centavos de propina. En la otra pared, a la izquierda de la chimenea, había una serie de fotografías con luces y sombras desde abajo, muy artísticas, de mujeres en extrañas poses mirando por encima del hombro. Cosas en blanco y negro, con marcos caros, como si fuesen importantes. En un caballete, junto a las puertas del patio, había una gran ampliación de un hombre y una mujer. Ella tenía unos treinta y tantos, aspecto serio, con la misma clase de boca que el tipo ruin del cuadro de la pared. Aunque se estuviera quedando calvo, el hombre que estaba con ella parecía más joven. Llevaba gafas sin montura en la foto, y una sonrisa que decía «no se fijen en mí».

—¿Señor Marlowe?

Me volví para ver a la mujer que estaba en la foto. Fruncía el ceño mirando mi tarjeta recién impresa. Las había encargado antes de tener la oficina, así que sólo ponía: «Philip Marlowe, Investigaciones, Poodle Springs». Linda había puesto el velo a unos nudillos rampantes de cobre.

—Sí, señora —dije.

—Siéntese, por favor —dijo ella—. ¿Ha estado admirando la obra de mi marido?

—Sí, señora. ¿Es su marido el que está con usted aquí? —señalé la foto.

—Sí, ése es Les. Puso el disparador automático y se unió a mí. Es muy inteligente.

El cuerpo contradecía la cara. La cara con boca miserable que decía «no le voy a dar ni una maldita cosa». El cuerpo, de senos poderosos y orgullosas caderas, decía «puede llevarse lo que pueda coger». Me acababa de casar con un Angel, pero podía

sentir el desafío.

—El del cuadro es mi padre —dijo.

Sonreí.

—Puede fumar si quiere —dijo—. Yo no fumo, mi padre no lo aprobaba, pero Les fuma y a mí me gusta el olor.

—Gracias —dije—. Dentro de un rato, tal vez.

Crucé las piernas.

—Estoy tratando de encontrar a su marido, señora Valentine.

—¿De veras?

—Sí. Me ha contratado, para que lo encuentre, un hombre que dice que su marido le debe cien mil dólares.

—Eso es ridículo.

—Mi cliente dice que su marido acumuló cien mil dólares de pérdidas de juego en su... esto... casino, y le dejó un pagaré por el importe.

—Los pagarés librados en el juego ilegal no son ejecutivos —soltó.

—Sí, señora. Pero ha puesto a mi cliente en una situación muy difícil con su jefe.

—Señor Marlowe, eso debe interesarle sin duda a alguien. Pero no a mí, desde luego, o a cualquiera que conozca a mi marido. Mi marido no juega. Tampoco hace pagarés. Paga lo que compra. No necesita hacer otra cosa. Se gana bien la vida y yo soy la afortunada depositaria de la considerable generosidad de mi padre.

—¿Podría decirme dónde está ahora su marido, señora? Tal vez si hablara con él podría aclarar todo esto.

—Les está en San Benedict con una compañía cinematográfica. Hace las fotos publicitarias. Los estudios le contratan a menudo para este tipo de cosas. Es un fotógrafo de mujeres jóvenes muy capaz y bien considerado.

A ella le gustaban las mujeres jóvenes como a una vaca le puede gustar un filete.

—Ya veo —dije—. ¿Para qué estudio está trabajando?

La señora Valentine se encogió de hombros, como si la pregunta no tuviera importancia.

—No me ocupo de seguirle —dijo.

Cuando no hablaba, mantenía los labios ligeramente abiertos y la lengua se movía en su boca sin descanso.

—Y, desde luego, no voy a molestarle con acusaciones absurdas que provienen de un hombre que se sabe que es un criminal.

—No dije quién era mi cliente —dije.

—Sé quién es: ese señor Lipshultz. Se dirigió a mí directamente y yo le dije lo que opinaba acerca de esta historia descabellada.

Saqué el pagaré de Lippy del bolsillo interior y lo sostuve para que lo viera.

—Ya me lo enseñó —dijo—. No lo creo. No es la firma de Les.

Me levanté y fui hacia una de las fotografías artísticas enmarcadas de la pared. En la esquina inferior derecha estaban firmadas «Les Valentine», con la misma letra

pequeña, inocua e inclinada que estaba en el pagaré. Puse la firma del pagaré junto a la firma de la foto. Mantuve la postura un minuto, con las cejas alzadas.

Ella miró las dos firmas como si nunca las hubiese visto. Su lengua salió disparada de la boca. Respiraba un poco más agitadamente que antes.

Se levantó de pronto y caminó hacia el aparador de roble blanqueado que estaba bajo el retrato de su padre.

—Voy a tomarme una copa, señor Marlowe. ¿Le gustaría acompañarme?

—No, señora —dije—. Pero fumaré ahora un cigarrillo, creo.

Sacudí la cajetilla para sacar uno. Lo encendí y aspiré una gran bocanada de humo que dejé salir lentamente por la nariz. La señora Valentine se sirvió un licor verde y sorbió dos o tres veces rápidamente antes de volverse hacia mí.

—A mi marido le gusta el juego, señor Marlowe. Yo lo sé, y me hubiese gustado impedir que usted se enterase.

Me ocupé de mi cigarrillo mientras ella se tomaba casi todo lo que quedaba de su bebida verde.

—Me gusta poder consentirle esta... debilidad, diría mi padre, supongo. Como he dicho, gozo del afecto de mi padre, y de su generosidad. Les es un artista, y como muchos artistas, es caprichoso. Está lleno de manías. Sensibilidades, podría decirse, que otros hombres, tal vez como usted, mundanos, no tienen necesariamente. En el pasado pagué sus deudas y me alegro de haber contribuido así, a mi modo, a su realización artística.

Volvió al aparador y se sirvió otra copa. Parecía algo que hacía a menudo. Bebió un poco.

—Pero esto, cien mil a un hombre como Lipshultz... —sacudió la cabeza como si no pudiera continuar, o le pareciera innecesario—. Hablamos, le dije que ya había llegado el momento de que fuese responsable, que se hiciese un poco más desenvuelto. Esperé, francamente, que con este asunto se deshiciese de su modo infantil de comportarse. Le dije que tendría que hacer frente él mismo a su deuda.

Acabé mi cigarrillo y lo apagué en una concha pulida de oreja de mar que había en la última mesa en medio del desierto. Miré las fotografías de jóvenes de la pared. Me pregunté a cuántas sensibilidades habría perdonado Les.

—¿Trabaja fuera de casa? —pregunté.

El bilioso aguardiente que estaba bebiendo empezaba a hacerle efecto. Movié las caderas sin cesar mientras se encontraba junto al aparador. Los muslos estaban llenos de energía a través de los anchos pantalones de seda negra. Había manchas rojas en los altos pómulos de su cara de maestra.

—¿Cómo un fontanero a domicilio? Rara vez. Tiene una oficina en Los Ángeles.

—¿Sabe la dirección, señora Valentine?

—Desde luego que no. Les entra y sale a sus anchas. Nuestro matrimonio está totalmente basado en la confianza. No necesito saber la dirección de su oficina.

Dejé que mis ojos vagasen por algunas de las fotografías colocadas en la pared.

Varias de las mujeres eran famosas, dos estrellas de cine, una modelo que había salido en la portada de «Life». Todas estaban firmadas en el extremo inferior derecho con la característica escritura menuda.

La señora Valentine me estaba mirando. Su vaso estaba de nuevo casi lleno.

—¿Cree que me asustan esas mujeres, señor Marlowe? ¿Cree que no puedo mantenerle en casa?

Posó su copa en el aparador y se volvió a medias, para que yo pudiese verla de medio perfil, e hizo que sus manos recorrieran sus senos y bajasen por su cuerpo, acariciando el tejido sobre sus muslos.

—Maravilloso —dije.

Me miró, manteniendo su postura. El rubor se extendía por sus mejillas. Luego soltó una risita, desagradable y pomposa.

—Los cien mil dólares son un asunto entre usted, Les y ese horrible señor Lipshultz. Si quiere seguir con sus juegucitos, adelante. Esperaré el... —hipó suavemente—... resultado.

Dio un sorbo a su copa.

—¿Qué es esa porquería? —pregunté—. Huele a abono.

—Adiós, señor Marlowe.

Me levanté, me puse el sombrero y salí. Ella aún estaba allí con sus senos erguidos. Había una gran palmera en un tiesto en el porche delantero. La miré mientras me iba.

—Tal vez ella te abone un poco —dije.

Tino estaba en la puerta cuando metí el Olds detrás del Fleetwood de Linda.

—La señora Marlowe está en la piscina, señor.

—Gracias, Tino. ¿Qué aspecto tiene?

—Muy agradable, señor.

—Correcto, Tino.

Tino sonrió ampliamente. Atravesé el salón pretencioso y salí al patio, a la piscina. Linda se encontraba en una tumbona celeste, con un bañador blanco de una pieza y un sombrero de ala ancha azul celeste a juego con la tumbona. En la mesita baja blanca que estaba junto a la tumbona había un vaso alto y estrecho que contenía algo con frutas. Linda levantó la cabeza de su libro.

—Cariño, ¿has pasado un día muy duro hablando con el señor Lipshultz?

Me quité la chaqueta y me aflojé la corbata. Me senté en una silla azul celeste que estaba junto a la tumbona. Linda pasó una uña por la raya de mi pantalón.

—¿Ha acabado mi gran detective el trabajo por hoy?

Tino apareció en la puerta del patio.

—¿Quiere que le traiga algo señor?

Sonreí agradecido.

—Un gimlet —dije—. Que sea doble.

Tino asintió y desapareció.

—He hablado con Lipshultz —dije—. También he hablado con la señora de Les Valentine.

Linda alzó las cejas.

—¿Muffy Blackstone?

—Una mujer de unos cuarenta y cinco —dije—. Parece alguien con la cabeza de una maestra de escuela y el cuerpo de una chica de Vargas<sup>[3]</sup>.

—Así es Muffy —dijo—. Aunque no estoy segura de que me guste que te hayas fijado en su cuerpo.

—Sólo hacía mi trabajo —dije.

—Es la hija de Clayton Blackstone. Él es un amigo de papá. Muy rico. A los cuarenta, ella se casó por primera vez con un don nadie. En Springs fue un escándalo.

—¿Qué sabes de Les?

—Muy poco. Sin dinero, sin clase. Se supone que se casó con ella por el dinero. Clayton Blackstone es tal vez más rico que papá.

—¡Santo cielo! —exclamé.

—Parece un hombrecillo bastante gris —dijo Linda.

—Sí —dije—. Seguramente tendrá una oficina ruinoso en alguna parte, encima de un garaje.

—Oh, cariño —dijo Linda—. No seas tan bastardo.



Tino apareció con una copa grande y cuadrada, de pie rechoncho. La cogió cuidadosamente y la puso en un mantelito junto a mi codo. Miró el vaso de Linda, vio que estaba casi lleno y se marchó silencioso.

—¿Qué hace Clayton Blackstone? —pregunté.

—Es rico —dijo ella—. Eso es lo que hace.

—Como tu papi —dije.

Linda sonrió, brillante. Di un sorbo al gimlet. Estaba frío y bien hecho y se deslizaba por mi reseco desierto como lluvia fresca.

—Es difícil hacer todo ese dinero —dije— sin ensuciarse un poquito las manos.

—Papá nunca dice eso.

—Apuesto a que no.

—¿Por qué lo dices? ¿Por qué vas a hablar con Muffy Blackstone?

—Valentine.

—Muffy Valentine.

Bebí otro trago de gimlet. La piscina brillaba azul y tranquila junto a mí.

—Su marido debe a Lippy cien de los grandes.

—¿Debe?

—Lippy tiene un pagaré suyo. La señora Valentine siempre había respondido hasta ahora. Pero no lo hará esta vez. Dice que tiene que hacerse mayor y pagar su deuda solo.

—Bien hecho. Estoy segura de que él debe haber sido un trago espantoso.

—Ella tampoco debe ser fácil —dije.

—No, supongo que no lo es —dijo Linda. Un bonito frunce apareció un instante entre sus cejas. Me incliné sobre él y lo besé—. Ella estuvo soltera mucho tiempo, dedicada a su papá y todo eso... bebe un poquito demasiado, también.

—En cualquier caso, al tipo para el que Lippy trabaja no le hace ninguna gracia que le falten cien de los grandes, y le ha dicho a Lippy que tiene treinta días para recuperarlos. Lippy no puede encontrar a Les. La señora Valentine dice que está fuera haciendo fotos en un rodaje. Lippy dice que si no repone el dinero, su jefe le mandará un par de tipos rudos a que le hagan una visita. Así que Lippy me contrata para que encuentre a Les y le diga que le entregue sus cien mil.

—Bueno, si alguien puede hacerlo, estoy segura de que eres tú. Mira cómo has sido capaz de convencerme de que me desnudase —dijo Linda.

—Ahora que me acuerdo, yo no he tenido esa suerte —dije. Miré hacia la piscina—. ¿Alguna vez has...?

—¿En una piscina? —dijo Linda—. Cariño, eres una bestia. Además, ¿qué hay de Tino?

—A mí no me importa lo que haya podido hacer Tino en una piscina —dije.

Ambos dimos sendos sorbos a nuestras bebidas. La tarde del desierto era ya más fresca, y sus sonidos empezaban a disminuir. Escuché un momento, contemplando el arco del pie de Linda. Linda también escuchaba.

—¡Qué gracioso! —dijo al cabo de un rato—. El gran jefe, el tipo que iba a prender fuego a Lippy. Se llama Blackstone.

—¿Clayton Blackstone?

—No sé. Seguramente será otro Blackstone.

—Oh, estoy segura —dijo Linda.

Tino volvió algo más tarde con dos copas más en una bandeja. Se llevó los vasos vacíos y se fue tan silencioso como había venido. Excepto en el momento de servirte, era como si no existiese. En lo alto, un halcón en la pradera se movía en lentos círculos, dejándose llevar por las corrientes de aire.

—¿Por qué haces esto cariño? ¿Por qué trabajas para ese Lipshultz?

—Es mi profesión —dije.

—¿Aunque no necesites el dinero?

Asentí.

—Tú no necesitas el dinero. Yo sí. No tengo ahorros.

—Pero ¿para un hombre como Lipshultz?

—En mi negocio no siempre te encuentras con gente de clase alta bien alimentada que tenga buenos modales y viva en vecindarios seguros —dije—. En mi trabajo, Lipshultz está muy por encima de la media.

—Entonces, ¿por qué no buscas otro negocio? —inquirió Linda.

—Me gusta mi trabajo —dije.

—Estoy segura de que papá podría...

La interrumpí en seco.

—Claro que podría, y yo podría ponerme un traje de franela gris y ser el yerno del jefe, sólo que soy un poco viejo para ser el yerno del jefe.

Linda miró hacia otro lado.

—Mira —dije—, señora Marlowe. No soy gran cosa. Hay cosas que puedo hacer. Puedo disparar, puedo mantener mi palabra, puedo trabajar en sitios estrechos y oscuros. Así que las hago. Encuentro trabajos que encajan con eso y con lo que soy. Manny Lipshultz tiene problemas, puede pagar, no me contrata para nada ilegal, ni siquiera inmoral. Tiene problemas, necesita ayuda, eso es lo que yo hago, él tiene dinero y yo lo necesito. ¿Te parecería mejor que cogiese el dinero de la señora Valentine para ayudar a su marido a no pagar su deuda?

—Creo que deberíamos dejar de hablar de esto, entrar y cenar, y luego retirarnos a nuestra habitación y... —levantó los hombros de un modo que no quería decir «no sé».

—Es usted muy exigente, señora Marlowe.

—Sí —dijo—. Lo soy.

Entramos y dejamos los vasos donde estaban. Qué diablos, ya se los llevaría Tino. No había que dejar que se aburriese el servicio.

Había cincuenta y cinco Valentines en la guía de L. A. Uno era un Lester y otro un Leslie. Lester vivía en Encino y era director de división de Pacific Bell; Leslie tenía una casa en Hope Street y era minorista de flores. Llamé a información. No tenían más Les Valentines.

Yo ya no tenía oficina en L. A. Tuve que hacer las llamadas desde una cabina que había en la esquina de Cahuenga y Hollywood Boulevard, frente a la oficina vieja. También llamé a una agencia de modelos local y a la Cámara de Comercio de San Benedict. Las dos estuvieron amables conmigo, lo cual, para ser L. A., ya era mucho.

Era enero y en L. A. hacía frío. Al otro lado del valle, los picos de las montañas de San Gabriel estaban cubiertos de nieve. En Hollywood, la gente pensaba que era invierno y llevaban pieles por el bulevar, y los productores, jerséis de *jacquard* bajo chaquetas de *tweed* cuando iban a comer a Musso y a Frank's. Yo estaba bien afeitado, olía a ron de la bahía, y de vuelta a la ciudad después de un mes de ausencia. Rápido, duro y con un caso entre manos.

Me subí al Olds, bajé una manzana hacia el sur y luego seguí hacia el oeste.

La agencia de modelos Tritón estaba en un callejón junto a Westwood Avenue, justo al norte de Olympic. El centro del callejón estaba cubierto de guijarros divididos en cuadrados por cuñas de madera roja. En cada cuadrado crecía una pequeña palmera, y así se formaba una fila en el centro del callejón. En el complejo había unos diez establecimientos comerciales, una tienda de libros raros, otra que vendía joyería mexicana y una más de cueros, y un abogado. Caminé a lo largo del porche de techo bajo que cubría las entradas, hasta que llegué a Tritón. Llamé en la campanilla de bronce y abrí la puerta. Era una oficina plateada, enmoquetada de felpa. Las paredes y el techo estaban pintados de plateado, y detrás del escritorio había una rubia de largas pantorrillas y medias de nylon impecables. Llevaba un vestido rojo de un material de punto suave, y cuando entré se estaba retocando el rojo de los labios. Siguió haciéndolo cuidadosamente mientras yo me quedaba plantado ante su escritorio.

—Yippie I Oh Chi Yea —dije.

Acabó de retocarse, cerró su polvera y me miró.

—¿Sí, vaquero?

—Me excito fácilmente —dije.

—¡Qué amable por su parte! —dijo ella.

—Además, estoy casado —dije.

—¡Qué suerte tiene ella! —dijo.

—Gracias. Mi nombre es Marlowe. Llamé para preguntar por una de sus modelos, Sondra Lee.

—Ah, el detective.

Me miró del modo en que un pez mira a un gusano.

—Bueno, desde luego tiene unos hombros que le sirven para ello —dijo.

—¿Puede decirme cómo ponerme en contacto con la señorita Lee? —dije.

—Desde luego —dijo la rubia—. La llamé. Dijo que podía ir a verla a su casa. La rubia me tendió un pedazo de papel con una dirección apuntada.

—Está más allá de Beverly Glen —dijo la rubia—. Junto a la parte más alta. Le di las gracias y me volví para marcharme.

—Si el matrimonio no le funciona... —dijo.

Me volví, le hice el saludo del pistolero, con el pulgar y el índice, y me marché.

Cogí Beverly Glen por Wilshire. Empecé a subir por el norte de Sunset. El follaje era cada vez más denso y a cada lado se elevaban las colinas, esperando las primeras lluvias fuertes que se llevasen las casas que llenaban sus flancos hacia la carretera. La casa de Sondra Lee sería una de las primeras en irse. La parte trasera se apoyaba en dos columnas de quince pies que rebosaban en zapatas de cemento en la ladera. El camino de entrada se curvaba alrededor de la casa y se detenía formando un círculo en la entrada. No había patio, pero la zona delante de la casa estaba llena de arbustos florecidos y colibrís que bailoteaban y giraban sobre ellos, mientras yo aparcaba el coche junto a la puerta de entrada.

Una mujer mexicana contestó mi llamada. La señorita Lee estaba en el solárium. La seguí a través del recargado *bungalow*, hasta un añadido de cristal que se apoyaba contra la fachada principal. Una puerta que había en un extremo daba a la piscina. Pero ahora estaba cerrada a causa del mordiente invierno hollywoodiense, con la señorita Lee tumbada dentro en una tumbona ligera cubierta de cuero, con un pequeñísimo bañador de dos piezas negro, y bronceándose con los rayos del sol de la tarde, que se filtraban por el techo de cristal. Había un bar en el extremo más alejado, junto a la casa, y un par de sillas de tapicería para sentarse a él.

La mujer de la tumbona había salido en tantas portadas de revistas que me parecía conocerla. Su pelo era negro azabache, sus ojos negros y su piel pálida, incluso bronceada. Parecía que uno podría desaparecer para siempre en uno de sus suspiros.

—Señorita Lee —dije—, soy Philip Marlowe.

—Ya lo sé, señor Marlowe. Le he estado esperando. ¿Quiere tomar una copa?

Dije que la tomaría.

Ella sonrió lentamente y movió la cabeza hacia el bar.

—Por favor, sírvase usted mismo, yo aún necesito quince minutos más de sol —dijo.

Tenía un modo de arrastrar cada palabra que le hacía hablar muy despacio, y que te hacía quedarte colgado de sus palabras. Me serví un largo *scotch* en el bar, añadiendo hielo de un cubo plateado y contemplando cómo la humedad formaba gotas en el cristal con el calor de la habitación.

Cogí mi copa y me senté en una de las sillas de tapicería, donde ella pudiera verme. Traté de no quedarme mirándola fijamente.

—Vi ayer su foto, colgada en la pared de la casa de un hombre —dije—. Él es

fotógrafo y usted ha posado para él.

—Oh, ¿sí? ¿Cómo se llama? —dijo.

—Valentine —dije—. Les Valentine.

Extendió la mano hacia la mesa que había junto a ella y dio un buen sorbo a un vaso medio lleno de algo que parecía agua, pero que probablemente no lo era.

—Valentine —dijo—. ¿Cuál era su nombre de pila?

—Les; así firmó la fotografía, en dorado, en la esquina inferior derecha.

—Les —dijo—. Sacudió la cabeza lentamente y sorbió un poco más de su vaso.

—No conozco a ningún Les —dijo.

—A usted la fotografían tanto... —dije—. Debe ser difícil recordar...

Sacudió la cabeza y sepultó de nuevo el morrito en el vaso. Cuando emergió para respirar, dijo:

—No, sólo dejo que me fotografíen muy pocas personas. Yo lo sabría si alguien me hubiese hecho una foto.

Se movió lentamente, como si siguiera el lento deslizamiento del sol en el cielo occidental, con su cuerpo casi inmóvil absorbiendo todo lo que podía, como alguna especie de espléndido lagarto. Vacío su vaso y me lo tendió.

—Sea un encanto —dijo— y refrésqueme el vaso.

Lo cogí y me dirigí al bar.

—El botellón de cristal tallado, a la derecha —dijo.

Lo cogí, le quité el tapón y le llené casi totalmente el vaso... Olisqueé discretamente mientras lo llenaba. Vodka. Por eso hablaba tan despacio. Volví a poner el tapón y le llevé el vaso.

—Así que, ¿por qué un tipo llamado Les Valentine habría de tener una foto suya en la que hubiese firmado con su nombre? —dije.

—Porque quiere que la gente piense que me ha fotografiado, pero no es así.

—Porque es usted famosa —dije.

Ella hacía grandes progresos en su vaso nuevamente lleno.

—Claro. Así la gente piensa que es importante. Pero no lo es. Si fuese importante, yo lo conocería.

—Y él a usted —dije.

Me sonrió, como si conociésemos el secreto de la eterna juventud.

—Apuesto a que tiene usted buenos músculos —dijo.

—No mejores que los de Bronco Nagursky —dije.

—¿Cree usted que soy bonita? —dijo.

Yo asentí. Bebió un poco más de su copa, dejó el vaso y me sonrió.

—Yo también creo que es usted guapo —dijo—. Pero no lo ha visto usted todo.

Se volvió de pronto, se puso las manos en la espalda y se desabrochó la tira del sujetador; después giró sobre sí, se arqueó y, con igual celeridad y gracia, se quitó la parte de abajo del bikini. Luego volvió a tumbarse en la silla y me sonrió, con su cuerpo ligeramente bronceado tan desnudo como una salamandra.

—Estupendo —dije.

Siguió sonriendo y me tendió los brazos.

—¿Le he hablado de la señora Marlowe? —dije.

Ella sonrió aún más.

—Está usted casado —se encogió de hombros—. También yo estoy casada.

Me tendió de nuevo los brazos.

Yo saqué un cigarrillo, me lo puse en la boca y lo dejé allí colgando sin encender.

—Mire, señora Lee... —empecé.

—Señora Ricardo —dijo—. Lee es mi nombre de soltera. Así que puede usted llamarme señorita Lee o señora Ricardo, ya ve. Pero no puede llamarme señora Lee.

—Muy bien —dije—. Es usted muy atractiva, y yo muy masculino, y verla ahí retorciéndose desnuda causa el efecto habitual. Pero en general me gusta conocer un poco más a las mujeres con las que duermo, y estando como estoy, casado y demás, sólo duermo con mi esposa.

Me saqué el cigarrillo sin encender de la boca y lo hice rodar entre mis dedos. Ambos lo miramos.

—Cosa que hago a menudo —dije.

En el extremo de la mesa que estaba junto a su tumbona había un encendedor de plata y piel de cerdo. Tendí la mano y lo cogí. Volví a ponerme el cigarrillo en la boca y lo encendí. Cuando levanté la vista tras hacer esto, vi a un hombre alto con una nariz muy fuerte de pie en la puerta. Exhalé el humo lentamente.

—¿Qué demonios pasa? —dijo el tipo alto.

Tenía unos hombros anchos y pelo negro alisado hacia atrás, con un pico de viuda, y oscuros ojos que brillaban a ambos lados de la afilada nariz.

—Tommy —dijo Sondra Lee, sin mirar siquiera. Dio un delicado sorbo a su vodka—. El señor Marlowe estaba admirando lo hermosa que soy.

—Ya lo veo —dijo Tommy.

—Señor Marlowe, éste es mi marido, Tommy Ricardo.

Asentí educadamente.

—Muy bien, amigo —dijo Ricardo—. Largo, deprisa.

En la silla, Sondra Lee soltó una risita y se meneó un poco.

—Por amor de Dios, Sonny, cúbrete —dijo Ricardo, y luego volvió a mirarme. Yo estaba aún sentado, observando mi cigarrillo.

—Largo, ya se lo dije, amiguito. No voy a repetírselo.

—Seguro —dije—. Es usted más duro que un saco de clavos de tapicero. ¿Hace ella esto a menudo?

—Es una borracha —dijo—. Lo hace mucho. De pie.

Dio dos pasos en mi dirección y su mano derecha salió del bolsillo del abrigo deportivo de cuadros. Llevaba nudillos de bronce.

—¿Quiere esto decir que tenemos que enfrentarnos?

Dio otro paso y yo me puse de pie justo a tiempo para evitar que los nudillos que

pasaban brillando me diesen en la barbilla. Avancé bajo el brazo derecho que se extendía detrás de mí, deslicé mi brazo izquierdo bajo su brazo izquierdo, le hice una doble Nelson y lo sujeté.

—Me llamo Marlowe —dije—. Soy detective privado, y he venido aquí a preguntarle a su esposa acerca de un asunto que no tiene nada que ver...

Ricardo respiraba con fuerza. Pero no luchaba. Sabía que yo lo sujetaba bien, y esperaba.

—¿No tiene nada que ver con qué? —dijo con una voz medio estrangulada.

—No tiene nada que ver con que ella se pimple y se quite la ropa.

—Hijo de puta —masculló.

—No fue idea mía que se la quitase. Tiene buena pinta, pero yo tengo una esposa con una pinta mucho mejor, y cuando usted apareció, se lo estaba diciendo a ella.

En la tumbona, la Lee seguía riéndose. En su risa había ahora una auténtica excitación. La miré. Estaba aún completamente desnuda.

—Señora Ricardo, ¿sabe algo de un tipo llamado Les Valentine? —pregunté.

Ella sacudió la cabeza lentamente. Sus ojos estaban muy abiertos, y las pupilas, muy dilatadas. Tal vez había algo más que vodka en el botellón.

—Ok —dije. Doblé aún más a Ricardo hacia delante con la Nelson y empujé con la rodilla. Él avanzó tambaleándose tres o cuatro pasos, y cuando pudo mantener el equilibrio yo ya había salido del solárium y me encontraba atravesando el salón. No llevaba pistola. No creía que fuese a necesitarla en lo alto de Beverly Glen. Él no me siguió, y yo salí por la puerta, subí al Olds y me dirigí colina abajo, con la risa de ella resonando aún en mis oídos.

Eran las cinco, y la corriente de tráfico que volvía al valle desde L. A. pasó junto a mí. Las luces empezaban a encenderse en las casas, produciendo un efecto parecido al de los árboles de Navidad en las oscuras colinas. La casa de Sondra Lee tendría ahora un aspecto seguramente igual de bonito que las otras, al anochecer, con la oscuridad cerniéndose. Allí sabían algo. Cualquier cosa se puede embellecer con la iluminación adecuada.

El viaje de tres horas de vuelta a Poodle Springs era más de lo que yo podía soportar, así que me tomé un filete en un garito de La Ciénaga y me acosté en un agujero de cucarachas en Hollywood Boulevard, en el que la cama vibraba si ponías una moneda en la ranura. No había servicio de habitaciones, pero el conserje dijo que podía venderme media pinta de *whisky* de centeno garantizado por un dólar.

Sorbí un poco de *whisky* mientras hablaba con Linda por teléfono. Después me dormí y soñé con una cueva con puerta de travesaños que estaba medio abierta, y de la oscuridad salía una risita que se repetía sin cesar.

Por la mañana me duché y me afeité, comí huevos con tostadas en el mostrador de Schwab y bebí tres tazas de café. Llené mi pipa, la encendí, me subí al Olds y conduje por Laurel Canyon. Cogí la 101 en Ventura y me dirigí al oeste a través de las montañas de Santa Mónica, y luego hacia el norte a lo largo de la costa.

San Benedict tiene el aspecto que los turistas piensan que tiene California. Está lleno de casas de estuco blanco con tejados de tejas rojas. El Pacífico llega hasta el paseo, en el que crecen lentamente palmeras, en un parque largo y ordenado.

La Cámara de Comercio estaba en un grupo de edificios de estilo español con aspecto de lo que alguien pudiera pensar que es una hacienda, unas dos manzanas colina arriba desde el paseo marítimo. El tipo calvo que estaba al frente de la oficina llevaba ligas en las mangas y tirantes, y fumaba un puro venenoso que desde luego no valía los cinco centavos que le había costado.

—Me llamo Marlowe —dije—. Llamé ayer para preguntar si hay alguna compañía cinematográfica rodando aquí.

El calvito se sacó el puro de la boca y dijo:

—Sí. Yo apunté la llamada. Aquí mismo —miró orgulloso una libreta abierta—. NDN Pictures está rodando una cosa llamada *Oscura aventura*.

—Sí, señor —dije—. ¿Puede decirme dónde están hoy?

—Seguro, tío. Nos lo tienen que decir todos los días para que podamos quitar a la gente de en medio, o llevarlos al rodaje, depende de lo que quieran.

—Muy sagaces —dije.

—Y usted, ¿qué quiere? —dijo.

—Yo, ir al rodaje.

—Hoy ruedan —consultó un montón de papeles que había en su escritorio. Todos los papeles estaban unidos con un clip grande de metal. Se chupó el pulgar—... hoy ruedan... —pasó varios papeles con el pulgar, llegó a una hoja fotocopiada y la estudió un momento—. Ruedan en la esquina de Sequoia y Esmeralda. Es un pabellón de deportes.

Me miró con una gran sonrisa amistosa y se echó el puro al otro extremo de la boca. Cuando sonreía, los dientes que había alrededor del puro se veían amarillos.



—Colina abajo, sigue junto al agua, unas seis manzanas. No tiene pérdida. Con los camiones y *trailers* y todo eso que hay por allí...

Le di las gracias, salí, volví colina abajo, giré a la izquierda y seguí junto al agua. Tenía razón. No había pérdida.

Aparqué detrás de un camión lleno de generadores y me metí en escena. Cada vez que voy a un lugar en el que están rodando una película me sorprendo de lo fácil que es meterse. Nadie me dijo que me apartase. Nadie me ofreció hacerme una prueba. Me paré junto a un chico que estaba en el camión del regidor. No llevaba camisa, y su tostada barriga colgaba por fuera de los pantalones cortos.

—¿Quién está al cargo de esto? —dije.

—Demonio de pregunta —dijo—. ¿Es del estudio?

—No, sólo estoy buscando a alguien. ¿Con quién puedo hablar acerca del personal?

El gordo se encogió de hombros.

—El productor es Joe King —dijo.

—¿Dónde puedo encontrarle? —dije.

—La última vez que le vi estaba junto a las cámaras hablando con el jefe de producción —el gordo llevaba un vaso de papel lleno de café en cada mano y gesticulaba con la barriga en dirección a las cámaras.

—Donde ve usted todas esas luces —dijo.

Avancé en la dirección que me decía, abriéndome camino a través de la maraña de cables, sorteando focos y generadores. El equipo debía haber llegado con el rocío de la mañana, pues el terreno estaba embarrado y la gente y el material habían revuelto la hierba con el barro. Las películas arman barullo incluso antes de ser rodadas.

Había varios hombres agrupados tras las cámaras; el director de fotografía enredaba con la iluminación.

—¿Quién de ustedes es Joe King? —dije.

Un tipo alto se volvió hacia mí. Tenía las articulaciones flexibles, se movía fácilmente y parecía ser de naturaleza flemática. Llevaba gafas de concha y la camisa blanca arremangada por encima de los codos.

—Yo soy Joe —dijo.

Le enseñé la copia de mi licencia californiana, en el plástico transparente de mi cartera.

—Me llamo Marlowe —dijo—. Busco a un fotógrafo llamado Les Valentine.

King miró cuidadosamente mi licencia y luego se volvió a mí, tan amistosamente como un concejal en un *picnic*.

—No puedo decir que lo conozca —dijo King.

—Me han dicho que debía encontrarse aquí trabajando, haciendo las fotos fijas.

King sacudió la cabeza.

—No, tenemos un fotógrafo del estudio que las hace para nosotros. Se llama Gus

Johnson. No conozco a ningún Les Val... lo que sea.

—Si estuviera aquí, ¿lo sabría usted?

—Desde luego.

—Gracias —dije.

—Quédese a ver un poco el rodaje. La estrella es Elayna St. Cyr.

—Tengo una foto de Theda Bara en el coche. La miraré mientras conduzco de vuelta a casa.

King se encogió de hombros, se volvió hacia la cámara y yo me dirigí al coche.

Iba pensando en varias cosas mientras conducía de vuelta hacia la costa. La más importante era que Les Valentine no era lo que su esposa decía que era. O él decía que era. No tenía oficina en L. A. No había retratado a Sondra Lee. No estaba haciendo fotos fijas para una película que rodaban en San Benedict. Tras dos días de intensa persecución, sabía menos de él que al principio.

Estuve vigilando la casa de Muffy Valentine durante una semana, sentado en el coche con el aire acondicionado en marcha y el motor parado, acumulando depósitos de carbonilla en los cilindros. Muffy salía cada mañana con un impermeable ligero y malla lavanda, y se dirigía a su clase de gimnasia. Dos minutos más tarde, el criado japonés salía de la casa con dos caniches tirando de la correa y ladrando, bajaba por la acera y daba la vuelta a la esquina. Volvía con ellos todos los días unos cinco minutos después de que su jefa volviese de hacer ejercicio.

Después de tres días viendo esto, lo seguí más allá de la esquina y le vi entrar por la puerta de otra casa con caniches y todo. Estuvo allí cuarenta y cinco minutos, y cuando salió, tuve la fugaz visión de una sirvienta japonesa cerrando la puerta tras él. Unos veinte minutos más tarde, una mujer con el pelo rubio platino y malla rosa llegó en un Mercedes plateado y se metió en la casa. Incluso a aquella distancia, vi el reflejo de la luz en sus diamantes.

Medité cuidadosamente acerca de estos asuntos, y el lunes siguiente, mientras Muffy y su vecina estaban en clase de gimnasia y el criado jugando a médicos japoneses con su compatriota, me fui a investigar a la casa de Muffy.

Llevaba yo una tablilla con un clip que había comprado en Springs, un cuaderno amarillo sujeto a ella y un lápiz detrás de la oreja. Esto suele ser suficiente para poder meterse en el dormitorio del Presidente sin que nadie le pregunte nada a uno, pero para estar seguro me llevé un metro de carpintero en el cinturón. Un metro combinado con un cuaderno de notas permite entrar incluso cuando el Presidente y la Primera Dama se hallan unidos en un abrazo carnal. Aparqué ante la casa de los Valentine, caminé por el paseo de entrada como un hombre que lleva dinero en el bolsillo, y medí la puerta principal mientras comprobaba el tipo de cerradura. Era una Bulger. Volví a ponerme el metro en el cinturón, saqué una colección de llaves maestras que había ido reuniendo durante años y abrí la puerta al segundo intento. Me volví a guardar las llaves, comprobé las bisagras y la cerradura, volví a medir una vez más, sobre todo para que me vieran y entré. No hubo ningún sonido. Si había alarmas, eran silenciosas. Si aparecía la poli, me entendería con ellos sobre la marcha. Yo era un gran personaje en L. A. ¿Qué tenía que temer de la ley en Poodle Springs? Miré el reloj. Me quedaban quince minutos. El recibidor principal no evidenciaba nada que yo no hubiese visto ya, el comedor era sólo un comedor, ninguno de los dos tenía sitios para esconder pistas. La cocina tampoco.

Atravesé los largos pasillos que recorrían el ala trasera de la casa y encontré su dormitorio. Sabía que era su dormitorio porque en el armario había prendas de hombre; el resto era de ella. Una gran cama rosa con dosel con un grueso edredón rosa y unas veinticinco almohadas en blanco y rosa. Un amplio tocador se apoyaba en la pared paralela a la cama. Era de madera clara, sin pintar, pero cubierta de algo que lo hacía brillar. Había frascos de perfume, cajas con colorete y barras de labios,

rimmel, sombra de ojos, crema antiarrugas, crema de manos y unos treinta artículos más que no reconocí, aunque había visto algunos en el baño de Linda. Las cortinas eran rosas y se ondulaban sobre el suelo como si el decorador las hubiese hecho cinco pies demasiado largas. Las paredes eran blancas, y había dos armarios empotrados, uno a cada lado de un enorme vestidor. Las puertas de los armarios eran rosas y barnizadas con una veladura blanca que les daba un aspecto veteado antiguo. Había una mesilla de noche a cada lado de la cama, con lámparas muy grandes de cobre martelado encima. Las pantallas eran rosas. Las mesillas no tenían cajones. Los únicos cajones que había en la habitación estaban en un buró. El cajón de arriba contenía un barullo de lencería femenina en seda de color pastel. Al fondo, detrás del barullo, había un vibrador eléctrico y un tubo de crema lubricante. Casi me ruborizo, pero yo era un duro detective de ciudad. En el segundo cajón había blusas; en el tercero, medias y guantes. En el cuarto, jerseys. En el de abajo había algunas camisas de hombre, calcetines y ropa interior. Nada de fantasía. Encima del buró había una caja a rayas rosas y blancas, del tamaño aproximado al de una de puros, y otra haciendo juego, casi del tamaño de una caja de cerveza. La pequeña contenía un par de gemelos de oro y turquesas, un pasador de corbata haciendo juego. Había un colgador de corbatas en la puerta del armario con una docena más o menos de corbatas de seda en casi todos los colores primarios. Al fondo del armario de la izquierda, detrás de los vestidos, había varios camisones vaporosos y un poco cómicos, de esos transparentes, encaje negro, gasa blanca, lo que una jovencita pensaría que es *sexy*.

Pasado el recibidor, que estaba más allá, había dos habitaciones de huéspedes con dos baños. Las habitaciones de huéspedes y uno de los baños no parecían haberse usado nunca. Miré el reloj. Se me había acabado el tiempo. Bajé por las escaleras, cerré la puerta principal detrás de mí, me aseguré de que estaba echada la llave, corrí por el camino y me metí en el Olds. Cuando pasé junto a Muffy, que atisbaba por encima del salpicadero de su enorme Chrysler negro, girando por la curva en dirección opuesta, yo ya estaba conduciendo al límite de velocidad permitida. No se fijó en mí, pues tenía que concentrarse en conducir el Chrysler.

Mi oficina sobre la gasolinera no tenía aire acondicionado. Cuando abrí la puerta fue como meterse en un horno de *pizza*. Pero no olía tan bien. Dejé la puerta abierta, crucé la oficina y puse en marcha el ventilador oscilante que había traído de L. A. cuando cerré mi oficina en el edificio Cahuenga. El aire caliente me desplazó el sudor por toda la cara cuando me senté en el escritorio y miré la chequera. No era gran cosa para haber cometido una felonía que me podía costar de uno a cinco años en Soledad.

La chequera era de Valentine, no conjunta, sólo de Lester A. Valentine, y con la dirección impresa en los cheques. Arrojava un saldo de 7.754,66 dólares. Examiné la parte escrita del talonario. Se remontaba al 8 de noviembre anterior. Había pagos para equipo fotográfico, para ropa de caballero, algo de dinero en efectivo, pagos al Racquet Club, una cuenta mensual del Melvin's en el Hotel y Centro de Vacaciones

Poodle Springs y el pago de una multa de aparcamiento a nombre de la Oficina de Control de Parking, Ciudad de Los Ángeles, y el número de multa. Era lo único que había en la chequera que no lo relacionaba con Poodle Springs. Decidí que aquello era una pista. Copié el número de cheque y el de la multa, puse la chequera en mi escritorio, cerré el cajón con llave y saqué la botella de *scotch* por si me mordía un monstruo de Gila<sup>[4]</sup>. Me serví un pequeño trago, lo bebí y me puse a pensar en un tipo que se marchaba dejándose una chequera que daba un saldo de más de 7.500 dólares. Terminé mi copa y me serví otra. No había monstruos de Gila a la vista, pero nunca se sabe.

Abrimos la casa a la gente por primera vez en la temporada de invierno, o al menos Linda lo hizo. Yo traté de quitarme de en medio. Y fracasé. A las cinco y media, cuanto llegaban los primeros invitados, yo estaba allí con una chaqueta blanca que a Linda le encantaba y a mí no. Cuando la gente iba llegando, Linda se comportaba como si fuesen tan bienvenidos como una ducha fría en agosto. Yo sabía que de hecho ella despreciaba por lo menos a uno de cada tres. Mi media era más alta, y fue creciendo a medida que pasaba la noche.

Había probablemente unas doscientas personas. Tino llevaba el bar, muy guapo con su esmoquin, que le sentaba como sólo les sientan las ropas a los criados asiáticos. La gente del restaurante se movía entre la multitud como en un ballet, llevando bandejas de plata llenas de champán y puñetitas comestibles. Me apoyé en el bar, acariciando mi *scotch*.

—Así que tú eres el nuevo maridito —me dijo una mujer.

—Prefiero «actual estremecimiento del corazón» —dije.

—Por supuesto —dijo la mujer—. Me llamo Mousy Fairchild. Linda y yo nos conocemos desde prácticamente siempre, siendo como somos un par de jovencitas.

Lo que primero me llamó la atención en ella fue que olía a flores lavadas por la lluvia, y lo segundo, que su falda de seda violeta pálido colgaba de ella como cuelga la piel de una uva. Su pelo era más rubio de lo que Dios nunca pretendió, y su piel era oscura y regularmente morena, lo que hacía que sus dientes perfectos pareciesen aún más blancos cuando sonreía. Tenía en los labios un toque del mismo color que el vestido y el labio de abajo era bastante lleno y parecía hecho para que lo pellizcasen.

—¿Quieres tomar algo además del zumo de uvas con burbujas? —dije.

—Oh, eres un encanto. Sí tomaré un Martini con vodka y hielo, con un chorrito de limón —dijo—. Bien agitado.

Miré a Tino. Ya estaba mezclando el Martini. Tino era un chico que no perdía el tiempo dejando de escuchar.

—Sé un cielo —dijo Mousy—, que sea doble.

Tino sonrió como si nunca hubiese disfrutado de un placer semejante, y añadió más vodka a la coctelera.

—¿Tienes un cigarrillo? —dijo ella.

Saqué un paquete y lo sacudí para que saliera uno.

—Dios mío —dijo—. ¿Un Camel? Si fumo eso, me desmayo.

Lo cogió y se inclinó hacia mí mientras yo le acercaba una cerilla. Cuando lo encendí, siguió inclinada hacia mí y aspiró el humo mientras me miraba con los ojos entrecerrados, y el humo elevándose entre los dos.

—Muy bonito —dije—. He practicado esa mirada durante horas en el espejo, y creo que no me sale.

—Bastardo —dijo, y se enderezó—. Si me desmayo, ¿me harás el boca a boca?

—No —dije.

Me invité a mí mismo a uno de mis cigarrillos.

—Bien —dijo Mousy—, eres diferente. ¿Conociste al primer marido de Linda?

—Sí.

—Un hombre aburrido. Se tomaba a sí mismo increíblemente en serio. ¿Te tomas tú en serio?

—Los jueves —dije—, cuando voy al pedicuro.

Mousy sonrió y se tomó un buen trago de Martini. Extendió la mano izquierda y me apretó el brazo.

—Vaya —dijo—. ¡No tenemos bíceps!

Hice como si nada. Todas las respuestas que se me ocurrían sonaban un poco tontas, incluyendo «sí» y «no».

—¿Luchan los detectives, señor Marlowe? —preguntó.

—A veces —dije—. Normalmente ponemos al criminal en su sitio con una frase educada.

—¿Llevas pistola?

Sacudí la cabeza.

—No sabía que ibas a estar aquí —dije.

Un espécimen curtido con pelo corto gris llegó hasta nosotros y le puso una mano en el codo. La sonrisa de ella era toda luz y nada de calor cuando se volvió hacia él.

—Señor Marlowe —dijo—, éste es mi marido, Morton Fairchild.

Morton sacudió la cabeza hacia mí sin interés.

—Encantado —dijo, y se llevó a su mujer lejos del bar, hacia la pista de baile.

—Creo que no le gusto a ese hombre —dije a Tino.

—No es eso, señor Marlowe —dijo Tino—. No creo que desee que su esposa esté a la vez cerca de un hombre y cerca de un bar.

—No se te escapa nada, ¿eh, Tino?

—No, señor Marlowe, sólo las cosas que se supone que se me deben escapar.

Linda apareció con un invitado.

—Cariño —dijo—. Me gustaría que conocieras a Cord Havoc. Cord, éste es mi marido, Philip Marlowe.

—Dios mío, Marlowe, encantado de conocerte —dijo Havoc.

Sacó una gran mano cuadrada. Yo la estreché con firmeza. En seguida supe quién era. Le había visto en tres o cuatro malas películas. Era un guaperas de seis pies de alto, rasgos regulares, fuerte mandíbula, ojos azul claro muy separados. Sus dientes eran perfectos. Le quedaba la ropa como a Tino el esmoquin.

—Estoy encantadísimo, Marlowe, de que esta nena haya encontrado al fin al tipo adecuado. Me rompió el corazón, y a otros muchos, cuando lo hizo, pero es estupendo verla feliz.

Le sonreí adecuadamente. Mientras sonreía, él le tendió a Tino su vaso sin mirarle, y Tino se lo llenó de *bourbon*. Havoc se tomó la tercera parte de un trago.

—Estrenan la nueva película de Cord la semana que viene —dijo Linda.

—De gánsters —dijo Havoc, y se tomó otro tercio de su copa—. Seguramente le parecerá poca cosa, Marlowe.

—Seguramente —dije—. Normalmente, a estas horas de la tarde suelo estrangular un caimán.

Havoc echó la cabeza hacia atrás y se rió sonoramente. Luego se acabó la copa.

—Qué tío, Phil —volvió a tender su vaso vacío y Tino le volvió a llenar—. Puedes darme las gracias, chico. Antes de que te conociera, yo iba tras ella —volvió a reírse con el movimiento de cabeza que ya había usado antes.

—Cord, sabes que no ibas detrás de mí —dijo Linda—. Lo que querías era llevarme a la cama.

Cord tenía el morro dentro de su copa. Lo sacó, me dio un codazo y dijo:

—¿Me culparías Phil?

Mientras hablaba, sus ojos barrieron la habitación. No era un chico que perdiese una oportunidad. Antes de que yo pudiese decir si le culpaba, se fijó en alguien.

—Eh, Manny —gritó, y se precipitó a través del comedor hacia un tipo calvo y bajito con pinta de chivato, muy moreno y con la camisa abierta, con el cuello cuidadosamente colocado sobre las solapas de su chaqueta a cuadros crema y beige.

—Tiene que haber sido duro —le dije a Linda— no haberse revolcado en el heno con él.

—En la mayor parte de los casos —dijo Linda—, cuando se revuelca por el heno se desmaya.

Se inclinó y me besó ligeramente en los labios.

—¿Así, en público? —le dije.

—Quiero que todo el mundo sepa aquí quién pertenece a quién —dijo ella.

—Sobre todo en asuntos que conocemos tú y yo —dije.

Sonrió y me palmeó la mejilla.

—Los conocemos, cariño, ¿verdad?

Asentí y ella se fue a saludar a un nuevo invitado, como si fuese alguien que acabara de levantarse de entre los muertos. Mousy Fairchild parecía haberse quitado de encima a su marido por un rato y pasó junto a mí con un tipo alto, moreno, que llevaba un traje bueno. Se paró, le pidió a Tino otro Martini y, dirigiéndose al hombre moreno del buen traje, dijo:

—Te presento al hombre de suerte.

»Señor Marlowe —me dijo—, éste es el señor Steele.

Steele me tendió la mano. Sus ojos eran firmes y sin expresión, y su cara, saludable y lisa. Era un hombre que parecía poder moverse rápido, y en ese caso sería mejor que uno se moviese rápido también. Nos estrechamos la mano. El marido de Mousy llegó hasta ella con dificultad y la recuperó.

Yo dije:

—Un tipo llamado Steele, Arnie Steele, era el que solía hacerse cargo de los



chantajes en San Berdo y Riverside.

—¿De veras? —dijo Steele—. Tengo entendido que es usted policía privado.

—Cuando no estoy pasando canapés —dije— y limpiando después de las partidas de *bridge*.

—¡Qué buen negocio! —dijo Steele—, ¡casarse con toda esta pasta!

—Una monada —dije—. Oí que aquel Steele se retiró de los chantajes hace unos cuatro o cinco años. Se compró un local en el desierto.

—Supo retirarse a tiempo, ¿eh? —dijo Steele.

—Ajá... —añadí yo.

El calvo bajito con pinta de chivato, muy moreno y con la camisa abierta se acercó a Steele.

—Arnie —dijo—, perdona, pero quiero que conozcas a alguien. Cord Havoc, la estrella de cine. Lo más grande que hay en el país este año. Estamos pensando en hacer algo juntos. Puede que a ti te interese.

Steele asintió inexpresivamente mientras el chivato lo apartaba de mí con el hombro. Mientras se iban, Steele me miró por encima de la cabeza del chivato.

—Tranquilo, pies planos —dijo.

Yo asentí. Tino se acercó y me llenó el vaso con un encantador movimiento parco. Cuando volvía del bar, me di de narices con una especie de cosa rubia con un vertiginoso escote, que estaba más cocida que un piojo. Sus ojos eran muy grandes y muy azules.

—¿Trabaja en el cine, señor Marlowe?

—No pude —dije—. Prefirieron al caballo.

—Alguien dijo que trabajaba en las películas —dijo.

Las eses eran resbaladizas. Se inclinó hacia mí y su sujetador-levantador de aros se me clavó en las costillas.

—Yo hago películas —dijo.

—Ya lo sabía —dije.

—Soy actriz —las zetas le costaban más aún—. Hago muchas cosas de piratas. Hago de fulana, ¿sabe? Llevo vestidos escotados y me inclino mucho ante la cámara. El director me dice: «Date el chapuzón, ahora, Cherry». Me gusta que todo el mundo me conozca.

—Ahora yo también te conozco —dije.

No se apoyaba sobre mí a causa de la pasión; se apoyaba para sostenerse.

—¿Has venido con alguien? —dije.

—Claro, me trajo el señor Steele. No voy a casas tan elegantes como éstas si no me trae el señor Steele o alguien.

—Vaya, apuesto a que podrías ir a cualquier parte —dije.

Ella me sonrió, hipó y empezó a deslizarse hacia el suelo. Yo la cogí por debajo de los brazos y la erguí, le puse el brazo izquierdo alrededor de su espalda y el derecho bajo las rodillas y la levanté en brazos, mientras toda su fuerza se

desvanecía, y se quedaba flácida.

Tino salió de detrás de la barra.

—¿Señor?

—Dile al señor Steele que quiero verle, Tino.

Tino asintió y se deslizó a través del salón, moviéndose entre la multitud sin esfuerzo aparente, sin chocar con nadie. Le vi hablar con Steele, que se dio la vuelta y me miró. Su cara no se alteró, pero asintió una vez, miró hacia la puerta principal y sacudió la cabeza en mi dirección.

Un lánguido tipo rubio de pelo largo se separó de la pared en la que se apoyaba y se me acercó.

—Me la llevaré —dijo.

—Es un peso muerto —dije—. ¿Podrá con ella?

Sonrió y extendió los brazos. Se la pasé y él se fue lentamente, salió por la puerta principal y se perdió en la oscuridad. Unos dos minutos más tarde estaba de vuelta.

—En el coche —dijo—, asiento de atrás, en el lado de ella. Está tumbada de espaldas y ronca.

—Gracias —dije.

Él asintió y volvió a su puesto junto a la puerta principal. Steele no se volvió a mirar, ni a él ni a mí.

—¿Está bien la dama, señor Marlowe?

—Durmiéndola en el coche, Tino.

—Puede que la dama tenga más suerte que usted, señor.

—Piensa en la diversión que se está perdiendo —dije.

—Sí, señor —dijo Tino.

Salí temprano a la carretera, antes de que hiciese mucho calor, y me dirigí por el oeste hacia Los Ángeles. Marlowe, el pies planos viajero, trabaja en L. A. y vive en Poodle Springs. Se pasa veinte horas al día en la carretera.

A esa hora temprana el desierto estaba vacío, excepto en lo que se refiere a los amarantos, los cactus y algún halcón ocasional que volaba a favor de las corrientes de aire, con un ojo puesto en un posible desayuno. Pasé por un lugar en el que vendían batidos de dátil. Cuesta imaginarse batidos de dátil. Mi única compañía hasta L. A. eran los diez grandes camiones que te adelantaban como una exhalación en las cuestas abajo y te bloqueaban en las cuestas arriba, cuando reducían.

El cielo estaba alto y brillante cuando llegué a L. A. Salí de la autopista en Spring Street y aparqué. Dentro del Ayuntamiento, junto a la oficina del secretario, había una habitación pequeña bajo la gran escalera central. En la puerta del mugriento cristal esmerilado, en letras negras, decía: «Oficina de Control de Parking». Entré. A lo largo del frente de la habitación había un largo mostrador, y detrás de una barandilla, tres señoras funcionarias. A la derecha, tras la barandilla, había tres ventanillas pequeñas. En las tres había cola. La fila avanzaba lentamente: ancianos con ropas gastadas pagando multas de aparcamiento con cheques postales, tipos ágiles con trajes vistosos pagando en efectivo y tratando de aparentar que aquello era un incidente menor que les hacía interrumpir un día de conferencias importantes. La funcionaria que se ocupaba de mi fila era muy gorda, su cabeza parecía descansar sobre sus hombros, y la barandilla se le unía al esternón. Tenía el pelo blanco con un pronunciado tono azul, y jadeaba un poco al dar los recibos, muy lentamente.

Cuando llegué hasta ella, dijo:

—Deme la multa. ¿Efectivo? ¿Cheque?

Le sonreí como un hombre que estuviese a punto de pedir su mano.

—Tal vez pueda usted ayudarme —dije.

Ella no levantó la mirada.

—No, si no me enseña la multa.

Deslicé hacia ella un trozo de papel sobre el mostrador. Tenía escrito el número de multa de aparcamiento de Les Valentine.

—Me pregunto si podría decirme qué tipo de infracción se cometió —dije.

—Si tiene alguna reclamación o desea recurrir, pase tras la barandilla y espere al funcionario de consultas.

—No tengo reclamaciones —dije—. Estoy tratando de localizar el lugar en el que pusieron esta multa. Intento encontrar a una persona desaparecida.

En la cola que había tras de mí, la gente estaba empezando a murmurar.

La mujer me miró. Tenía los ojos pequeños y una nariz pequeña y ganchuda, como de pollo.

—¿Va usted a pagar una multa, o no? —dijo—. Hay gente esperando.

—Eso es —dije—. ¿Tengo alguna opción?

—¿Trata de pasarse de listo conmigo, hombre? —dijo.

—Diablos, no —dije—. ¡Qué pérdida de tiempo!

Me volví y pasé empujando a través de la multitud hasta que llegué a la puerta y salí. En una esquina junto a la puerta principal había una fila de teléfonos públicos. Me dirigí a uno, metí la moneda y llamé a la Oficina de Control de Parking. Contestó una voz de mujer.

—Sí —dije—. Aquí Marlowe, sheriff de la subcomisaría de Encino. Necesito localizar una multa de tráfico.

—Estamos ocupados —dijo la voz de mujer mayor—. Haga la solicitud por medio de un formulario.

—Oiga, hermana —gruñí—. ¿Se cree que está hablando con algún calzonazos de Fresno? Esto es un asunto de la policía, así que mueva el culo y deme la dirección.

Se oyó una profunda inspiración en el otro extremo y la voz dijo:

—¿Cuál es el número de la infracción?

Leí el número de la multa y dije:

—Venga, venga hermana. No tengo todo el día.

No se oyó nada durante unos minutos, y luego ella volvió muy distante.

—La infracción tuvo lugar frente al mil doscientos cincuenta y cuatro de Western Avenue —dijo—, y tengo que decirle que no me gustan sus modales.

Yo dije:

—¿Por qué no se va a besar a una foca, hermana? —y colgué.

El 1254 de la avenida Western estaba en la parte occidental de la manzana que había entre Hollywood y Sunset Boulevard, junto a un puesto de tacos. Era un edificio de tres pisos, del tipo de los que construyeron después de la guerra, antes de que se supiese que Hollywood iba a convertirse en un agujero sórdido, pensando que estaban en la vanguardia de la arquitectura moderna. Era cuadrado y lleno de cristales que necesitaban un lavado. La fachada era una cosa de aluminio rayado formando grandes cuadrados, con lo que el lugar parecía una fea caja de pan que hubiese conocido tiempos mejores. En el primer piso, tras una ventana de cristal, había una oficina que vendía inmuebles y seguros.

Un tipo mayor que parecía el hermano de la señora de La Oficina de Control de Parking estaba allí sentado en mangas de camisa, inclinado sobre una libreta pasada de moda. Una cabeza roja, que se parecería a la del aparcamiento dentro de unos diez años, se encontraba sentada en su escritorio pintándose las uñas.

El recibidor estaba a la izquierda de la oficina inmobiliaria, y una escalera subía por la pared izquierda. No había ascensor. En la pared que estaba junto a la puerta de la oficina inmobiliaria había un indicador de teléfonos, uno de éstos de fieltro negro con ranuras en las que se leían letras blancas. El cristal que lo cubría estaba manchado de moscas y empañado por el humo de los años. No había apuntado ningún Les Valentine.

Entre los diez inquilinos de los tres pisos había un fotógrafo. «Larry Victor», decía. «Retratos». Las mismas iniciales. ¿Por qué no?

Subí dos pisos. El edificio olía como si vivieran gatos en la caja de la escalera. Larry Victor estaba en el tercer piso, al fondo. Se veía luz a través del cristal esmerilado de su puerta. Tenía el aspecto blanco de la luz del día, como si al otro lado hubiera una ventana o una claraboya. El letrero decía «Larry Victor, Fotógrafo, Publicidad, Industrial, Especialidad en Retratos». Llamé; no hubo respuesta. Intenté abrir: cerrado. No llevaba mi colección de llaves maestras, pero en el bolsillo interior tenía una herramienta que le había cogido una vez a un especialista en cajas de seguridad y pisos. Parecía uno de esos instrumentos dentales que usan los protésicos para hurgarte en los dientes. Sólo que la punta era más larga. Metí la punta entre el marco y la puerta y lo moví para que hiciese presión sobre el pasador de la cerradura. Era de muelle, y saltó hacia atrás. Ya estaba dentro. Cerré la puerta tras de mí y eché un vistazo a mi alrededor.

El lugar era algo parecido a la oficina en la que me había pasado media vida. Un viejo escritorio de persianilla, una silla giratoria desvencijada con un cojín gastado en el asiento, un archivador de roble y una gran hoja de papel blanco pegada a una de las paredes; un par de cámaras de fotos en trípodes y varios focos agrupados frente al papel. Miré las cámaras. En un trípode había una Rolleiflex, y en el otro, una Canon 35 mm. La luz del día entraba por una sucia claraboya enrejada con tela metálica. Había un teléfono en el escritorio, una pluma de ónice y un juego de lápices.

Lo rodeé y me senté en la silla giratoria. No tenía por qué ser aquel edificio, claro. El coche podía haber estado aparcado allí, y Valentine podía haber ido a Hollywood Boulevard arriba buscando estrellas de cine. O Sunset abajo, buscando diversión. O podía haber cogido un taxi hasta Bakersfield, donde podía haber encontrado ambas cosas.

De todas formas, habían multado al coche en el exterior de este edificio, y aquí había un fotógrafo con las mismas iniciales. Hice un inventario del escritorio. Encima había una foto de una mujer bonita de pelo negro, de unos veinticinco años, con grandes ojos negros. Los cajones estaban principalmente llenos de facturas, muchas sin pagar, incluyendo tres multas más. El de en medio contenía un gran plano de L. A., el de más abajo a la derecha, una botella de *scotch* barato a la que le faltaban unas cinco onzas. Me levanté y fui hacia el archivador. El cajón de arriba contenía una póliza de seguros de coche, una botella sin abrir del mismo *scotch*, un paquete de vasos de papel y un gran sobre de papel manila con un ganchito metálico en la parte superior. Abrí el sobre. Había una colección de fotos en papel de brillo, de 8 por 10, de mujeres desnudas haciendo numeritos, algunos bastante viejos. Los otros dos cajones del archivador estaban vacíos.

Llevé el gran sobre al escritorio, me volví a sentar y me puse a mirar un poco más cuidadosamente lo que allí había. Lo que había era porno, mucho, de muy buena calidad. Algunas las debían haber hecho ante el fondo de papel blanco que estaba a

mi derecha. Hacía mucho que las fotos de gente copulando no estimulaban mi libido, y aquel material no era diferente. Incluso si hubiesen sido estimulantes, lo eran tanto que el exceso ahogaba la cachondez, por lo mucho que se pasaban.

Además de estar muy bien iluminadas y bien enfocadas, las fotos eran de modelos generalmente atractivas. Actrices, sin duda, recién llegadas a Hollywood, próximas al estrellato, o tal vez *starlets* en espera del papel adecuado. Los hombres de las fotos eran meros accesorios de las mujeres, oscuros, generalmente sin rostro, tan notables como la lámpara del decorado o la pata metálica de la cama en la que tenía lugar la acción.

Hojeé las fotos y me detuve. Allí, con aspecto más joven, tan desnuda como hacía unos días, estaba Sondra Lee, posando sola, sugestivamente, con la misma sonrisa vacua. Saqué la foto del montón, la enrollé a lo ancho, le puse una goma y me la metí en el bolsillo interior del abrigo. Pasé rápidamente el resto de las fotos sin encontrar a ningún otro conocido, me levanté y volví a poner la carpeta en el cajón del archivador. Volví a sentarme en la silla giratoria, puse los pies en alto y estuve pensando un ratito. Las coincidencias se acumulaban: fotógrafo, las mismas iniciales, la foto de Sondra Lee...

Mientras pensaba en esas cosas, oí una llave rascando el cerrojo, y luego metiéndose en la cerradura. No había ningún sitio para esconderse. Así que me quedé sentado, con los pies en alto. La llave giró, la puerta se abrió y entró un tipo que parecía un finalista del concurso Mister Baja California. Su pelo era rubio y algo largo, peinado liso hacia atrás. Tenía la cara bronceada, era delgado, de altura mediana, de complejión media. Llevaba un abrigo de *sport* color crema, pantalones blancos y una camisa negra con un gran cuello que sobresalía por encima de las solapas.

Cuando me vio, se detuvo, echó la cabeza hacia atrás una pulgada, levantó las cejas y se me quedó mirando.

—No se líe —dije—. No soy usted.

—Ya lo veo, tío —dijo—. Pero ¿quién demonios es usted?

—Usted primero —dije.

—¿Yo primero? Esta es mi oficina.

—Ah, ya —dije—. Debe usted ser Larry Victor.

—Sí, debo —dijo—. Pero todavía no sé quién es usted. O por qué está sentado en mi silla, o por qué ha entrado.

—Parece una canción infantil, ¿verdad? —dije.

Victor estaba aún de pie junto a la puerta abierta, por si necesitaba salir corriendo.

—¿Me la va a cantar? —dijo.

—Marlowe —dije—. Estoy buscando a un tipo llamado Les Valentine.

—¿Es poli?

—No —dije—. Conocí a Valentine en una partida de cartas. Me mantuve con dos parejas. Él tenía color. Me debía medio de los grandes y me dio esta dirección.

—¿Y la puerta? —dijo Victor—. Supongo que estaba abierta.

—Sí —dije—, lo estaba.

Victor asintió.

—¿Le importa si me siento en mi escritorio, Marlowe?

Me levanté, me hice a un lado y él se sentó.

—Creo que me tomaré un trago —dijo Victor—. ¿Me acompaña?

—Claro —dije.

Revolvió en el cajón, sacó el *scotch* barato y echó un poco en dos vasos de papel. Bebí un trago. Sabía a medicina para la sarna. Victor lo engulló rápidamente y se sirvió otras dos pulgadas en el vaso de papel. Después se recostó en su silla y trató de parecer relajado. Mientras lo parecía, echó una mirada al archivador. Luego me volvió a mirar a mí.

—Qué gracia —dijo Victor—. Conozco a Les Valentine.

—Asombroso —dije.

—No tan asombroso, en realidad. Ambos hacemos lo mismo. Hacemos muchos trabajos de fotografía en películas, cosas publicitarias, cosas de ésas. Mucha moda, también.

Yo di un vistazo a la oficina.

—Eh —dijo—, no hay que gastarse el dinero en florituras, ¿comprende? Se coge la mercancía y no hacen falta todos esos rollos de seda y brillos, ¿sabe?, todo ese asunto de Hollywood...

—Ya veo que no pierde el tiempo en eso —dije.

Hice enjuagues con el *scotch*. Si tenía que bebérmelo, podía aprovechar para prevenir las caries. Victor no parecía tener problemas en ese sentido. Se estaba sirviendo el tercer pelotazo. Tal vez era más duro de lo que parecía.

—Pues sí, como iba diciendo, conozco a Les. Buen fotógrafo.

—¿Dónde está ahora? —pregunté.

—Oí que estaba en el extranjero —contestó Victor.

Me lo creí igual que me creía que estaba bebiendo Chivas Regal.

—Trabajos para el gobierno. En China creo.

Se recostó y saboreó la copa, como un tipo despreocupado cualquiera, pasando el tiempo, bebiendo en compañía de otro que acabase de entrar tranquilamente en su oficina. Era tan auténtico como la sonrisa de una *starlet*.

—¿Conoce a una modelo llamada Sondra Lee? —pregunté.

—¿Sonny? Claro. Todos los fotógrafos la conocen. Es una *top model* de la costa.

—¿La ha fotografiado alguna vez?

—No, nunca tuve el gusto. Quiero decir que he estado cerca, pero ya sabe, Marlowe. Uno tiene compromisos, ella tiene compromisos. Nunca hemos podido coincidir.

—¿Ni siquiera cuando era más joven? —dije.

No tenía ni idea de adónde me dirigía. Sólo quería seguir. Algo podía salir a la

superficie.

Sacudió la cabeza.

—Cuando ella era joven, chico, yo no trabajaba. Ella no es una niña de escuela, ¿sabe?

Asentí y me metí otro sorbito de *scotch* en la boca, de manera algo furtiva y por los lados. Seguía siendo putrefacto.

—¿Qué hay de Manny Lipshultz? —dije.

Si aquello le había sorprendido, no lo demostró. Frunció ligeramente los labios y miró a una esquina de la habitación. Luego sacudió la cabeza.

—No, no conozco a ningún Manny Lipshultz —dijo—. Pero qué nombre más fino, ¿no?

Accedí. Era un nombre muy fino. Ambos éramos muy finos. Él y yo éramos especialmente finos, un par de tipos finos mintiéndonos mutuamente durante una agradable tarde fina.



Salí a la Western Avenue, me senté en mi coche y me puse a esperar. Mientras esperaba traté de imaginarme qué es lo que creía que estaba haciendo. Sabía que estaba a punto de seguir a un tipo que no era el hombre que estaba buscando, pero que tenía una foto de Sondra Lee y una oficina en un edificio enfrente del cual habían puesto una multa al tipo que yo estaba buscando. No había razón para hacerlo, como no fuera que el tipo no era trigo limpio. Si te metes en tu oficina y te encuentras allí a uno, no te sientas con él y le invitas a una copa. Llamas a la poli.

Cuando llevaba unos veinte minutos allí sentado esperando, Victor salió del edificio de su oficina y se fue a pie por la Western abajo. Esperé hasta que llegó a la esquina y cuando giró hacia la derecha por Sunset, salí del Olds y me fui pitando detrás de él. Recuperando la marcha tranquila y normal cuando llegue a Sunset. Crucé hacia el lado sur de Sunset y me dirigí al oeste. Victor estaba en la otra acera, a unas cincuenta yardas por delante de mí. Andaba de modo furtivo, pero tal vez fuese algo instintivo en él. A mitad de la manzana siguiente, se metió en un bar llamado Reno's. Dejé que se instalase y me colé yo mismo en una mesa que había en la parte delantera. La camarera me miró frunciendo el ceño: un tipo solo en una mesa de cuatro.

—Formo parte del equipo de los Southern Cal —dije—. Mis compañeros vienen ahora a reunirse conmigo.

—¡Qué gracioso es todo el mundo aquí! —dijo ella—. ¿Qué quiere beber?

Pedí un gimlet con hielo y lo bebí lentamente, dejando que eliminase el sabor que me había dejado el funesto *scotch* de Victor. Victor estaba en la barra, en un taburete, con los hombros encorvados sobre una copa de algo que, a juzgar por su *scotch*, debía saber a detergente.

Junto a él había una rubia de falda muy corta, con las piernas cruzadas, sentada de lado en un taburete de la barra, inclinada hacia Victor. Llevaba sombra de ojos verde y lápiz de labios rojo muy brillante, y el corpiño verde y rojo se le levantaba un poco por detrás de la falda cuando se inclinaba hacia adelante. La única persona que estaba en el bar aparte de ellos era una mujer de pelo rojo de cierta edad muy pechugona metida en un jersey de lentejuelas blanco deshilachado por las mangas. Bebía Manhattans, y mientras yo observaba, el de la barra le llevó uno y le indicó a Larry Victor con un gesto. Ello lo cogió, le dio las gracias a Victor con un movimiento de cabeza y se sumergió en él. Larry le devolvió el saludo tocándose la frente con dos dedos y volvió a prestar atención a la Blondie.

La Blondie lo asediaba. Yo no podía oírlo, pero por la intensidad de sus movimientos y la velocidad con la que se movía su boca, quedaba en claro que estaba más que furiosa. Victor seguía sacudiendo la cabeza y contestándole con murmullos.

El interior del Reno's era de falso pino nudoso, con algunas cornamentas montadas por las paredes, y varias viejas reproducciones de Frederick Remington

enmarcadas aquí y allá por todo el ámbito. Dentro no había mucha luz, y la brillantez del sol del sur de California que había fuera hacía que aquello pareciese aún más oscuro. Se estaba fresco, y seguramente sería un sitio tranquilo si no fuese porque la pelirroja del fondo no dejaba de meter monedas en el *jukebox*. Un bar fresco en una tarde calurosa es un lugar muy cómodo algunas veces.

La rubia sacó algo que parecía una foto de su bolso y la desplazó hacia él. Victor sacó un par de gafas sin montura del bolsillo y se las puso para mirar la foto. Cuando la vio, puso rápidamente la mano abierta encima y miró a su alrededor, incómodo. Luego volvió a deslizar la foto hacia la rubia, se quitó las gafas y las guardó. La rubia cogió la foto y la volvió a guardar en su bolso. Todo el montaje no debió durar más de veinte segundos, pero para mí fue suficiente, cuando miró por todo el bar, para darme cuenta de lo que me intrigaba de él. Excepto el pelo, se parecía a la foto que yo había visto de Les Valentine. Y el pelo puede cambiarse.

Victor se levantó de pronto, puso bruscamente un billete de diez en la barra y salió del bar como un hombre que deja a su mujer para siempre. La rubia se quedó sentada mirándole. Yo me levanté y salí detrás de Victor, teniendo cuidado de no cruzar por la mirada de la rubia. Me hubiese agujereado el tórax.

Cuando salí del bar, él estaba a mitad de camino de la esquina de la Western. Cuando cogió el coche del bordillo que había junto a su oficina, yo ya estaba en el Olds con el motor en marcha. Él se fue hacia el oeste por Sunset hasta que llegó a la autopista del sur que llevaba a Venice Boulevard. Eran las horas centrales de una tarde luminosa y no había mucho tráfico. Dejé dos o tres coches entre el de Victor y el mío y cambié de carril de vez en cuando. Él no esperaba que le siguiesen, y tenía otras cosas en la cabeza. Podía haber ido detrás de él en una noria.

Le seguí hasta la playa. Y cuando se metió en un estrecho hueco de aparcamiento detrás de un *bungalow* que había en primera línea de playa, yo pasé de largo y aparqué bajo un olivo, entre dos cubos de basura, bajo un cartel que decía: «Aparcamiento Privado. Esto se refiere a usted». Volví hacia el *bungalow* de la playa, pasé de largo ante las partes traseras de unas casitas húmedas de tablillas, cada una con un coche embutido contra su pared trasera, apretado allí para que no sobresaliera hacia la calle.

Alguien plantó alguna vez olivos en aquella calle, y aquí y allá, donde el viento salado no había acabado con ellos, crecía atrofiados e informes, ensuciando la tierra con aceitunas negras que parecían deyecciones humanas. El áspero olor de sus hojas se mezclaba con el del mar y el aroma de las comidas, y de abajo, llegaba el vago olor de la basura que se descomponía en los cubos repletos que compartían los pequeños espacios traseros de los coches.

Detrás de la casa de Victor, en el sendero de losas de cemento que conducían a la puerta principal rodeando la casa, había un buzón. El letrero decía: «Larry y Angel Victor». Seguí dos casas más abajo y atajé por otro angosto sendero de losas de cemento con hierbajos que crecían entre la arena prensada por aquéllas. Delante de

las casas se extendía el paseo marítimo; más allá, la playa y, luego, el gran océano Pacífico se ondulaba a lo largo de la línea de costa.

Dos casas más abajo, Larry Victor estaba sentado en una silla de playa en el porche delantero, con los pies sobre la barandilla. Junto a él estaba la joven de pelo negro y grandes ojos oscuros que aparecía en la foto de su escritorio. Llevaba una especie de vestido suelto hawaiano y pequeños zapatos blancos de tacón sujetos con cintas, y había dejado que el vestido se le subiese a medio muslo al sentarse junto a Victor con los pies en alto. Bebían cerveza mexicana de las botellas y se cogían las manos. Era el tipo de escena doméstica que usan las compañías de seguros cuando tratan de convencerte de que un seguro de vida es suficiente para estar seguro. Me detuve a medio camino detrás de un macizo de geranios gigantes, en la esquina que formaba una casa con la playa, dos puertas más abajo, y observé.

Marlowe, el que todo lo ve, lo ve todo, espía y demás. La chica se inclinó hacia delante y besó a Victor, y el beso se demoró y evolucionó. Cuando el beso y el achuchón consiguiente acabaron, Victor se enderezó con un gesto automático y se colocó el pelo. Bingo. Les Valentine con peluquín.

Conduje de vuelta a Springs a tiempo para tomar una cena tardía que Tino me había preparado en la cocina. Linda estaba en el Racquet Club y no volvió a casa hasta el momento en que yo terminaba la ensalada que Tino insistió en servirme después de la cena.

—Se hace así, señor Marlowe —dijo—. Todo el mundo lo hace así en Springs.

—Todo el mundo menos yo, Tino —dije—. Yo como la ensalada antes de la comida.

Tino sacudió la cabeza.

—La señora Marlowe dice que nunca le educaremos, señor Marlowe.

—Yo estoy tan educado como tengo que estarlo —dije.

—Es usted muy agradable a su modo, señor Marlowe.

En ese momento entró Linda.

—Bueno, cariño —dijo—, de vuelta a casa tras un duro día de hacer de detective.

Qué agradable.

Se acercó a mí y me dio un leve beso. Olí el alcohol en su aliento.

—¿Le gustaría también cenar algo, señora Marlowe?

—No, Tino, por favor. Sólo un *scotch* grande con soda y hielo.

Linda se sentó en la cocina frente a mí. Tino le trajo su copa.

—¿Descubriste algo grande hoy, cariño?

—Encontré a Les Valentine —dije.

—Qué emocionante. Seguro que te habrá compensado perderte la cena en el club con Mousy y Morton.

—Perfecto —dije—. Myrna Loy no lo hubiera dicho mejor.

—No seas grosero, cariño. Me diste un plantón, ¿sabes?

—Sí —dije—. Y siento haber tenido que hacerlo. Pero a mí no me suena la sirena a la hora del cóctel.

—Y yo ya lo sabía cuando me casé contigo —dijo Linda.

Eso no me lo decía a mí. Lo dejé pasar.

—Sería estimulante, cariño, si tuviese la sensación de que alguna vez dejaras el trabajo para estar conmigo.

—Es el único modo de que esté contigo —dije—. Tu viejo tiene unos diez millones de pavos. Si empiezo a dejar el trabajo para estar contigo, muy pronto andaré por ahí haciendo que me depilen las cejas.

—Eres tan sumamente tonto... —dijo Linda.

—Probablemente —dije.

Linda volvió a dar un sorbo a su copa.

—¿Nunca quieres estar conmigo? —dijo.

—Demonios, de eso se trata. Por supuesto que quiero. Me gustaría pasarme el tiempo en la cama contigo, tomando cócteles en la piscina contigo, ayudándote a

escoger la lencería. Y si lo hago, ¿en qué me convertiré? Me puedes poner un bonito collar y saldremos de paseo.

Linda se puso de pie y se apartó de mí, con la copa a medio acabar en la mano. Dio dos pasos hacia la puerta, se detuvo y tiró el vaso hacia el fregadero. Falló, el vaso dio con el armario y cayó hecho pedazos en el felpudo. Ella se volvió y se dejó caer en mi regazo con su boca contra la mía.

—Bastardo —dijo con a boca abierta junto a la mía—. Bastardo incorruptible.

La levanté en brazos y nos fuimos al dormitorio. El dinero sirve para algunas cosas. Tino limpiará los restos.

Por la mañana, Linda tenía jaqueca y nos quedamos en la cama bebiendo zumo de naranja y café, esperando que la jaqueca desapareciese.

—Demasiado *scotch* —dije.

—Claro que no —dijo Linda—. Voy a una fiesta tranquila, me tomo un par de copitas, vuelvo a casa dormida y... bueno, no dormí mucho.

—Ya me di cuenta —dije.

Tino llamó suavemente a la puerta de la habitación y entró con la bandeja del desayuno.

Ella volvió la cabeza rápidamente.

—Pero señora Marlowe —dijo Tino—. El señor Marlowe se comerá esto y la mayor parte de lo suyo, creo.

Tino colocó la bandeja en mi lado de la cama y se fue. Yo puse manos a la obra para darle la razón.

—¿Cómo eres capaz, bestia? —dijo Linda.

—Ejercicio —dije—. Sano ejercicio de interior toda la noche. Da hambre.

Sin mirar, Linda buscó a tientas, encontró media tostada y dio un mordisquito a una esquina. La masticó cuidadosamente. Luego se recostó lentamente en la almohada para descansar y digerirla.

—Anoche dijiste que habías encontrado al marido de Muffy Blackstone —dijo Linda suavemente, con los ojos entrecerrados.

—Sí —dije—. Vive en Venice con el nombre de Larry Victor. Tiene un estudio fotográfico en Hollywood.

—Estoy segura de que el señor Lipshultz estará orgulloso de ti, cariño.

—Si se lo digo.

—¿Por qué no se lo ibas a decir? —dijo Linda.

Yo miraba su perfil; cómo una fina vena latía en sus párpados entrecerrados.

—Es que hay una señora Victor.

Linda volvió la cabeza sobre la almohada para ponerse frente a mí y abrió lentamente los ojos.

—¿De verdad? —dijo—. ¿Ese hombrecillo tímido, esa especie de bicho acuático?

—En L. A. lleva un felpudo en la cabeza y no usa gafas. Un semental.

—¿Un felpudo?

—Un tupé, largo y rubio, peinado hacia atrás —dije—. Se viste como un agente de actores de películas de serie B.

Extendí la mano hacia mi mesilla y cogí la foto enrollada de Sondra Lee. Se la tendí a Linda.

—Se especializa en este tipo de fotos —dije.

Linda miró la foto y le dio rápidamente la vuelta sobre su regazo.

—Oh —dijo Linda.

Luego le volvió a dar la vuelta cuidadosamente y la miró de nuevo. Sus cejas se unieron formando el ceño más adorable que yo hubiese visto nunca. Ella volvió a estudiar la fotografía.

—Tiene unos pechos horriblemente pequeños —dijo Linda—. Y un poco de tripa.

—Eso no es tripa —dije.

—¿A los hombres les gusta este tipo de fotos?

—A algunos —dije.

Me miró y retiró las mantas en silencio.

—Yo prefiero la realidad —dije.

Ella asintió lentamente, como si estuviese satisfecha con la respuesta, y volvió a subir las mantas.

—¿El marido de Muffy hace este tipo de fotos?

—Cientos —dije.

—¿Cómo las encontraste? —dijo Linda.

—Me colé en su oficina —dije—. No lo comentes.

Frunció la nariz.

—¿Tienes que hacer este trabajo...? —quiso preguntarme.

Yo no contesté. Ella puso su mano en mi hombro.

—Sí —prosiguió—, claro que tienes que hacerlo. Sólo que...

—Sí —dije—, ¿verdad?

Estuvimos un momento callados. Linda volvió a examinar la foto.

—¿Y por qué no se lo dirás al señor Lipshultz?

—No sé. Es que... él y la otra esposa... Le seguí hasta su casa. Pues bien, ella se alegró de verle... —me encogí de hombros.

—Bueno. ¿Y Muffy? —dijo Linda.

—¡Vaya! —exclamé.

—Oh —dijo Linda.

Volvió a mirar la foto. Luego la puso en su mesilla, se volvió hacia mí y se detuvo. Se tumbó de espaldas, la cogió, la puso boca abajo y se volvió hacia mí.

—Me estoy encontrando mucho mejor —dijo.

Empezaba a sentirme como una bola de *flipper*, rebotando de un lado a otro entre Poodle Springs y L. A. Aquella vez fui por el valle y me metí en Cahuenga. El Hollywood Boulevard tenía el aspecto que siempre tiene por las mañanas, como una puta sin maquillaje.

Aparqué en Hollywood, junto a Wilton, y volví hacia la Western. Tenía la foto de Sondra Lee en el bolsillo. Era hora de hablar con Larry/Les.

El viejo gordo estaba aún en su escritorio en la oficina inmobiliaria cuando entré. No estaba él, pero había algo.

Ella estaba en la silla giratoria, echada hacia atrás, con la cabeza colgando y los brazos rígidos hacia abajo. Tenía un agujerito en medio de la frente, con la carne algo hinchada y descolorida a su alrededor. No veía sangre, pero podía olerla. Seca. Probablemente, en un charco negro que había tras ella. Tenía la boca abierta y sus rígidos labios se curvaban con el áspero rictus que había visto demasiadas veces.

Sentí que se me encogía el estómago. Tras el olor a sangre seca podía detectar aún restos del olor a pólvora. Cerré la puerta de la oficina tras de mí, me acerqué y miré la cara de la mujer muerta. La había visto antes, pero me llevó un minuto reconocerla. Era la rubia que había discutido con Larry Victor en el Reno's. Le toqué la mejilla. La piel estaba fría. Moví uno de sus brazos. Estaba rígido. Había un charco de sangre seca detrás de la silla.

Yo sabía lo que tenía que hacer, pero antes fui al archivador y lo abrí. No estaban las fotos. Eché un vistazo por la oficina. No parecía que faltase nada. Volví a mirar la cara de la rubia muerta. Respiré hondo y no tuve más remedio que llamar a la poli.

Los primeros en llegar fueron un par de enviados de la oficina del sheriff de West Hollywood en San Vicente. Llegaron con la expresión habitual tras las habituales gafas de sol. Uno de ellos se arrodilló para examinar el cadáver; el otro se puso a hablar conmigo.

—¿Ha tocado algo? —dijo. Su voz era dura.

—El teléfono —dije.

—¿Y eso? —con una voz que sugería que le diese una buena razón.

—Para llamarles —dije.

Asintió. El otro se levantó.

—Hace un rato que está muerta —dijo.

El primero gruñó:

—¿Y usted qué nos cuenta? —me dijo.

—Soy detective privado —dije—. Vine a ver a Larry Victor.

—¿Un investigador privado? Bueno, bueno, Harry. Qué suerte. Nos dan un aviso y al otro extremo hay un investigador privado.

—Suerte, sí —dijo Harry.

—¿Para qué vino a ver a Victor? —dijo el primer poli.

—Un caso entre manos —dije.

—¿Tiene alguna identificación?

—Claro —dije. Saqué la cartera y se la enseñé. La dirección de mi licencia era aún la vieja de Los Ángeles.

—¿Qué caso? —dijo Harry.

Sacudí la cabeza.

—De eso nada —respondí—. Se lo tendré que decir a quienes se hagan cargo. ¿Para qué lo voy a contar dos veces?

—Usted lo cuenta las veces que haga falta, soplón —dijo el primer policía—. ¿De qué caso se ocupa?

—Pues en este momento no hay nada que me diga que mi caso tenga algo que ver con su caso. Si lo encuentro, se lo diré. Pero ahora mismo, no.

—Oye, chico listo —dijo el primer policía—. Tú no decides lo que tiene que ver con nuestro caso. Sólo nosotros.

—¿Nosotros? —me extrañé—. Vosotros sois niñeras. En cuanto Homicidios aparezca por aquí, vosotros os largáis a poner multas.

—Muy bien, bocazas —dijo Harry—, las manos en la espalda.

En ese momento llegó Bernie Ohls fumando uno de sus cigarros enanos, con aspecto de hombre que había desayunado y hecho mucho ejercicio. Era el investigador jefe del Fiscal del Distrito.

—¿Ya está haciendo rabiar a los patrulleros de nuevo, Marlowe? —dijo.

Los dos enviados del sheriff no se pusieron exactamente firmes, pero se estiraron visiblemente. Harry se detuvo con las esposas medio fuera del cinturón.

—Ohls —dijo Bernie—. De la Oficina del Fiscal del Distrito.

—Así es, teniente, ya lo sabemos —dijo el primer policía.

Bernie sonrió sin querer decir nada y señaló la puerta con la cabeza.

—Ya nos ocupamos nosotros —dijo, y los dos enviados salieron de la oficina. Ohls se acercó y miró a la mujer muerta. Era un tipo de talla mediana, con pelo rubio y cejas blancas hirsutas. Sus dientes eran blancos y regulares, y sus ojos azul claro, tranquilos. Tenía una agradable voz de poli listo que siempre era una pizca demasiado desenvuelta para ser creíble. Con él estaban otros dos funcionarios del distrito, ambos en ropa de calle. No me hicieron ni caso.

—De muy cerca —dijo Ohls, mirando el cuerpo—, revólver de pequeño calibre, probablemente con carga pesada, hizo un agujero mucho más grande, diría yo, al salir que al entrar.

Uno de los funcionarios dijo:

—El forense estará aquí dentro de un minuto, teniente.

Ohls asintió, ausente.

—¿La conoce? —me dijo.

—No —dije.

Ohls me miró fijamente.



—¿Se está pasando de listo? —dijo.

—Todavía no —dije.

Él volvió a asentir. Apareció el forense, un tipo bajo y gordo que llevaba traje y chaleco, con un gran puro colgando de la comisura derecha de la boca. Dos tipos del laboratorio entraron detrás de él y empezaron a echar polvos para sacar huellas dactilares.

—Venga —dijo Ohls, y nos fuimos al estrecho pasillo.

—Cuénteme su historia —dijo Ohls. Dio una chupada al puro y expulsó el humo hacia el oscuro pasillo.

—Busco a una persona desaparecida en Springs —dije—. Las huellas me trajeron aquí. Hablé con el tipo de la oficina y no pudo ayudarme. Me dijo que conocía al tipo, pero que el tipo estaba fuera y no iba a volver. Me fui, estuve mirando un poco más por los alrededores y encontré que algunas cosas no tenían sentido, por lo que volví a hablar con este tipo de nuevo. La puerta estaba abierta. Entré y me la encontré.

—¿El tipo se llama Larry Victor? —dijo Ohls.

—Es el nombre que hay en la puerta —dije.

—¿Sabe dónde está ahora?

—No —dije.

—¿Hay algo que me pueda decir que me sirva de algo? —dijo Ohls.

—No.

—Supongo que si le pido el nombre de su cliente, no me lo dará —dijo Ohls.

—Un tipo como yo, Bernie, no anda por ahí contándole a los polis para quién trabaja si no es imprescindible —dije.

—¿Y quién decide si es imprescindible? —dijo Ohls.

Yo me encogí de hombros.

—Ya lo resolveremos —dije.

—Desde luego —dijo Ohls. Se sacó el cigarro enano de la boca y lo miró tranquilamente un minuto; luego lo tiró al suelo y lo pisó.

—Manténgase en contacto con nosotros —dijo Ohls. Giró sobre sus pies y volvió a la oficina. Lo miré durante un minuto y no me pareció que allí hubiese sitio para mí. Así que me marché.

Bajé por la Western hacia Santa Mónica Boulevard, apretando a fondo el acelerador. La poli no iba a tardar mucho en averiguar dónde vivía Larry Victor, y entonces alguien se dejaría caer por allí y lo agarrarían. Yo quería llegar antes, y no estaba muy seguro de por qué. Llegué a Venice Beach en veinticuatro minutos. Me temblaba un poco la pierna derecha cuando al fin la levanté del acelerador y salí del Olds detrás de la casa costera de Victor. No había coches a la vista. Di la vuelta a la casa, me metí en el patio y llamé a la puerta corredera de cristal. La mujer de pelo negro que yo había visto antes con Victor salió y entreabrió la puerta.

—¿Sí?

—Marlowe —dije—. Necesito ver a Larry Victor en seguida.

Ella sonrió y abrió la puerta un poco más.

—Entre, señor Marlowe —dijo—. Larry está preparando unas copas en la cocina. ¿Quiere una?

—Dentro de unos minutos, todos necesitaremos una —dije—. Dígale a Larry que es urgente.

Mientras hablaba, Victor salió de la cocina con una jarra y dos vasos. Me miró.

—¿Qué demonios quieres? —dijo.

—No puedo perder el tiempo con explicaciones —dije—. Tiene que creerme. Hay una mujer muerta en su oficina, Victor, y la poli viene hacia aquí.

Los ojos de Angel se abrieron mucho. Victor dijo:

—¿Una mujer muerta?

Yo dije:

—Venga, súbase a mi coche. Angel, diga a la poli que no sabe dónde está.

Todo el mundo estaba inmóvil. Cogí a Victor por un brazo.

—O se viene conmigo o pasa una larga noche en la ciudad —dije—. Angel, tire el hielo y las bebidas. Volveremos.

Arrastré a Victor y salí por la puerta delantera.

—¡Larry! —chilló Angel detrás de nosotros—, ¡llámame!

—Ocúpese de los dos vasos —dije.

Luego metí a Victor en mi coche y nos fuimos por Lincoln Avenue y Venice Boulevard hacia el este.

—¿Qué demonios es esto, Marlowe? —dijo Victor.

Le ofrecí un cigarrillo. Él lo cogió y lo encendió con el encendedor de mi salpicadero. El coche se llenó del olor que tienen los cigarrillos que se encienden con un encendedor de coche.

Dio una honda calada y exhaló el humo en dos veces por las ventanas de su nariz.

—Ok —dijo—. ¿Qué está pasando?

Se lo dije todo.

—Yo no la maté —dijo Victor—. Ni siquiera sé lo que estaba haciendo en mi

oficina.

—Pero usted la conocía —dije.

—Porque usted lo diga...

—Era la rubia con la que usted se peleó el otro día en el Reno's —dije.

Victor se me quedó mirando un momento. Su boca se abría y se cerraba como la de un pez tropical.

—¿Cómo pudo...? —dijo, y se interrumpió.

—Le seguí —dije.

—¿Me siguió?

—Intente no repetir todo lo que yo digo. Le seguí hasta el Reno's y luego hasta su casa. ¿Es Angel su esposa?

—Sí —dijo.

—¿Y Muriel Valentine es su esposa?

—¿Muriel Valentine?

—Le dije que no hiciera eso —dije.

—¿Quién es Muriel Valentine?

—La esposa de Les Valentine —dije—. Vi una foto de él en su casa. Si se pone usted las gafas y se quita el felpudo, tiene exactamente el mismo aspecto.

Se quedó un instante en silencio, mientras chupaba el cigarrillo. Empezaba a formarse una larga brasa en el extremo, como ocurre cuando varias personas se pasan uno. Sacudió la cabeza, abrió la ventanilla de mi coche y tiró la colilla brillante al pavimento. Salieron volando algunas chispas mientras nos alejábamos. Yo sentía su mirada sobre mí.

—¿Cuál es el asunto entonces? —dijo. Le costaba hablar.

—¿Le llamo Larry o Les? —dije.

No contestó.

—¿Está casado legalmente con Angel?

Siguió sin contestar.

—Desde luego, es muy agradable —dije— hablar conmigo mismo. Nada de salidas de tono, nada de mentiras, sólo el acariciador sonido de mis propias preguntas.

Saqué la foto de Sondra Lee del bolsillo interior de la chaqueta, quité la goma y la desenrollé con una mano mientras conducía. Aquello no era nada comparado con la cirugía cerebral.

—Supongo que cuando usted la hizo ella estaba empezando —dije. Le tendí la foto. Él la cogió, callado aún.

—¡Jesús!, Marlowe.

—Hábleme de eso —dije.

Volvió a decir:

—¡Jesús!

—Las cosas van saliendo —dije—. Es el efecto que tiene un asesinato. Está todo

archivado y guardado cuidadosamente, y entonces hay un asesinato y todo se embrolla.

—¿Qué voy a hacer? —dijo Larry.

—Va a contarme lo que pasa —dije—. Tal vez pueda solucionar algo.

—¿La poli sabe algo de mí? —dijo.

—Yo no les he dicho nada —dije—. Cuando les dejé sólo tenían el cadáver en su oficina.

—¿Estaba usted allí?

—Yo encontré el cuerpo.

Nos dirigíamos ahora hacia el norte, por Sepúlveda.

—¿Usted?

—Marlowe, Cadáveres Exprés —dije—. Fui allí a hablarle acerca de si era Larry Victor o Les Valentine. Le llamaré Larry por ahora. La puerta estaba abierta y ella estaba allí. En la silla de usted. Alguien le había disparado desde muy cerca con un revólver de pequeño calibre.

—¿Y sacó la foto de mi archivador?

—No, la cogí la primera vez que estuve allí. Esta vez estaba vacío.

—¿No había fotos?

—No había fotos —dije.

—¿Me da otro cigarrillo? —dijo.

Le tendí el paquete. A la derecha había unos supermercados Von's. El lugar estaba lleno de camiones, mujeres y carritos. Salí de Sepúlveda y aparqué entre ellos.

Victor estaba fumando. Me devolvió el paquete y yo lo puse en la guantera.

—¿De qué va usted, Marlowe? ¿Es un chantajista?

Sacudí la cabeza.

—Detective privado —dije—. Me contrataron para encontrarle a usted.

—¿Quién? ¿Muriel?

—Lipshultz —dije.

Sus ojos se abrieron.

—¿Lippy?

Asentí.

—¿Por el pagaré?

—Ajá.

—Intentaba ganar una apuesta —dijo.

Yo no hice ningún comentario.

—Se ha enterado de mucho en muy poco tiempo.

—Soy un tipo curioso —dije—. ¿Quería conseguir un premio gordo para salir de Springs?

—Sí. Springs, Muriel, su viejo, todo eso.

—¿Está casado con Angel?

—Sí.

—¿Antes o después de Muriel?

—Antes.

—Muy bonito —dije—. Déjeme adivinar. Conoció a Muriel en alguna parte, tal vez haciendo fotos.

—Sí.

—Claro —dije—. Y usted le gustó y usted vio el negocio de pronto, tras haberse pasado la vida luchando por cada centavo. ¿Angel sabe que se casó con ella?

—No, cree que voy a hacer reportajes.

—Así que iba a meter mano a los fondos de Muriel —dije—, y cuando tuviera bastante, iba a volver a L. A. y desaparecer con Angel.

—Algo así —dijo.

—Sólo que no pudo hacerse con la pasta.

Sacudió la cabeza.

—Ni un centavo —dijo—. Ni una pizca.

—Así que intentó conseguirlo en el Agony Club y descubrió que es difícil ganar a la casa.

—Juego mucho. Soy bueno. Creo que el juego estaba amañado.

—Claro —dije—, de otro modo hubiese usted ganado a la casa. Lo sé. Sólo juegan con novatos como usted unas cincuenta o cien veces al día.

—Gano mucho.

—¿Tanto como pierde?

No contestó. Miró hacia otra parte, a los compradores que se afanaban pensando si iban a poner asado o chuletas de cordero para cenar. No pensando en un cadáver en su oficina. Finalmente habló, sin volver a mirarme.

—¿Cómo es que no le dijo nada a la poli?

—No es asunto mío —dije.

—¿No es un ciudadano respetuoso con la ley?

—Dentro de un orden —dije.

—Entonces, ¿por qué no se lo dijo? ¿Cómo es que se dejó caer aquí desde Hollywood antes que la poli?

—Soy un romántico —dije.

—¿Un qué?

—Les vi a usted y a Angel juntos la otra noche. Parecían felices. Se me quedó mirando.

—Es usted algo fuera de serie, Marlowe —dijo.

—A un precio razonable, además —dije.

El sol se había movido hacia el oeste, hacia la playa, y se encontraba más bajo, de modo que las sombras del aparcamiento se hacían más largas y aerodinámicas. La multitud compradora había ido disminuyendo a medida que las amas de casa se iban yendo a preparar la cena y poner la mesa antes de que el maridito se tomase el tercer Manhattan. La primera tanda de automovilistas empezaba a disminuir la velocidad en Sepúlveda, dirigiéndose hacia el norte, hacia el oeste de L. A. y el valle. Victor ramoneaba entre mis cigarrillos como una cabra entre el trébol. Saqué la pipa del bolsillo, la cargué, la puse a funcionar y me recliné en mi asiento contra la puerta.

—Yo no la maté —dijo Victor.

—Por ahora, digamos que no. Digamos que es un bastardo taimado, un bígamo, un jugador compulsivo, un pornógrafo y un gigoló, pero digamos que no le veo asesinando. ¿Puede explicarme cómo acabó ella en su oficina sentada en su escritorio con un agujero de bala en la frente?

—Eso es muy duro Marlowe.

—Claro que lo es, pero no es nada duro comparado con lo que será cuando esté usted en el juzgado, en la sala de atrás, con los polis sentados alrededor con los pies en la barandilla.

—Si me encuentran —dijo.

—¿Encontrarle? Será tontaina. Yo le he encontrado en tres días gracias a un pagaré que ha dejado por ahí. ¿Cree que la poli no le encontraría si sospecha que ha asesinado a alguien? ¿Cree que soy la única persona que le vio discutir con la rubia en el Reno's? ¿Cómo se llamaba?

—No sé. Lola. Lola algo. Casi no la conocía.

—¿De qué discutían?

—Estaba borracha.

—¿De qué discutían?

—Solía citarme con ella —dijo Victor.

—Ja, y no sabe cómo se apellidaba.

Se encogió de hombros.

—Ya sabe cómo son esas cosas, Marlowe.

—No —dije—, no lo sé.

—Conoce uno a un montón de chavalas, duerme con ellas, y ellas empiezan a pensar que es más serio de lo que uno piensa.

—Pero no tan serio como para decirle su apellido —dije.

—Bueno, supongo que me lo dijo, pero oiga, no puedo recordar cada nombre, ¿no?

Se estaba recuperando, el miedo retrocedía un poco, hacia la sombra. Yo iba a ayudarle, oh, chico.

—Acuérdese de ésta, amigo, o le llevo al centro de la ciudad.

—¡Jesús! —volvió a decir. El miedo había vuelto—. No lo haga. Puedo recordarlo, su nombre era... ah...

Pretendió estar pensando intensamente.

—Su apellido era Faithful, Lola Faithful. Creo que tal vez lo cambiaba un poco.

—Lola Faithful —dije.

—Sí. Seguramente un nombre artístico, pero así estaba escrito en la libreta cuando yo solía quedar con ella. De veras.

—Y ella estaba furiosa porque usted no quería quedar con ella nunca más.

—Sí —dijo Victor—. Eso es. Estaba furiosísima, Marlowe.

—¿Cuánto tiempo lleva casado con Angel?

—Tres años y, ah... siete meses.

—¿Rompió con Lola antes de eso?

—Claro, demonios, ¿qué clase de tipo cree que soy?

—No quiero saberlo.

—Sí —dijo Victor—, rompí con Lola mucho antes de que nos casáramos. En cuanto empecé a salir con Angel me la quité de encima.

—Ajá —dije—. Así que hace cuatro años rompió con Lola Faithful, y hace unos días ella le agarra en un bar y empieza a chillar por ello, ¿verdad?

—Está enamorada, Marlowe. No es culpa mía.

Yo di una chupada a mi pipa y le miré bizqueando a través del humo.

—He oído a marineros contar historias mejores a camareras filipinas —dije.

—Bueno. Si no me cree, ¿por qué demonios está aquí sentado conmigo?

—Por dos cosas, tal vez tres —dije—. Una, no da usted el tipo. Es usted un estafador, un ratero, un tipo que siempre tiene una trampa entre manos; no creo que tenga la sangre fría necesaria para matar a un hombre.

—¿Ha matado usted alguna vez a alguien, usted que es tan duro? —dijo Victor.

—Segundo —dije—, ¿por qué iba usted a matarla en su oficina y dejarla allí sin cerrar la puerta siquiera? Estaría invitando a la poli a entrar, a que le cogieran y a que dijeran que fue usted quien lo hizo.

—Sí —dijo—. Así de estúpido soy.

—Ya veremos —dije.

—Dijo usted tres razones —siguió Victor—. ¿Cuál es la otra?

Sacó el último cigarrillo de mi paquete, arrugó el papel y lo tiró por la ventanilla. Luego apretó el encendedor del coche y esperó a que saltase.

—Como dije, soy un romántico.

Victor se volvió hacia mí.

—Yo no la maté, Marlowe. Tiene que creerme.

—No *tengo* que creerle —dije—. Dejaremos que, de momento, sea una hipótesis de trabajo. ¿Tiene algún sitio para esconderse?

—¿Qué tal su casa? —dijo Victor.

—Mi casa está ocupada —dije.

—Sí, pero bueno, ya sabe, no ocupo mucho sitio.

—Ocupada —dije— por mi esposa y por mí mismo. Usted no está invitado.

—Por Cristo, Marlowe. No tengo ningún sitio a donde ir que no se le ocurra a la poli.

—¿Saben lo de Muriel? —dije.

—No, Jesús, nadie sabe nada de ella.

—Vaya allí —dije.

—¿A casa de Muriel?

—¿Por qué no? Es su mujer, creo. Es su casa.

Sacudió la cabeza.

—Es la casa de ella —dijo—. De ella y de su padre.

—¿Prefiere pasar la noche con la espalda apoyada en el muro de una celda?

Victor estaba silencioso. El cigarrillo se había convertido en una colilla entre sus dedos. Dio otra calada con cuidado, para no quemarse los labios.

—¿Cómo llegaré hasta allí? —dijo.

—Yo le llevo.

—¿Hasta Poodle Springs?

—Yo vivo allí. Me queda de camino a casa.

—¿Vive usted en Springs? —preguntó Victor.

—Claro —contesté—. Mire la línea de mi mandíbula, el brillo de mi barbilla.

—Marlowe —dijo—. Santo cielo, ¿es usted el tipo que se casó con la hija de Harlan Potter?

—Ella se casó conmigo —dije.

—Por amor de Dios, vive usted al otro lado de la calle, frente a mí.

—¡Qué pequeño es el mundo! —dije.



Fuimos gran parte del camino silenciosos. Victor decía que le gustaría tener un cigarrillo cada quince minutos. Cuando pasamos por el atajo de Bakersfield, yo dije:

—Hábleme del padre de Muriel.

—¿Clayton Blackstone? —oí a Victor inspirar y expulsar el aire por la nariz.

—Sí.

El sol ya se había puesto y la carretera atravesaba el desierto vacío como una borrosa cinta ante los faros.

—Rico y tacaño —dijo Victor.

—Así se hace uno rico —dije.

—Él se enriqueció de muchas maneras —dijo Victor—, no todas legales.

Yo esperé un poco más.

—La mayoría, ilegales —dijo Victor—. Pero lo hizo hace tiempo, así que ahora es de clase alta, y su hija, una princesa.

—Este país es grande y duro —dije—. Eso pasa continuamente.

—Sí, pero no a mí.

—Usted se lo buscó —dije por decir algo.

—Blackstone hizo su fortuna con el juego, en barcos más allá de la costa, fuera del límite de las tres millas —dijo Victor—. Allí se podía conseguir lo que uno quisiese. Cartas, dados, ruleta, un sitio para apostar a los caballos, habitaciones de juego privadas. Se podían conseguir chicas, bebida, marihuana, coca; y eso en los días en que los chicos de la escuela superior aún no habían oído hablar de ello.

—Claro —dije—, te recogían en taxis acuáticos en el muelle de Bay City.

—Ahora posee bancos, hoteles, clubs y restaurantes, pero el dinero vino de aquello. Todavía tiene gente de ésa alrededor.

—¿Tipos duros? —dije.

—Tipos que saltarían los dientes y luego te dispararían por protestar.

—¿Tiene algo que ver con el Agony Club? —dije.

—No, eso lo lleva Lippy.

—Lippy dice que el jefe es alguien llamado Blackstone, y que ese Blackstone es un hueso con los libros.

—¡Jesús! —exclamó Victor—, no sabía eso.

Se frotó los ojos con los bordes de sus manos abiertas.

—Bueno, el viejo Clayton no va a acabar conmigo mientras yo esté casado con su hija.

—Eso si no descubre que está usted casado con Angel.

—Jesús, Marlowe.

El cartel indicador de Poodle Springs surgió en la noche. Yo giré hacia la oscuridad de la carretera del desierto. Había algún brillo de luces en los cañones, donde algunas personas construyeron casas en la parte de escoria del arroyo, y

estaban allí agazapados haciendo lo que fuere que hagan los habitantes del desierto. Me sentía a un millón de millas de cualquier parte, no más cerca de la civilización que de las estrellas brillaban sin calor sobre mí. Solo en la oscuridad, escuchando la gimoteante letanía de un hombre débil que se había pasado de listo.

—¿Cómo se lleva con Blackstone? —dije.

—Uno no se lleva con un tipo como Blackstone —dijo Victor—. Te tolera, o no. A mí me tolera porque pertenezco a la pequeña Muffy.

Oía el sonido de la amargura que teñía sus palabras, como el mordisco a una naranja verde.

—Esto es lo que yo opino —dije—. Lippy le busca porque usted le debe dinero. Los polis le buscan porque puede usted haber matado a Lola Faithful. Blackstone le tolera, pero si descubre lo de Angel, puede que le salte el cráneo.

—Sí —dijo Victor. Tenía las manos apretadas sobre el pecho, y se miraba los pulgares—. No me preocupo por mí, Marlowe. Pero tenemos que proteger a Angel.

—Ya lo decía yo —dije—. Ya decía yo, cuando le conocí como le conozco, que su vida es una larga secuencia ininterrumpida de autosacrificios y preocupación por los demás.

—Se lo juro, Marlowe, amo a esa chica. Puede que sea lo único que he querido en mi vida. La gente se reiría seguramente al oírme decir esto, pero me entregaría hoy mismo si eso le sirviese a ella de algo. Pero no puedo, porque si Blackstone descubre lo de Angel y yo, la mataría a ella también.

—Bueno, si puede reprimir su pasión por el autosacrificio —dije— y conservar la boca cerrada, y esconderse con su esposa de Poodle Springs hasta que resuelva esto...

Dejé la frase en el aire. Yo mismo no tenía un final para ella. Tampoco él. Nos quedamos en silencio hasta que lo dejé frente a la casa de Muriel. Él se quitó el postizo, lo puso en mi guantera y se dirigió cansino hacia la entrada. Cuando llegó a la puerta, vi que sus hombros se enderezaban. Arranqué el Olds y me encaminé a la casa que compartía con Linda.

—Clayton Blackstone es un hombre muy bien considerado —dijo Linda—. No me creo toda esa basura que te ha contado el marido de Muffy.

Estábamos desayunando junto a la piscina y ya hacía verdadero calor. Había aroma de buganvilla en el aire y se oía a los pájaros buscando comida antes de que el calor fuese demasiado fuerte.

—Es una cuestión legal el que él sea su marido o no —comenté—. Creo que el primer matrimonio excluye los siguientes. —Di un sorbo a mi café, un tueste especial que Tino había conseguido—. Por otro lado, no estoy muy puesto en leyes sobre bigamia.

—Clayton Blackstone es amigo de papá —dijo Linda.

Llevaba una prenda de seda azul celeste que le ocultaba lo suficiente como para no estar fuera de la ley, pero nada más.

—No sé dónde consiguió papá su dinero —dije—, pero si se tiene mucho, algo tiene que ser sucio.

—¿Crees que mi padre ha sido deshonesto?

—No es tan simple —dije.

—Bueno, ¿qué crees?

—Creo que al menos ha permitido algún pequeño asunto deshonesto.

—Oh, bah —dijo Linda.

Llegó Tino y se llevó los vasos de zumo vacíos.

—Evidentemente, Les, o Larry, o cómo demonios se llame a sí mismo, es un jugador compulsivo. Evidentemente, es un cazafortunas. Evidentemente, es deshonesto. ¿Por qué le proteges? ¿Por qué no le entregas simplemente a la policía? —dijo Linda—. Dile al señor Lipshultz dónde está y ven a pasar algunas tardes conmigo, bebiendo gimlets, cogiéndonos las manos y... hum, bueno, lo que surja.

—Él tampoco lo entiende —dije.

—¿Les? Ya me imagino que no, el muy gusano. ¿Qué clase de hombre puede ser capaz de meterse en ese lío? —los ojos de Linda brillaban de disgusto.

—Es un adicto —dije.

—¿A las drogas?

—Al riesgo. Es probablemente un jugador compulsivo y tiene que convertirlo todo en un juego.

—Pero ¿a santo de qué tiene alguien que hacer eso? ¿Por qué hay gente que se siente así con respecto al juego?

—No es el juego —dije—. Es el riesgo, el peligro de perder, lo que estimula los jugos.

—¿Le gusta perder? —dijo Linda.

Sus ojos habían perdido el brillo del enfado y estaba frunciendo levemente las cejas. Su encantadora rayita apareció horizontal entre sus cejas perfectas. Se inclinó

un poco hacia mí en la silla, sujetando una parte de su prenda celeste al cuello para poder conservar su aspecto decente, y de paso, impidiendo que me escapase.

—No, pero le gusta correr el riesgo de perder —dije—. Eso le excita.

—Así que juega, comete bigamia, hace fotos pornográficas y tal vez mata a alguien.

—Las cosas se le han ido de las manos —dije—. Ahora todo es demasiado peligroso. Ya no saca emociones de todo esto. Está asustado. Y no creo que matase a la mujer de su oficina.

Linda se inclinó hacia atrás en la tumbona y se mordió ligeramente el labio inferior, mirándome de reojo.

—Estás pensando —dije.

—Hum.

—Estás guapa cuando piensas —dije.

—Entiendes muy bien a ese hombre —dijo Linda.

—Soy un detective, señora. Conozco a mucha gente con problemas.

—Tal vez tú seas un poco como él. Tal vez haces este trabajo porque es peligroso.

—¿Cómo Larry Victor? ¿Saco emoción del peligro?

—Tiene que haber alguna razón —dijo Linda—. ¿Por qué no te quedas en casa y me ayudas a gastar treinta millones de dólares?

—Puede que me encontrase con un anillo de oro colocado alrededor del cuello —dije—, y tú me llevarías colgando de la pulsera.

—Eres realmente imposible, ¿sabes? —dijo Linda—. Afortunadamente, yo te encuentro para chuparse los dedos.

—Ya lo sé —dije.

Sobre Hollywood soplaba un viento que venía de Santa Ana y que se había llevado la contaminación más allá de Catalina. El cielo estaba azul como un nomeolvides y hacía una temperatura de unos 22° cuando aparqué en Sunset y caminé por la Western hacia el Reno's. Era justo después del mediodía y la mayoría de las fulanas se habían ido a comer. Hacia el noroeste, más allá del valle de Pasadena, se veía la nieve sobre las montañas de San Gabriel.

Entré en el Reno's. Olía como si hiciera tiempo que no limpiaban el grill. Fui hacia la barra y me senté en un extremo. En el otro había dos tipos con trajes de cuadros inclinados sobre un cuaderno, y en la mesa en la que yo me había sentado el otro día, un tipo de pelo blanco con una camisa negra de estilo vaquero le pasaba copas a una vieja de cara difícil con un débil recuerdo de rubio en el pelo. Llevaba unas abigarradas gafas azul brillante adornadas con piedras falsas. Los dientes del tipo viejo tenían la regularidad que sólo tienen los dientes comprados.

No había nadie más en el lugar. El barman se deslizó por la barra como si tuviese más tiempo del que nadie necesitase. Era un tipo alto y estrecho, calvo. Tenía algunos mechones de pelo negro cuidadosamente colocados encima de la calva, que le daban un aspecto mucho peor. Sus dientes eran amarillos y del color de un tipo que sólo sale por las noches.

—¿Qué va a ser, amigo? —dijo.

—*Whisky* de centeno —dije—. Hasta arriba.

Sacó una botella de la estantería que estaba tras él y me sirvió un trago de Old Overholt, marcó el precio en la caja y puso la cuenta en la barra, delante de mí.

—Lola Faithful, ¿viene mucho por aquí? —pregunté.

El barman se encogió de hombros y empezó a moverse por la barra. Yo saqué un billete de veinte dólares del bolsillo, lo doblé a lo largo y lo puse de pie, como si fuera una tiendecita de campaña, en la barra, frente a mí. El barman volvió por la barra hacia él.

—Creí que quería pagar la cuenta —dijo.

—Sí —dije.

Miró los veinte dólares y se mojó los labios con una lengua que tenía el color de una ostra curda.

—Lola Faithful, ¿viene mucho por aquí? —dije.

—Oh, Lola, claro, no le entendí la primera vez. Diablos, Lola no hace más que venir por aquí. Por Cristo, eso es lo que hace. Viene por aquí.

Sonrió con sus grandes dientes amarillos, como un caballo viejo. Miraba el billete. Yo lo cogí por un extremo y lo miré, colgando de las puntas de mis dedos.

—¿Qué puede decirme de ella?

—Bebe Manhattans —dijo.

—¿Algo más?

—Creo que es algo así como una bailarina de *hoochie cooch*<sup>[5]</sup> —añadió.

—¿Y?

—Y nada —dijo—. Es todo lo que sé.

Yo asentí.

—¿Conoce a un tipo llamado Larry Victor? —pregunté.

—No —dijo el barman. Sus ojos siguieron el movimiento del billete—. La mayoría de la gente no es fija.

Dejó de mirar el billete un momento y barrió el lugar con la vista.

—Diablos —dijo—. ¿Va a ser usted fijo aquí?

—¿Les Valentine? —continuó. Sacudió la cabeza.

Dejé caer el billete de mis dedos y lo deslicé sobre la barra hacia él. Lo cogió con sus largos dedos, lo dobló con mano experta y se lo metió en el bolsillo del reloj de sus pantalones de popelín. Luego cogió la botella de *whisky* de centeno y me llenó el vaso.

—A cuenta de la casa —dijo.

Yo moví la cabeza, y él se fue al otro lado de la barra y comenzó a limpiar vasos con un paño que hubiese servido mejor para otras faenas.

Yo esperé.

Los dos tipos con traje de cuadros cerraron su cuaderno y se fueron a buscarse la vida. El tipo viejo de la mesa estaba teniendo mucho éxito con su ligue. Ella ya estaba borracha y se dedicaba a manosearlo. Un niño mexicano de unos diez años entró en el bar.

—¿Limpia, señor? —dijo.

—No, gracias —dije.

—Eh, chico —dijo el barman—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que te largues? Empezó a salir de detrás de la barra.

—¿Fotos? —me dijo el niño.

Sacudí la cabeza.

—¿Porros? ¿Coca?

El barman salió de la barra y le lanzó un bayetazo al chico.

—Venga, chico, lárgate.

Saqué un dólar del bolsillo y se lo tendí al chico.

—Toma —dije—. Gracias por preguntar.

El niño cogió el billete y se precipitó a la puerta.

—Si sigues viniendo aquí, chico, vas a acabar en el reformatorio, te lo juro.

El barman volvió a meterse tras la barra sacudiendo la cabeza.

—Mexicanos... —murmuró.

Di un sorbo a mi *whisky*. El barman cortó algunas limas y limones y los metió en una jarra de boca ancha.

La pareja de viejos de la mesa pidió otra ronda. Ella había apoyado la cabeza en el hombro de él, tenía los ojos medio cerrados y se le había abierto la boca. Una

mosca hacía lentos círculos sobre el lugar húmedo en el que había estado en mi vaso. Se detuvo encima, con las alas transparentes empañadas, aterrizó probó un poco y se frotó las patas delanteras apreciativamente. Yo di otro sorbo al *whisky*.

Una mujer pelirroja entró en el bar y echó un vistazo, me vio, vino hacia la barra y se sentó dos taburetes más allá. Era la misma mujer que metía monedas en el *jukebox* mientras Lola discutía con Victor.

—Vino blanco, Willie —dijo.

El barman sacó una gran jarra de vino del frigorífico que había bajo la barra, echó un poco en una copa y la puso ante ella sobre una servilleta. Metió la jarra en un fregadero lleno de hielo para que estuviese a mano, marcó el precio en la caja y lo puso junto a ella en la barra. Ella cogió el vino, lo miró un momento y bebió con cuidado media copa. Volvió a ponerla en la barra y miró al barman.

—Ah, Willie —dijo—. Siempre se puede confiar en ti, ¿verdad?

—Claro, Val.

Ella sonrió, sacó un cigarrillo largo y fino con papel marrón y miró en su bolso; luego se volvió hacia mí con el cigarrillo en la boca, sujetándolo con los dedos.

—¿Tiene fuego? —dijo.

Saqué una cerilla de cocina de mi abrigo y conseguí encenderla con la uña del pulgar al primer intento. La sujeté mientras ella se inclinaba hacia delante y acercaba el extremo de su cigarrillo a la llama. Dio una honda calada y dejó salir el humo lentamente mientras se enderezaba.

Su pelo era rojo, más brillante de lo que ningún dios hubiera creado nunca, pero, probablemente, una versión del tono original. Tenía una cara blanda en la que las arrugas de las comisuras de la boca se habían profundizado con los años hasta convertirse en paréntesis. Llevaba todos los maquillajes conocidos y tal vez alguno que no conocía nadie. Usaba pestañas postizas y sombra verde, y se había ensanchado la boca a base de gruesos trazos de barra de labios. En el cuello tenía una raya de maquillaje que se detenía cerca del escote de la blusa, y la carne blanca que lucía bajo la barbilla hacía que la línea del cuello se confundiese con la de aquélla. La blusa era blanca, de cuello fruncido, y la falda negra y por encima de las rodillas. Las uñas eran muy largas y agudas, pintadas del mismo rojo agresivo que sus labios. Llevaba dos grandes aros de oro colgando de los lóbulos de las orejas. Incluso en la oscuridad del bar veía las finas líneas verticales sobre el labio superior, y el entrecruzado de tenues rayas alrededor de sus ojos.

—Vino, cigarrillos y un buen hombre —dijo—. Es todo lo que uno puede pedirle a la vida.

Se bebió el resto de su vino y le hizo un gesto al barman para que le sirviese más.

—Las dos primeras cosas suenan bien —dije.

—¿No quiere usted un buen hombre? —Se rió con una risa áspera, rascante, masculina, que acabó en un resuello.

—Creo que no me interesan los hombres —dije.

Jadeó al terminar de reírse, tosió un poco y bebió algo de vino. Yo sonreí animándola.

—Me gustaría poder decir lo mismo —dijo—. Es fácil conseguir vino y cigarrillos. Pero un buen hombre es condenadamente difícil.

Volvió a toser, bebió un poco más de vino, cogió la servilleta de papel que le habían puesto con el vino y se limpió los labios.

—Y sabe Dios que lo he intentado con muchos.

Se le había acabado el vino. Miró al barman, pero él estaba atento a la vieja pareja de la mesa.

—Willie —dije—. La señora necesita repostar. Póngalo en mi cuenta.

Willie sacó la jarra de vino sin comentarios. Marcó el precio en mi cuenta.

—Gracias —dijo ella—. Parece usted un tipo muy agradable para andar por un sitio como éste.

—Yo iba a decir lo mismo acerca de usted.

—Claro que iba a hacerlo —dijo—. Y luego me iba a contratar para el cine, ¿verdad?

—Si hubiese estado en el negocio del cine unos años atrás... —dije.

Me veía la cara reflejada en la barra. Tenía el aspecto inocentemente untuoso de un coyote robando un pollo.

—Tiene usted el aspecto de un tipo que consigue lo que quiere.

—Estuve aquí el otro día y la vi —dije—. Había una disputa. Un hombre y una mujer se gritaban el uno al otro mientras ponía usted discos en el *jukebox*.

Val bebió un poco más de vino. Su cigarrillo se había consumido hasta convertirse en una cosa infumable en el cenicero. Sacó otro del bolso y yo preparé la cerilla de cocina. Marlowe el cortesano. Hubiese sido un gran galanteador.

—Sí —dijo—. Lola y Larry. ¡qué asunto! Ya sabe, lo digo por lo que pienso de los hombres.

—¿Por qué se peleaban? —pregunté. Ella tomó un poco de vino. Se lo bebía como si los cuatro jinetes del Apocalipsis hubieran sido vistos en Encino.

Val se encogió de hombros de manera elaborada. Todo lo que hacía era exagerado, como si fuese un personaje femenino de una película.

—¿Cómo te llamas cariño?

—Marlowe —dije.

—¿Has estado alguna vez enamorado, Marlowe?

—Me estoy enamorando mientras hablamos —dije.

—Bueno, pues ya verás cuando la cosa se amargue —dijo. Yo moví la cabeza en dirección a Willie, y él volvió a llenar su copa de vino.

—Cuando se amarga, es como las rosas podridas. Apesta.

—¿Lola y Larry? —dije.

—Hace tiempo, bastante tiempo. —Ella sacudió la cabeza con un movimiento lento y deliberado—. Pero él la dejó.



—¿Por qué se peleaban el otro día exactamente? —volví a preguntar.

—Ella sabía algo —dijo Val—. Creo que quería desquitarse.

Bebió.

—Una mujer desdeñada —dijo pesadamente—. Estamos hechas para el amor. Nos podemos volver bastante venenosas cuando se acaba.

Volvió a beber. Un poco de vino rebosó por la comisura de su boca. Se limpió de nuevo con la servilleta.

—Ella sabe algo de él —dije.

—Claro —dijo Val—. Y va a hacerle pagar.

—¿Qué es lo que ella sabe? —dije.

—Diablos, Marlowe, yo que sé. Siempre hay algo. Seguramente tú también tienes algo si se busca bien.

Volvió a lanzar su risa jadeante y me señaló con la copa de vino.

—*Prosit* —dijo, y rió un poco más. El borde de su copa estaba manchado de barra de labios.

—¿Conoces bien a Larry? —continué.

Ella asintió y rebuscó en el bolso, sacando cosas. Maquillaje, barra de labios, un pañuelo de papel usado, chicle, cuentas de rosario, una lima...

—Marlowe, ¿tienes monedas de veinticinco?

Le di cinco dólares a Willie.

—Monedas de veinticinco centavos —dije.

Él me cambió y puso las monedas en cinco ordenados montones de cuatro en la barra, ante mí.

—Eres un caballero —dijo Val.

Cogió un montón y se dirigió al *jukebox*. Volvió al minuto y se sentó en el taburete mientras los primeros lamentos de un tema *country* empezaban a sonar, acerca de una mujer que amaba a un hombre y él le había hecho daño. Música sentimental.

—¿Qué me estabas preguntando? —dijo Val.

—Si conoces bien a Larry —dije cautelosamente.

Los borrachos son criaturas frágiles. Necesitan que se les lleve como vasos muy llenos: los inclinas hacia algún lado y se derraman. Conozco a los borrachos. Me paso media vida hablando con borrachos en bares como aquél. ¿A quién vio? ¿Qué oyó? Tómese otra. Claro, a mi cuenta, la de Marlowe, el gran derrochador, el colega de los borrachos, bebe, borracho. Estás solo y yo soy tu colega.

—Claro, conozco a Larry. Todo el mundo conoce a Larry. El hombre de la cámara. El hombre de las fotos.

Se acabó el vino. Willie le echó un poco más. No era un chico que desaprovechase las oportunidades, el tal Willie. Ella necesitaba otro cigarrillo. Saqué uno de su paquete que estaba en la barra, lo encendí y se lo tendí. Tal vez no hubiese sido un buen galanteador. Tal vez hubiese sido un buen gigoló. Tal vez no quería

pensar en ello. Tal vez me resultaba demasiado familiar.

—Yo solía posar para Larry, ¿sabes?

—No me extraña —dije.

Val asintió y me miró.

—No hace tanto tiempo; yo tenía una buena pinta sin ropa.

—Tampoco eso me extraña —dije.

Pues sí.

—¿Suele Larry hacer fotos de mujeres sin ropa?

—Claro —dijo Val—. Larry veía más desnudos que mi ginecólogo.

Estaba encantada de haber dicho aquello, y se rió y jadeó hasta que se puso a toser y tuve que golpearle la espalda para que parase.

—Sabio doctor Larry —masculló—. Vendía el material por el bulevar cuando era difícil de conseguir. Ahora lo salda, supongo. No sé. ¿A quién le interesan ahora las fotos sucias? ¿Lo sabes tú?

—Se consiguen en cualquier puesto de periódicos —dije—. ¿Hizo fotos legales? ¿Cosas de moda?

Val reprimió el eructo y se llevó los dedos a los labios automáticamente.

—Perdón —dijo animada.

El *jukebox* bramaba otra triste balada *country*. La pareja de viejos de la mesa se levantaron y salieron dando traspiés, con los brazos rodeándose las cinturas, la mano derecha de ella en el bolsillo trasero de él, la cabeza en su hombro. Val seguía sonriéndome.

—¿Hizo cosas de modas?

—¿Quién?

—Larry.

—Ah, sí, cosas de modas.

Hizo una larga pausa. Yo esperé. El tiempo no es lo mismo para los borrachos.

—Nooo —dijo Val—. Nunca lo hizo. Decía que lo hacía, pero yo no vi nunca nada, ni supe de nadie a quien él hubiese fotografiado.

Le costó decir «fotografiado».

—¿Dónde vive Lola? —pregunté.

—¿Lola?

—Sí.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Dónde vive?

—En Kenmore —dijo Val—. Kenmore doscientos veintidós, justo debajo de Franklin.

—¿Ha tenido problemas últimamente?

—No, Lola estaba muy bien. Recibía todos los meses el cheque de la pensión alimenticia. Yo tengo que ir al juzgado para conseguir el mío. Estoy más tiempo en el juzgado que el juez, puñetas.

—¿No tenía ningún enemigo, o algo así?

Val hizo una mueca. Su lápiz de labios estaba empañado por los frecuentes viajes que hacía al borde de su copa.

—Larry —dijo Val.

—¿Por la pelea que tuvieron?

—Ajá.

Val bebió algo más de vino. Se le cayó un poco por la barbilla. No le prestó atención. Estaba tarareando suavemente al compás de la melancólica música.

—¿Quieres bailar? —dijo—. Yo bailaba como un cisne.

—Son buenos bailarines —dije.

—No tienes que hacerlo —dijo— si no quieres.

Se balanceaba un poco con la música.

—Mientras sea lento... —añadí.

Me levante y extendí los brazos. Ella se levantó del taburete y osciló un poco, se centró y se acercó a mí. Llevaba perfume suficiente como para detener a un rinoceronte a la carga, y no era del que viene en un frasquito de cristal. Puso su mano izquierda en la mía y la derecha ligeramente detrás de mi hombro izquierdo, y empezamos a movernos por la vacía sala al compás del solitario sonido *country*.

—Se supone que aquí no se baila —dijo Willie desde detrás de la barra.

Pero lo dijo sin convicción y ninguno de los dos le hicimos caso. El bar estaba oscuro y la mayoría de las luces se reflejaban en el espejo de la barra y la brillante hilera de botellas que había delante. Bailamos entre las mesas y a lo largo de los reservados, hacia la parte delantera en la que se filtraba un poco de sol a través de los cristales sucios. Además del viejo olor a comida estaba el olor fresco y engañoso del alcohol, que hacía que el aire pareciera más frío. Val apoyó la cabeza en mi hombro mientras bailábamos en un lento círculo alrededor de la sala, y cantaba la canción que estábamos bailando. Se sabía la letra. Seguramente se sabía las letras de todas las canciones tristes, igual que debía saber cuántos vasos de cuatro onzas salían de una jarra de medio galón. La música se detuvo. Las monedas que ella había puesto ya se habían gastado, pero seguimos bailando, con su cabeza sobre mi hombro. Ella cantó un poco más, luego se quedó callada y sólo se oía el sonido de nuestros pies por el salón vacío. Val empezó a llorar suavemente, sin quitar la cabeza de mi hombro. Yo no dije nada. Fuera, en Sunset, alguien cambió la velocidad en un coche con tubo de escape, y el ruido del cambio atravesó nuestro silencio. Bailé con Val suavemente junto a una mesa y cuatro sillas, y mientras lo hacía, ella se desmayó sobre mí.

Yo abrí los pies, doblé las rodillas, deslicé ambos brazos bajo los de ella y me dirigí a un reservado. Estaba tan desmayada como un espagueti demasiado cocido, con las piernas extendidas y arrastrando.

Curvé la espalda, la puse en el banco y la coloqué lo más dignamente que pude. Tras la barra, Willie observaba sin hacer comentarios.

—No hace falta que ayude —dije—. No puede pesar más que un Buick de dos

puertas. Me las arreglaré.

—Los borrachos pesan —dijo Willie.

Yo saqué otros veinte; empezaban a escasear en mi cartera. Fui hacia la barra y se los di a Willie.

—Cuando vuelva en sí —dije—, métala en un taxi.

—Cuando se recupere —dijo Willie— va a querer beberse otro galón de vino blanco, hasta que se vuelva a desmayar.

—Ok —dije—. Pues déjela que lo haga hasta que se recupere.

—Se está gastando una pasta con un odre de vino viejo —dijo Willie.

—Tengo una esposa rica —dije.

Pagué la cuenta del bar con mis últimos veinte dólares y salí al sol caliente, fuerte, inmisericorde.

El número 222 estaba a la izquierda según se va hacia arriba por Kenmore hacia Franklin. Se encontraba tras una pequeña parcela, con la puerta delantera apenas visible bajo el alero del tejado del porche. Era uno de esos bungalows frescos y confortables con grandes porches delanteros que se construían cuando L. A. era un lugar cómodo y amplio, con mucho sol y sin contaminación. La gente solía sentarse en aquellos porches y miraban cómo los vecinos suministraban agua al césped con largas pasadas de azadón. Dormían con la puerta delantera abierta y el mosquitero sujeto con un simple gancho. Oían la radio y algunas veces, los domingos, cogían el tren interurbano y se iban de *picnic* a la playa. Aparqué en la esquina de Franklin y caminé hacia allí.

El césped delantero se había ido al carajo. La hierba era tan alta que se había convertido en maleza. La casa necesitaba pintura y el mosquitero de la puerta se había saltado por varios sitios y se había rizado como las puntas del cuello de una camisa vieja. La puerta delantera estaba cerrada, pero el marco se había encogido tanto que no costaba mucho entrar. Presioné en él con el hombro, puse la mano abierta contra la puerta, empujé en ambas direcciones una sola vez y entré.

El lugar olía como los sitios que han estado cerrados y vacíos durante una temporada. A la derecha, más allá de una arcada, encontré el cuarto de estar. Había un sofá, con los muelles medio salidos, con una colcha de crochet tirada encima, vuelta hacia atrás como si alguien hubiese estado debajo y acabase de levantarse. Al otro lado había un viejo televisor grande con patas. Vi, encima, un frasco cuadrado de boticario lleno de caramelos de colores, envueltos individualmente en celofán. La delgada alfombra azul de los navajo que había en el salón estaba gastada hasta la trama, y la mesita de café en bambú curvado se hallaba junto a la cabecera del sofá. Había algunas revistas del corazón y un cenicero lleno de colillas de cigarrillos con filtro. La última luz de la tarde, al entrar tamizada por las polvorientas cortinas de tul, dejaba ver las motas de polvo en el aire.

La poli debía haber visto todo aquello. Debían haberlo mirado todo al igual que yo ahora, y cualquier cosa de interés estaría guardada en una caja con una etiqueta encima. Pero ellos no sabían todo lo que sabía yo, y yo deseaba poder ver algo que para ellos no significase nada. No estaba en el cuarto de estar. Me fui a la cocina. Había oscurecido. Encendí una luz. Si la poli estuviera vigilando la casa, ya me hubieran visto entrar y habrían venido. Los vecinos pensarían que yo sólo era un poli más.

Había media barra de pan y una pastilla de mantequilla sin desenvolver en un platillo en el refrigerador, y en el congelador, una botella de vodka. Había tres o cuatro limas descoloridas en un plato de pyrex en una repisa de la cocina, y algo de café instantáneo en un bote en el armario. En el borde del fregadero había una pastilla gastada de jabón de tocador. Eso era todo. Ni harina, ni sal, ni carne, ni patatas. Sólo

pan y mantequilla y vodka y café instantáneo. Las limas debían ser para el escorbuto. Miré tras el refrigerador, bajo el fregadero y en los armarios vacíos. Saque el filtro del fregadero y miré por el desagüe lo mejor que puede. Comprobé el horno, examiné el linóleo por los extremos para ver si se había deslizado algo por debajo. Desenrollé las persianas, tiré de una silla, me subí a ella y miré dentro del globo de cristal de la luz de la cocina.

Mientras lo hacía, oí una voz detrás de mí que dijo:

—Sigue en esa postura, marinero.

Yo tenía una pistola en la sobaquera, pero era como tenerla en el maletero del coche, para lo que me servía estando allí sobre una silla con las manos por encima de la cabeza. Me quedé quieto.

—Ahora, apoya las manos en la cabeza y bájate de ahí —dijo la voz. Era una voz suave, sin acento, pero con un leve deje extranjero.

Conseguí mantener las manos en la cabeza y bajarme de la silla sin dislocarme una rodilla.

—Date la vuelta —dijo la voz. No había nada amable en su suavidad. Era la suavidad del silbido de una serpiente. Me di la vuelta.

Había dos tipos. Uno era un chico de playa californiano. Muy moreno, mucho músculo, con el suficiente cerebro como para saber dónde estaba el mango de una porra. Llevaba pantalones blancos y camisa de flores, y blandía un Colt 45 automático, como los que solían dar en el ejército. Lo llevaba al estilo desenfadado del sur de California, medio vuelto en su palma, sin apuntar a nada en especial, más bien hacia mí. El otro era más bajo y delgado. Vestía un traje negro, una estrecha corbata negra, y sus movimientos eran gráciles. Solamente estando allí de pie ya parecía un bailarín. Tenía un espeso bigote negro y pelo negro un poco largo cepillado hacia atrás. Sus oscuros ojos no reflejaban el menor sentimiento. La voz le pertenecía.

—Bueno, marinero, ¿por qué no me cuentas quién eres y cómo es que estás aquí en una silla en la cocina? Y ese tipo de cosas.

—¿Quién lo pregunta? —dije.

Sonrió sin emoción alguna y señaló la automática del playero.

—Oh —dije—, él. Ya lo conozco de antes. No me impresiona.

—Qué duro —dijo.

Miró al playero.

—Todo el mundo es duro —continuó.

Le habría impresionado más si hubiese movido las orejas.

—¿Quieres que le dispare en alguna parte, Eddie? Así sabrá que vamos en serio.

Eddie sacudió la cabeza.

—Me llamo García —dijo—. Eddie García —señaló al playero. Éste es J. D. Pretty<sup>[6]</sup>, ¿verdad que lo es?

—Muy guapo —dije—. Si aprieta el gatillo de la cosa esa, ¿es capaz de dar a lo

que está apuntando?

—¿Desde tan cerca? —Eddie sonrió.

El efecto fue el de una luz pasando por una superficie de piedra plana durante un instante. La superficie no cambiaba nunca.

—Representamos a una persona muy importante que tiene intereses en esta casa y su ocupante, y nos gustaría informarle de lo que estás haciendo aquí y por qué. Preferimos hacer eso a tener que enviarle tu cuerpo en el maletero de tu coche.

Yo asentí.

—¿Quién es vuestro jefe? —dije.

García sacudió la cabeza. J. D. no importaba. Los vacíos ojos de obsidiana de García me devolvieron una inexpresiva mirada. Yo supe que él sería capaz de hacerlo.

—Me llamo Marlowe —dije—. Soy detective privado y trabajo en un caso. ¿Qué tal si me lleváis ante vuestro VIP y le cuento a él el resto? A lo mejor nuestros intereses coinciden.

—¿Sabes de quién es esta casa? —dijo García.

—De una mujer llamada Lola —dije—. Está muerta.

García asintió. Me miró. No tenía ninguna expresión. Supuse que estaba pensando.

—Ok —dijo—. Tienes un chisme debajo del brazo izquierdo. Tendré que cogerlo. Y quiero ver alguna identificación.

—La cartera está en el bolsillo izquierdo del pantalón —dije.

García se acercó, sacó la pistola de la cartuchera, sacó la cartera del bolsillo y se alejó, todo esto con un solo movimiento ininterrumpido. Dejó caer la pistola en su bolsillo y abrió la cartera. Miró la fotocopia de mi licencia durante un momento y me la devolvió. Yo me quité las manos de la cabeza, cogí la cartera y me la guardé en el bolsillo del pantalón.

—Ok, marinero —dijo—. Te vienes con nosotros.

Salimos en fila: García, yo y J. D. García se puso al volante de un Lincoln Town y J. D. y yo nos metimos atrás. Fuimos hacia el oeste por Franklin con las ventanillas subidas y el aire acondicionado puesto. Nadie habló. En Laurel Canyon descendimos por Sunset y continuamos hasta que las casas se hicieron mayores y los céspedes más vacíos, por West Hollywood y Beverly Hills hasta Bel Air. Pasamos de largo la verja de Bel Air hasta que García detuvo el Chrysler frente a un par de barrotes de hierro con las puntas doradas. Bajó la ventanilla cuando un tipo de chaqueta azul y pantalones grises salió de la garita de vigilancia que había junto a la verja. El tipo echó un vistazo al interior, vio a García y volvió a la garita. Le vi cogiendo un teléfono y en seguida las puertas se abrieron lentamente, y García entró. Aún no se veía ninguna casa. Sólo un zigzagueante camino pavimentado con algún tipo de material blanco que podían ser conchas de ostra machacadas. Las luces alumbraron un bosque de arbustos floridos y árboles bajos que no pude identificar en la

oscuridad. Bajamos por un pequeño promontorio, subimos por otro un poco más alto y giramos por una curva. La casa que apareció ante nosotros no era lo suficientemente grande como para dar cabida a todo California. Seguramente, sólo cabía con comodidad la población entera de Los Ángeles. Estaba iluminada desde fuera con focos: mampostería blanca con tejados a dos aguas, torres y estrechas ventanas Tudor con vidrieras a rombos. Había una gran puerta cochera en el frente, y cuando entramos por ella y nos detuvimos, aparecieron un par de tipos más con chaquetas azules para abrirnos las puertas.

—¿Trabajáis para Walt Disney? —dije.

—Es un poco chillón —dijo García. Salió del coche. Yo lo imité. J. D. salió detrás de mí.

—Espera aquí, J. D. —dijo García.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar, Eddie? —dijo J. D.—. Se supone que tengo un asunto esta noche.

García se detuvo, volvió la cabeza lentamente y miró a J. D. No dijo nada. J. D. se apoyaba en un pie y luego en el otro. Luego trató de sonreír.

—No hay prisa, Eddie —dijo—. Cualquier cosa que tenga que hacer esta noche puede esperar.

García asintió y caminó hacia la puerta de entrada. No parecía hacer ningún esfuerzo al andar; parecía deslizarse. Yo entré tras él. Uno de los chaquetas azules abrió la hoja de la derecha de la puerta de roble. Tenía diez pies de alto, y estaba tachonada con clavos de hierro forjado.

Dentro había un suelo de piedra que recorría toda la casa, con puertaventanas a lo lejos que conducían a algún lugar lleno de hojas. Había una gran escalera curva que se alzaba a la izquierda del pasillo central, y se abrían puertas a derecha e izquierda. El techo estaba a treinta o cuarenta pies, y de él colgaba un enorme candelabro de hierro en el que centelleaban las velas. Velas auténticas sobre una rueda de hierro gigantesca. Debía de haber unas cien. Era lo único que iluminaba el hall. Sobre el suelo de piedra, una alfombra oriental recorría toda su longitud, y sobre las paredes había tapices con caballeros medievales cabalgando rechonchos caballos de delicadas patas.

La puerta principal se cerró detrás de nosotros. Apareció un mayordomo. Abrió una de las puertas de la pared derecha y la mantuvo abierta.

—Sígueme, por favor —dijo.

Atravesamos una biblioteca con estantes llenos de libros hasta el techo de quince pies de alto, y velas gigantescas ardiendo en candelabros de ocho pies. En la chimenea podría haber metido a un caballo. A la derecha de la chimenea había otra puerta, y seguimos al mayordomo por ella, hasta otro lugar que si hubiese sido tres veces más pequeño, bien podía haber sido considerado oficina de alguien. La pared opuesta era de cristal y daba a una piscina, y más allá, a los jardines iluminados. La piscina se había construido de forma que pareciese una especie de estanque selvático,



con lianas y plantas que colgaban prácticamente dentro, y una cascada entre rocas en la parte más lejana, que caía al agua azul lapislázuli. Había un bar a lo largo de otra de las paredes, un televisor, un globo terráqueo iluminado casi tan grande como el original, muebles de cuero verde tipo amplio sofá y sillones club repartidos por el suelo de mármol verde, con alfombras orientales aquí y allá, para descansar por si se te cansaban los pies. En la pared de la derecha, detrás de un gran escritorio lo suficientemente grande como para que en él aterrizasen helicópteros, vestido con una chaqueta de terciopelo rojo de esmoquin con solapas negras de seda, había un hombre con cara de cuchillo, de pelo blanco como el hielo, muy corto, y un bronceado de aspecto falso que todo el mundo cree tener que lucir en el sur de California para demostrar que vive en un lugar sin polución. Había visto su retrato sobre un muro en cierta ocasión.

Cara de Cuchillo estaba fumando una pipa de barro con una boquilla de un pie de largo el tipo de pipa que se puede ver en los viejos cuadros holandeses. Me miró del modo en que un lobo mira unas chuletas de cordero, se puso la boquilla en la boca y aspiró.

—Si encuentra gente jugando a los bolos en las montañas —dije—, no beba nada que le ofrezcan<sup>[7]</sup>.

Cara de Cuchillo no cambió de expresión. A lo mejor no podía.

García dijo:

—El tipo se llama Marlowe, señor Blackstone. Se cree que es muy duro y muy gracioso.

La voz de Blackstone resonó como alguien que echase arena por un embudo.

—No creo que sea ninguna de las dos cosas —dijo.

No me lo decía a mí, así que hice como si nada.

—Lo encontramos en la casa ésa de Kenmore —dijo García—. Estaba revolviendo por allí.

Blackstone asintió. Tenía aún la larga boquilla en la boca y la cazoleta agarrada con la mano derecha.

—¿Por qué? —dijo.

—Dice que es investigador privado. Tiene una licencia de California, y pistola.

—¿Qué más?

—No quiere decir más. Dice que quiere hablar con usted. Pensé que a lo mejor usted quería hablar con él.

Blackstone asintió una vez. Era un movimiento de aprobación. A García no parecía importarle que Blackstone lo aprobara o no. A Blackstone no parecía importarle que a García no le importara. No era gente emotiva. Blackstone dirigió su mirada hacia mí. Sus ojos eran de un azul muy claro, casi gris.

—¿Qué más? —dijo con su susurro arenoso.

—Me dijeron que vivía allí una mujer llamada Lola —dije—. Aparecía en un caso en el que yo estaba trabajando.

—¿Y?

—Y pensé que debía echarle un vistazo a la casa, para ver qué me encontraba.

Blackstone esperó. Yo esperé. Eddie García esperó. Daba la sensación de que Eddie podría esperar para siempre.

—¿Y?

—¿Y a usted qué le importa?

Blackstone me miró a mí, luego a García y otra vez a mí.

—Tal vez tendría que decirle a Eddie que le enseñase modales —dijo.

—Tal vez tendría usted que dejar de amenazarme y compartir su información conmigo. Tal vez no seamos adversarios.

—Adversarios... —Blackstone hizo un ruido que seguramente tomó por una carcajada—. Un fisgón intelectual.

—Mi mujer me lee en voz alta a veces —dije.

Blackstone volvió a hacer el ruido.

—Con una esposa que sabe leer... —dijo—. ¿Sabe que la tal Lola Faithful está muerta?

—Sí, de un tiro en la cabeza con un revolver de pequeño calibre, de cerca, en la oficina de un fotógrafo en la avenida Western.

—¿Y eso qué tiene que ver con usted? —dijo Blackstone.

—Yo encontré el cuerpo.

Blackstone se inclinó un poco hacia atrás en su silla. Sacó su labio inferior medio milímetro.

—Usted —dijo.

—Sí, y eso me hizo preguntarme hasta cierto punto quién se la habría cargado.

—¿Tiene alguna teoría?

—Nada tan sólido como una teoría —dije.

Blackstone me miró un momento, luego miró a García y otra vez a mí.

—A mí también me gustaría saber quién la mató —dijo.

—Me temía que le interesaba —dije—. Más o menos cuando sus chicos se me echaron encima en casa de Lola. Y me imagino que no sabe mucho del asunto, o no tendría a dos tipos vigilando la casa. Y me imagino que es condenadamente importante para usted, o no habría mandado a su lugarteniente.

—¿Qué más se imagina? —susurró Blackstone.

—Lo que importa es lo que yo me imagino. No me imagino si está usted interesado en quién mató a Lola a causa de quién la mató.

Blackstone volvió a mirarme con su mirada inexpresiva. Miró de nuevo a García, que debía estar lo más cerca de lo que era capaz de la duda.

—No conozco a Lola Faithful —dijo.

—Así que se interesa usted por el que la mató —dije.

—Los polis creen que el fotógrafo —dijo.

—Los polis creen lo más obvio —dije—. En general, suelen tener razón.

—¿Cree usted que fue él? —dijo Blackstone.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no da el tipo.

—¿Eso es todo? —dijo Blackstone.

—Sí.

—¿Ha sido usted policía?

—Sí —dije—. Pero ahora no lo soy. La poli no puede pensar que alguien no da el tipo. Han visto demasiados asesinos con hacha que tenían pinta de niños de coro. No tienen tiempo para pensar si alguien da el tipo. Tienen que meterlo todo en la batidora y colar lo que sale.

—Parece usted un romántico, señor Marlowe.

—Usted no, señor Blackstone.

—No suelo serlo muy a menudo —dijo Blackstone.

—¿Sabe usted? Conozco a su hija —dije.

Blackstone no dijo nada. Era su manera de mostrarse sorprendido.

—No sabía eso —dijo.

—Está casada con el fotógrafo —dije.

No se oía nada en la habitación, a excepción del casi inaudible suspiro que Blackstone lanzó por su nariz. Sólo fue un suspiro. Luego, el silencio. Decírselo era correr un riesgo. Podía no conocer la conexión entre Les y Larry. Podía también ser el ratoncito Pérez. Más tarde o más temprano descubriría que yo conocía a Muriel, y que conocía tanto a Les como a Larry, y si era peligroso decírselo ahora, más peligroso podía ser más tarde, cuando descubriese que yo se lo ocultaba. Podía sentir a García detrás de mí, con mi pistola en su bolsillo. Blackstone dejó la ridícula pipa, se cruzó las manos debajo de la barbilla y me miró en silencio.

—Señor Marlowe —dijo—. Tal vez usted y yo debamos tomarnos una copa juntos.

Me encontraba sentado en una de las sillas de cuero verde.

—El tal Les debía dinero a un tipo —dije.

Yo tenía en la mano un gran vaso de *scotch* con soda, *scotch* vertido de un botellón torneado y soda de sifón. Blackstone tenía otro igual. García no tenía nada; estaba tumbado contra la pared que había junto al bar, como si el tiempo se hubiese detenido y sólo se fuese a reanudar cuando él lo dijera. No escuchaba ni dejaba escuchar. Simplemente existía, allí, junto al bar, totalmente relajado.

—Y el tipo me contrató para que yo localizase a Les.

—¿Quién es el tipo? —dijo Blackstone.

Sacudí la cabeza.

—El cliente tiene derecho a permanecer anónimo —dije.

—¿Dónde demonios se cree que está usted, Marlowe? —dijo Blackstone—. ¿En algún juzgado?

—Un tipo que hace un trabajo como el mío no tiene mucho que ofrecer: un poco de músculos, un poco de agallas, algo de discreción. —Crucé una pierna sobre la otra y me puse la copa encima de la rodilla—. Si quiero seguir en el negocio, no puedo andar por ahí desperdiciando mis bríos con cualquier chiflado que encuentre.

—No es que yo sea un chiflado, Marlowe.

—Claro —dije—, es usted ciudadano y medio. Un pilar de la comunidad, o lo que sea uno por aquí. Apuesto a que está usted en la lista de miembros de un montón de sitios importantes.

Blackstone asintió.

—Por eso —dije— tiene usted a Eddie García detrás, vaya a donde vaya.

—Uno se hace enemigos, Marlowe.

—Y Eddie se ocupa de ellos —dije.

—Cuando es necesario —dijo.

—Claro —dije.

García seguía inmóvil al otro lado de la habitación. Podríamos haber estado discutiendo el precio de un concejal, y para él no hubiese habido ninguna diferencia.

—De todos modos —di un sorbito al *scotch*; parecía filtrarse por mi boca y extenderse suavemente. Seguro que podría gastarme toda la paga semanal en una botella de aquello—, el caso parecía bastante simple.

—Sólo que no lo era —dijo Blackstone.

—No —dije—. Empecé con su esposa, la hija de usted. Ella me dijo que estaba contratado para hacer las fotos fijas de una producción cinematográfica. Mientras estaba allí, vi la foto de una modelo que reconocí, firmada con el nombre de Les.

—Y usted se fue a la compañía cinematográfica —dijo Blackstone—. Nunca habían oído hablar de él. Fue a ver a la modelo. Nunca habían oído hablar de él.

—Eddie no ha parado —dije.

Blackstone probó su *scotch*.

—Así que volví y busqué en su casa.

Blackstone dijo:

—La casa de mi hija.

—La de usted, probablemente —dije—. Seguro que el tal Les no la compró.

—Yo se la di a ella —dijo Blackstone.

Yo asentí.

—En su cajón encontré una multa. Investigué, localicé la dirección y encontré a un fotógrafo llamado Larry Victor en el edificio de aquella dirección. Lo cacé, él dijo que conocía a Les, pero que Les estaba fuera de la ciudad. Le seguí hasta un bar, le vi discutir con Lola Faithful. Perdí a Larry y volví a seguir buscando en su oficina.

Blackstone me interrumpió:

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —dije—. No tenía otra cosa. Él había dicho que conocía a Valentine.

Blackstone asintió.

—Entré y allí estaba Lola, con los sesos por el suelo.

—¿Y el tipo ése, Larry? —dijo Blackstone.

—Es Valentine —dije—. Con peluca y gafas.

—¿Dónde está?

—No sé —dije.

—Bueno —dijo Blackstone—, ha conseguido mucho, pero no lo suficiente. ¿Sabe por qué Valentine se hacía pasar por Victor?

—O viceversa —dije—. No, no sé.

Blackstone asintió.

—Me gustaría saber dos cosas —dije.

Bebí un poco más de *scotch* e hice una pausa para admirarlo.

—Uno, ¿por qué estaba usted buscando a Valentine?, y dos, ¿por qué dio órdenes de que García vigilase la casa de Lola?

—Parece haber sido usted sincero conmigo, Marlowe, hasta cierto punto. Busco a Valentine porque está fuera y mi hija estaba preocupada. Y en lo que se refiere a Lola Faithful, una mujer con ese nombre trató de chantajear a mi hija.

—¿Con qué motivo?

Blackstone sacudió la cabeza.

—Mi hija no lo dijo, y yo no lo pregunté. Le dije a mi hija que mandaría a Eddie a hablar con ella. Eddie había salido a un asunto, y cuando volvió fue a ver a Lola y se la encontró asesinada.

Blackstone probó su *scotch*. No pareció dejarle admirado. Debía estar acostumbrado.

—Puede usted entender mi interés —dijo.

Yo asentí.

—¿Y su hija?

—Le dije simplemente que la mujer había muerto. No le pregunté nada.

Nos quedamos un rato callados, olfateando el *scotch* como se lo merecía, especulando cada uno acerca de las intenciones del otro.

Finalmente dije:

—¿Qué siente por Les Valentine, señor Blackstone?

Blackstone sujetó el vaso de *scotch* entre las palmas de sus manos, miró el interior y le dio vueltas lentamente, como si quisiera admirarlo bajo todos los ángulos. Aspiró lentamente por la nariz y soltó el aire aún más lentamente.

—Es un mentiroso, un mujeriego, un ladronzuelo, un oportunista, un necio, un jugador fracasado y probablemente compulsivo, con menos temple que un diente de león. Y mi hija le ama. Mientras lo haga, para mí es como si fuese un noble. Le aguantaré. Intercederé ante los que le demuestren mala voluntad. Mientras esté casado con mi hija, es de la familia.

—Aunque sea un mal tipo —dije.

—No soy un gran padre, Marlowe. Sólo tengo a mi hija. Su madre nos dejó hace mucho tiempo. Yo le consiento todo a mi hija, sin duda por razones egoístas. Si desea estar casada con un mal tipo, entonces éste se convertirá, por así decirlo, en mi mal tipo.

—El mal tipo está en casa —dije—. Lo llevé yo mismo.

—Así que no me lo estaba diciendo todo —dijo Blackstone.

—Nunca dije que lo estaba haciendo.

—Es usted un hombre interesante, Marlowe. No me lo dirá usted todo hasta que decida lo que voy a hacer con la información.

Yo no dije nada.

—Eso me admira, Marlowe. Pero no cometa el error de confundir mi admiración con mi paciencia. Puedo eliminarle con un movimiento de cabeza. Y si eso sirve a mis propósitos, lo haré.

—Cualquiera puede eliminar a cualquiera, señor Blackstone. Cuando se llega a entender eso, todo se pone en su sitio.

—¿Dónde lo encontró?

—Él estaba en su oficina —le mentí—. Le dije que la poli le buscaría en seguida y se vino conmigo.

—¿Dónde había estado?

Me encogí de hombros.

—No lo dije.

Blackstone se llevó el vaso a los labios, descubrió que estaba vacío e hizo un gesto, sin mirar, hacia García. Eddie se precipitó con el botellón y el sifón. Me miró a mí. Yo sacudí la cabeza. Eddie volvió al bar.

—Tenga cuidado, Marlowe. No soy un hombre fácil. Así que sea muy cuidadoso.

—Claro —dije—. A usted no le importará que yo mordisqueé un nabo de vez en

cuando.

—Llévale a casa, Eddie —dijo Blackstone—. Cuando lleguéis, devuélvele la pistola.

—A casa de Lola, mejor —dije—. No había acabado de investigar.

Blackstone casi sonrió.

—Llévale a donde quiera, Eddie.

Aquella vez, J. D. condujo y Eddie fue atrás conmigo. Cuando llegamos a Kenmore, Eddie se metió la mano en el bolsillo y sacó mi pistola. J. D. se detuvo ante la puerta de la casa de Lola. Estaba silenciosa. La calle se encontraba a oscuras. Había una pálida luna llena brillando frente a nosotros. García me tendió la pistola.

—Es usted un caso, Marlowe —dijo—. Voy a darle esto.

Guardé la pistola bajo el brazo y salí del coche.

J. D. metió la marcha. Les hice el saludo del pistolero mientras se iban.

Mi reloj de pulsera señalaba las 3.37 a la luz de la luna cuando salí de la casa de Lola Faithful. No había encontrado nada, pero por otro lado nadie había entrado y me había apuntado con un revólver. Era demasiado tarde para volver a casa. Hollywood estaba vacío, las casas mudas e inútiles, con los colores alterados a causa del resplandor de la luna. Sólo las luces de neón de Sunset estaban aún despiertas. Brillantes, acogedoras y falsas, llenas de promesas hollywoodienses. Los días vienen y van. El neón permanece.

Traté de comprender por qué estaba allí, solo, en la noche de Sunset, pensando en el neón. Tenía un cliente, pero desde luego no me había contratado para proteger a Valentine y averiguar quién había matado a Lola. Llevaba tiempo sin dormir. Llevaba tiempo sin comer, y el *whisky* de centeno a la hora de la comida y el *scotch* para cenar ya habían desaparecido, dejándome la sensación de pertenecer al Sunset Boulevard a las 3.30 de la mañana, sin ningún lugar a donde ir. Tenía una hermosa mujer en casa, en una cama confortable, durmiendo con un brazo sobre la frente y la boca ligeramente abierta. Si yo me metía en la cama con ella ahora, se me acercaría y me rodearía con su brazo.

¿Qué puñetas importaba que la cama fuese de ella? ¿Qué puñetas importaba que Les Valentine hubiese matado a Lola Faithful? ¿Por qué no dejar que lo solucionase la poli? En Western Avenue giré hacia Hollywood Boulevard. No tenía un propósito determinado. No iba a ninguna parte. ¿Qué puñetas importaba a dónde me dirigía?

Pasé ante el edificio de Larry. Diez yardas más allá disminuí la velocidad, giré en redondo y retrocedí. Algo se había movido en el portal del edificio de Larry. Probablemente sería sólo algún vagabundo protegiéndose de la luz de la luna. ¿Por qué no echar otra mirada? Qué importaba.

Me detuve ante el edificio, saqué una linterna de la guantera y la encendí, dirigiéndola al portal. Acurrucada, tratando de evitar la luz, estaba Angel, la otra esposa. Apagué la linterna y salí del coche, y cuando lo hice ella salió disparada por la Western hacia Hollywood. Es lo que yo necesitaba, una carrerita. Respiré hondo y salí detrás de ella. La cogí cuando volvió la esquina de Hollywood y se dirigió hacia el oeste. Podía no haberla alcanzado, pero se había roto uno de los altos tacones de sus zapatos.

—Soy yo —dije—, Marlowe, el tipo que se fue con Larry.

Ella respiraba con dificultad y lloraba un poco, temerosa. No se daba cuenta de quién era yo. Le sujeté los brazos mientras trataba de escapar.

—Marlowe —dije—. Tu amigo, tu protector, tu confidente. No te voy a hacer daño.

Ella dejó de luchar poco a poco y finalmente se quedó quieta, respirando fuerte, con los hombros temblando y las lágrimas cayéndole por la cara. Yo sujetaba aún sus muñecas, pero ella había dejado de intentar golpearme, y ya no trataba de escapar.



—Soy yo —volví a decir—. Marlowe, el caballero de la luz de la luna. El andrajoso salvador de damas en portales.

Yo estaba tan cansado que me sentía atontado.

—¿Dónde está Larry? —preguntó.

No contesté. En lugar de eso, miré los faros que aparecieron de pronto ante mis ojos, procedentes de un coche que acababa de torcer por la Western y se acercaba a nosotros.

—Quédese ahí —dijo una voz. Era una voz de poli, un poco aburrida, un poco áspera. Salieron de la luz de los faros, a ambos lados.

—Las manos en el coche, tú —dijo uno de ellos.

Puse las manos en el techo del coche. Uno me separó las piernas de una patada y me cacheó. Me sacó la pistola de debajo del brazo. Me hizo preguntarme para qué la llevaba, si la gente no hacía más que quitármela. Luego el poli retrocedió.

—Identifíquese —dijo.

Pesqué mi cartera, se la tendí y el poli examinó el contenido a la luz de los faros. Los dos llevaban ropas de calle; uno era gordo, con el nudo de la corbata descentrado. El otro, el que hablaba, era alto y desgarrado, con gafas. Llevaba vaqueros y camiseta, y el revólver en el cinturón de los vaqueros, delante.

—Me llamo Bob Kane —dijo, mientras me devolvía la cartera—. ¿Le importaría decirme por qué perseguía a esta señora?

—Quería llevarla de vuelta a casa —dije.

Kane sonrió alegremente.

—¿Lo oyes, Gordy? —le dijo a su obeso compañero—. El chico sólo quería llevarla a casa.

Gordy seguía empuñando el revólver, pero lo tenía a un lado, apuntando hacia el suelo.

—No jodas —dijo Gordy. Llevaba un sombrero de panamá de ala ancha, con una gran cinta de flores.

—Ella no parece querer ir a casa —dijo Kane—. Tenía pinta de correr como un demonio para escaparse de usted.

—No me había reconocido —dije.

—¿Conoce a este tipo? —dijo Kane. Sus gafas tenían gruesas lentes redondas y sus ojos parecían agradables y sin corazón detrás de ellas, un poco agrandados.

Angel asintió.

—Lo conozco —dijo.

—¿Cómo es que corría? —dijo Kane.

—Cómo él ha dicho, no le reconocí.

—¿De qué lo conoce? —dijo Kane.

—Es... amigo de mi marido.

—¿De verdad? —dijo Kane—. ¿Es así, Marlowe?

—Lo conozco —dije.

—¿Sí? —Kane retrocedió y se apoyó en la puerta del coche de policía sin identificación. Dobló sus largos brazos y nos miró durante un momento.

—Marlowe —dijo—, ¿no es usted el tipo que encontró el cuerpo en la oficina de su marido?

—Sí —dije. Aquello no estaba yendo bien, y tenía la sensación de que iba a ir peor.

—Y ahora está usted merodeando por la oficina y resulta que se tropieza con la esposa, la persigue y ella escapa porque no le reconoce.

—Exacto —dije.

—Si yo fuera un poli listo —dijo Kane—, no andaría por aquí a las cuatro de la mañana de guardia. Por eso todo esto me resulta un poco espeso, pero parece como que haya un montón de curiosas coincidencias; no sé si me sigue.

—Es usted muy modesto —dije.

—Sí, seguramente, es mi punto débil —dijo Kane—. ¿No estará pensando en irse muy lejos, verdad, Marlowe?

Me encogí de hombros.

—¿Quiere que este tipo la lleve a su casa, señora Victor?

Angel asintió.

—Muy bien —dijo Kane—. Váyanse.

—Bob —dijo Gordy—. Deberías encerrarlos.

—¿Por qué? —dijo Kane.

—Demonios, para interrogarlos. Los retienes hasta mañana para que el teniente hable con ellos.

—La señora está preocupada por su esposo —dijo Kane—. Vamos a dejar que él se la lleve a casa.

—Maldita sea, Bob —dijo Gordy.

—Gordy —dijo Kane—, uno de nosotros es sargento y el otro no. ¿Te acuerdas de si eres tú o de si soy yo?

—Tú, Bob.

Kane asintió.

—Ok. ¿Por qué no lleva a la señora Victor a su casa, señor Marlowe? Iremos detrás para comprobarlo.

Me devolvió la pistola, yo me la volví a poner bajo el brazo para que estuviese allí la próxima vez que un tipo quisiera cogerla, y Angel y yo nos metimos en mi coche y nos fuimos. Vi por el retrovisor las luces del coche sin identificación clavadas en nosotros.

—¿Dónde está Larry? —dijo Angel. Parecía muy pequeña sentada en el asiento delantero junto a mí.

—A salvo —dije.

—Estoy impaciente por verle —dijo.

—No puede —dije—. Conduciría a la poli hasta él.

—¿Dónde está? —insistió.

—Es mejor que no se lo diga —dije.

—Soy su esposa, señor Marlowe —se volvió en el asiento hacia mí.

—Por eso la sigue la pasma —dije.

—¿Me sigue?

—¿Cree que pasaban casualmente por allí? —dije—. La están siguiendo.

Se volvió en el asiento y miró hacia atrás, hacia las luces que nos seguían.

—¿Siguiéndome?

Era como si la media hora anterior no hubiese existido.

—Sí, señora —dije.

—¿Él está bien? —preguntó.

Dejó de mirar a nuestros seguidores, se sentó encima de una pierna y apoyó el brazo contra el respaldo del asiento. Se dobló un poco hacia mí mientras hablaba.

—Él está bien, Angel. A salvo. La echa de menos.

Asintió.

—Yo también le echo de menos.

Éramos los únicos coches que había en la carretera, mientras nos dirigíamos a Venice. Los polis nos seguían a una distancia equivalente a dos o tres coches.

—¿Quién es usted? —dijo Angel.

—Marlowe —dije—. Soy un detective privado trabajando en un caso.

—¿Es amigo de Larry?

—Sólo le vi una vez antes de la noche en que escapamos de la policía.

—Entonces, ¿por qué le ayuda?

—Me apetece —afirmé.

—Eso no es una respuesta —dijo.

Las luces de la policía iluminaban el interior de mi coche. A aquella luz, sus ojos eran grandes, oscuros y llenos de dulzura.

—Tiene usted razón —dije—. Creo que él no mató a la mujer, pero me parece la clase de tipo que tiene algunos problemillas por encima. No es un duro, ni tiene amigos. El tipo de persona que la poli empapelaría. Acabarían con él en una sesión nocturna en Bay City y lo dejarían sentado en Chino con veinte años de su vida por delante sin saber qué es lo que estaba haciendo allí.

—Larry no mataría a nadie.

—No —dije—. Yo tampoco lo creo. ¿Está usted casada con él?

Angel asintió. Había orgullo en aquel asentimiento, alegría y algo más, algo protector, el modo de asentir de una madre cuando alguien le pregunta si el niño es suyo.

—Hace casi cuatro años —dijo.

—¿Ha oído hablar alguna vez de un tipo llamado Les Valentine?

—No.

—¿Y de una mujer llamada Muriel Blackstone?

—No.

Estábamos en Wilshire, y antes de llegar al Pacífico torcimos a la izquierda y seguimos la solitaria orilla costera. La luz de la luna subrayaba la soledad del océano y su inmensidad, allí ondeando desde Zanzíbar.

—Larry tiene problemas, ¿verdad?

—Le buscan por asesinato —dije.

—¡Pero él no lo hizo! Tiene algún otro tipo de problemas —dijo—. Por eso vino usted a buscarle.

A la luz de la luna, los edificios parecían majestuosos como castillos moros. La pintura desconchada y los estucos resquebrajados no se veían.

—Los tiene, ¿verdad, señor Marlowe?

—Hay un jugador llamado Lipshultz —dije—. Larry le debe dinero. Me contrató para encontrarle.

Ella asintió, confirmándolo.

—Ya había tenido esos problemas antes, ¿verdad? —dije.

—Es un artista, señor Marlowe. Es imaginativo. Mucha gente dice que es un genio con la cámara.

—¿Y? —quise compulsarla.

—Y es impulsivo. No se ciñe a las normas. Si siente algo, lo hace. Tiene un temperamento artístico.

—Y apuesta por corazonadas —dije.

—Sí.

—Y a veces las corazonadas no funcionan.

—No. Pero tiene que ser libre para seguir sus intuiciones, ¿no lo ve usted? Limitarle es ahogarle.

—¿Ha tenido otras veces otro tipo de problemas?

Estuvo un momento callada, mirando cómo el océano plateado venía hacia nosotros. En la playa había algunos vagabundos durmiendo, asidos a sus míseras pertenencias.

—Creo que ha tenido problemas con mujeres.

—¿Cómo qué? —quise saber.

—No sé, no me lo dijo. Y yo no le pregunto.

—¿Por qué no? —continué.

—Lo amo —dijo.

Como si eso contestase a todas las preguntas.

—Entonces, ¿qué le hace pensar que tiene problemas con mujeres?

—Había una mujer que le llamaba por teléfono, y cuando colgaba, se ponía furioso.

—Ajá.

—Y... —se miró el regazo un momento, donde tenía las manos. Yo esperé, escuchando el sonido de las ruedas sobre el asfalto.

—¿Y? —insistí.

—Y vi una foto.

Esperé.

—Era una foto de una mujer. Estaba desvestida y posando... —se miró las manos con más intensidad. Si hubiese habido más luz, creo que la hubiera visto enrojecer.

—¿Sugestivamente? —añadí.

—Sí —lo dijo tan bajito que apenas pude oírla.

—¿Y no le preguntó nada acerca de ella? —continué.

—No. Era de la época anterior a conocerme. En aquella época tenía derecho. No tenía nada que ver conmigo.

—¿Confía en él?

—En el sentido que usted lo dice, sí. También él me ama.

—Estoy segurísimo —afirmé.

Llegamos a la parte trasera de la casa en que vivían ella y Larry... cuando Larry no estaba viviendo con su otra esposa en Poodle Springs. Salió por su lado y yo por el mío y di la vuelta. Los polis se detuvieron un poco más atrás.

—La acompaño a la puerta —dije.

—No hace falta —dijo. Había un deje de ansiedad en su voz.

—Sólo para comprobar que llega a salvo —dije—. Yo también estoy enamorado. De mi esposa.

Angel sonrió de pronto, como el sol saliendo tras una noche lluviosa.

—Eso es estupendo —dijo—, ¿verdad?

—Sí —contesté.

Caminamos por el sendero hasta la puerta. Ella abrió y entró.

—Gracias —dijo.

Luego cerró la puerta. La oí correr el cerrojo y me volví hacia el Olds. Cuando me metí dentro y arranqué, los polis hicieron parpadear sus luces una vez. Luego las apagaron y se quedaron allí a vigilar.

A linda no le gustaba que yo estuviera fuera toda la noche. A mí tampoco me gustaba, pero no había mucho que hacer al respecto. Después de hablar acerca de ello durante casi toda la mañana, me comí unos huevos y me fui a dormir. Cuando me levanté eran poco más de las cuatro. Me duché, me afeité y oliendo como una flor del desierto y más duro que dos armadillos, me fui al Agony Club a darle el parte a mi cliente.

Bajo la brillante luz del sol, el aparcamiento estaba tan vacío como lo estaba la vez anterior. Volví a aparcar bajo el alero y entré por la puerta que estaba siempre ligeramente entreabierta. Tal vez fue la marca de Lippy: una puerta siempre abierta a algún primo. Aquella vez, los pistoleros no andaban por allí. Lippy se estaba descuidando. Atravesé la sala de juego y llamé a la puerta de Lippy. No hubo respuesta. No hubiesen dejado la puerta abierta si no había nadie. Volví a llamar. El mismo silencio. Giré el pomo. La puerta se abrió, yo entré y me lo encontré. Incluso antes de encontrarle sabía lo que me iba a encontrar. El aire acondicionado había hecho más lento el proceso, pero el olor a muerte ya estaba allí cuando abrí la puerta.

Lippy yacía en su silla giratoria tras el escritorio. Su cabeza colgaba hacia abajo, con la barbilla en el pecho. Las manos pendían de los brazos, rígidos ahora a causa de la muerte, y los dedos empezaban a hincharse. En la parte de atrás de la cabeza tenía sangre negra revuelta con el pelo. Y mezclado con el olor a muerte se percibía otro, a pelo quemado. Miré más cerca y vi que había pelo chamuscado mezclado con la sangre. Di la vuelta al escritorio y me acuclillé delante de Lippy. La herida de salida era oscura y poco limpia. La cara de Lippy empezaba a hincharse.

Me enderecé lentamente y miré por la habitación. No vi señales de robo. Había una botella de *scotch* bueno sobre la mesa, un cubo de hielo con agua en el fondo y un vaso. Los cajones del archivo estaban cerrados con llave. No se apreciaban señales de que hubiesen intentado destriparlos. Volví al casino y me di un paseo por allí, sintiendo el vacío del lugar mucho antes de comprobarlo por mí mismo. Los dos guardaespaldas no aparecían por ninguna parte. Debían estar en la oficina de empleo.

Suspiré en voz alta en el vacío casino. Tal vez no estaba haciendo el trabajo que debía. Tal vez debería emplearme como avanzadilla de alguna funeraria. Volví pesadamente a la oficina de Lippy. Debía haber estado sentado cómodamente, mirando por la ventana, admirando el desierto, y alguien se habría inclinado sobre el escritorio con un revólver de pequeño calibre y le habría disparado en la nuca. Y yo vine y lo encontré. Cogí el teléfono de Lippy y llamé a la poli. Muy pronto, al menos, dejaría de estar solo.

Un par de patrulleros de la autopista llegaron rugiendo en treinta segundos, por delante de otro par de enviados del sheriff de Riverside, y dos minutos después llegó una patrulla de Poodle Springs, que estaba fuera de aquella jurisdicción pero que llegó de todas maneras. Los uniformes revolvieron por allí, me dijeron que no tocase

nada, examinaron la escena del crimen buscando pistas e hicieron tiempo hasta que aparecieron un par de investigadores de Riverside vestidos de calle, con gente del laboratorio y un tipo con cara de luna de la oficina del juez.

Un inspector llamado Fox me tomó declaración. Tenía el pelo oscuro y la piel tirante y llevaba unas gafas de sol sobre la cabeza mientras hablaba.

—¿No vi su nombre en el teletipo la semana pasada? —dijo Fox—. ¿No descubrió a la víctima de un asesinato en Hollywood?

—Es mi premio —dije—. En temporada alta llego a encontrar dos o tres cadáveres al día.

—Tal vez haga usted algo más que descubrirlos —dijo Fox.

—Claro —dije—. Me los cargo sin razón alguna y luego llamo a la poli en seguida y espero para que vengan ustedes y sospechen de mí. Me encanta que me interrogue la policía.

Fox asintió, mirando las notas que había tomado de mi declaración.

—A la poli también le encanta. No tenemos nada mejor que hacer que hablar con un pies planos del desierto de segunda categoría.

—Era un pies planos de segunda categoría en L. A. —dije—. Me mudé aquí cuando me casé.

—Qué suerte hemos tenido —dijo Fox—. Dice usted que Lippy le contrató para encontrar a un tipo que le debía dinero.

Asentí.

—¿Quién era?

Permanecí callado.

Fox respiró profundamente.

—Marlowe —dijo—, si sabe usted algo además de mirar por las cerraduras, sabe que esto es un caso de asesinato, y un tipo que debía dinero a Lippy es un sospechoso, y guardarse el nombre de un sospechoso de asesinato es suficiente para quitarle la licencia y meterle el culo en la cárcel.

Asentí. Tenía razón. Me encontraba en una situación tan precaria con respecto a Larry Victor/Les Valentine, que me sentía como un coco.

—El tipo se llama Les Valentine —dije—. Vive en Springs.

Fox se volvió hacia uno de los patrulleros de Poodle Springs, un crío de mejillas como manzanas y el pelo corto rubio.

—Monson —dijo Fox—. ¿Conoces a alguien que viva en Springs llamado Les Valentine?

Monson asintió y dijo:

—Déjeme hablarle a solas, sargento.

Fox levantó las cejas y siguió a Monson a través de la habitación. Se detuvieron junto a la puerta de Lippy y hablaron un momento en voz baja. Mientras esperaba, saqué mi pipa, la cargué y la encendí. El juez había acabado de examinar a Lippy. Llegaron dos tipos de mono llevando una gran bolsa y una camilla con ruedas.

Metieron el cuerpo rígido de Lippy en la bolsa, lo colocaron en la camilla y salieron por la puerta de la oficina. Lippy se golpeó contra el marco de la puerta al salir.

Fox y Monson acabaron de hablar, y Fox volvió a mi lado. Apoyó una pierna sobre el escritorio de Lippy y me miró.

—Monson dice que Valentine está casado con la hija de Clayton Blackstone.

—¿Y tenía que decirlo en voz baja? —pregunté.

—Y dice que usted está casado con la hija de Harlan Potter.

—Eso es lo que tenía que decir en voz baja.

—Tenía que decir en voz baja las dos cosas —dijo Fox—. No quería que usted supiese que a nosotros, los recios guardianes de la ley, nos impresionan las cosas de ese tipo.

—¿Les impresionan? —dije.

—Tal vez no, pero a veces a algunas personas sí —dijo Fox.

—No se preocupe por Harlan Potter —dije.

—Claro —dijo Fox—. No me preocuparé por él, usted no se preocupará por él, el sheriff, que se presenta a la reelección este otoño, no se preocupará por él. Mientras usted está ahí sin preocuparse por él, siéntese un ratito en el casino mientras nosotros limpiamos esto. Puede que queramos charlar con usted un poco más.

Me senté en el casino durante una hora más o menos y fumé mi pipa mientras los técnicos andaba por allí y Fox pasaba mucho tiempo telefoneando desde el despacho de Lippy.

Aproximadamente a las siete y media de la tarde, Fox salió del despacho de Lippy.

—Nos gustaría hablar con usted un poco más, Marlowe —dijo—. Vamos hacia Springs. Está más cerca.

—He traído mi coche —dije.

—Monson irá con usted —dijo Fox.



Estábamos en una sala de interrogatorios en la comisaría de Poodle Springs. Yo era el invitado especial. Los demás eran una estenógrafa con el pelo color rosa pomelo, el sargento Whitestone de Springs, Fox, el teniente Wilton Crump, que era el investigador jefe del condado de Riverside y, como regalo sorpresa, Bernie Ohls. Crump tenía los hombros redondos y los brazos largos, el cuello corto y los ojos porcinos separados por una ancha nariz plana. Los dorsos de sus manos eran peludos. Llevaba puesto un traje negro y un sombrero Borsalino echado hacia atrás.

—Vamos a entendernos, Marlowe —dijo Crump. Mascaba tabaco y sujetaba un vaso de papel para escupirlo—. Sé que es usted el yerno de Harlan Potter, lo que no me impresiona lo más mínimo.

—¡Ah, bueno! —dije—. Me temía que quisiese usted bailar conmigo.

Crump llevaba el vaso con jugo de tabaco en la mano izquierda. Se metió la mano derecha bajo el faldón de su abrigo y sacó una porra forrada de cuero. Me la enseñó y sonrió, con una gran sonrisa manchada de tabaco. Golpeaba suavemente la porra contra su muslo derecho.

—No tengo mucho tiempo, Marlowe. No tengo mucho tiempo para divertirme ni para hacerme el listo. Ha encontrado usted dos tipos tiesos en la misma semana; a ambos les dispararon con revólveres de pequeño calibre en la cabeza. ¿Tiene algo que decir acerca de eso?

—Sólo que tuve suerte, supongo.

Crump volvió a golpear la porra contra el muslo y se inclinó hacia mí. Su aliento olía como si hubiese bebido *scotch* y luego hubiese mascado sen-sen<sup>[8]</sup>. Veía las venillas rojas que atravesaban el blanco de sus ojos.

—Vaya con cuidado, Marlowe —dijo. Su voz sonaba como coagulada—. Vaya con mucho cuidado.

Le sonreí educadamente.

—Por ahora sólo somos policías tontos —dijo Crump, aún muy cerca de mi cara—, y seguramente un detective privado tan rico y elegante sabe cosas que nosotros no podemos ver.

—Yo no soy rico —dije—. Mi esposa es rica.

Crump siguió hablando como si yo no hubiese dicho nada.

—Pero nos estábamos preguntando si no habría algún tipo de conexión, tal vez, entre los dos cadáveres que encontró usted. Y tal vez podría estar diciendo a los polis de L. A. una cosa y a nosotros otra. Al teniente Ohls le intrigaba todo esto lo suficiente como para venir hasta aquí cuando le llamamos y le dijimos que estábamos hablando con usted.

Ohls estaba apoyado contra la pared opuesta, con el sombrero sobre los ojos y los brazos cruzados.

—También nos estábamos preguntando, antes de que Crump nos asustase de muerte a ambos, si le importaría hablarnos un poco de por qué estaba persiguiendo por la Western y Sunset a las tres y media de la mañana a Angel Victor, quien es, por cierto, la esposa del principal sospechoso del asesinato de Lola Faithful.

—Si no me da una respuesta que me guste —dijo Crump—, juro que haré mucho más que asustarle.

Miró a Ohls y luego me miró a la cara.

Yo le dije a Bernie:

—Si me puede quitar de encima a Aliento de Buitre, puede que podamos hablar.

Inclinado aún hacia mí, Crump me golpeó en el costado de la rodilla izquierda con la porra. El dolor me recorrió la pierna por ambos lados y me llegó a la ingle. La pierna empezó a temblar inmediatamente. Había un resto de jugo de tabaco en la comisura de la boca de Crump.

Me gruñó:

—¿Aliento de Buitre, chico listo?

Apoyado aún en la pared con los brazos cruzados, Ohls dijo:

—Guarda la porra, Crump.

Crump se enderezó y miró a Ohls.

—Vete a la mierda —dijo—. Es mi prisionero.

Ohls sacó uno de sus pequeños cigarros, se lo puso en la boca y lo encendió. Después se enderezó, caminó ágilmente a través de la sala y se colocó frente a Crump con la cara a media pulgada de la suya. Soltó un poco de humo al hablar.

—De todas formas, guarda la porra. —Ohls lo dijo con voz suave y agradable—. O te la voy a meter por los dientes.

Crump se sobresaltó un poco, como si alguien le hubiese pinchado. Nadie dijo nada durante un instante. Los dos hombres estaban de pie frente a frente.

Luego, Crump dijo:

—Bueno, a la mierda.

Se metió la porra en el bolsillo trasero, se volvió y se marchó de la habitación. Ohls sonrió como si se acordase de algún chiste privado, giró y volvió a apoyarse contra la pared.

—¿Por qué no nos habla de todo eso, Marlowe? Tómese el tiempo que quiera —dijo—. Tenemos toda la noche. Aquí, Fox puede representar a Riverside.

Saqué un cigarrillo, lo encendí y aspiré un poco de humo. Tal vez fuese el momento de descargar todo aquello, de decirles lo que no sabían, de dejarles que se ocuparan de ello y marcharme a casa a tomarme gimlets con mi esposa. Cuando supiesen que Les debía pasta a Lippy y que Les era Larry, el que había discutido con Lola antes de que ella acabase muerta en su oficina, todo se pondría en marcha. Larry se iría, Muriel se quedaría sola, y Angel, con sus grandes ojos y su sonrisa...

—Lippy tenía siempre rondando a un par de Roscoe<sup>[9]</sup> con él —dije—. Quienquiera que lo asesinase tuvo que quitarlos de en medio antes.

Ohls no se movió ni habló.

—Yo sospechaba de una mujer —dije—. Calibre pequeño; el que lo hizo estaba muy cerca. Él estaba de espaldas. El *scotch* estaba fuera, como si se fuesen a tomar una copa. Pero sólo un vaso. Tal vez tenía una cita romántica que estalló en la noche.

Ohls se quitó el sombrero y lo mantuvo a un lado, cogiéndolo por el ala. Tenía el cigarrillo en la boca y hablaba a través de él.

—Eso ya lo hemos pensado, Marlowe. Podemos adivinar esa clase de cosas sin su ayuda.

Me encogí de hombros.

—Es todo lo que tengo, Bernie.

Ohls golpeó suavemente el sombrero contra su muslo, se sacó el cigarro de la boca con la otra mano, se quitó un poco de tabaco del labio superior con la lengua y lo escupió delicadamente hacia un rincón.

—Ha descubierto dos homicidios en una semana —dijo Ohls—. Puede ser una coincidencia. Pero en treinta años que llevo de policía, nunca he visto una coincidencia semejante.

No había nada que decir. Lo dejé pasar.

—Las coincidencias no nos sirven de nada, Marlowe. No nos llevan a ninguna parte. Creer en las coincidencias es creer en los callejones sin salida. Los polis odian los callejones sin salida, Marlowe.

—Ya lo sé —dije—. Lo siento. Algunas noches no puedo dormir.

—No sólo encuentra dos fiambres en una semana, sino que lo hace en el curso de la investigación para buscar a un gorrón llamado Les Valentine, que resulta ser el yerno de Clayton Blackstone.

—¿Y Clayton Blackstone le preocupa?

—Sí. Yo también paso algunas noches despierto —dijo Ohls. Se acercó a uno de los arañados escritorios de arce y puso su cigarro en un vaso de papel medio lleno de café. Se volvió hacia mí.

—Ya no tiene cliente, Marlowe. Ya no tiene nadie a quien proteger. Como no se esté protegiendo a sí mismo...

—No le puedo decir nada más, Bernie —dije.

—Tal vez debería dejárselo a Crump, teniente —dijo Fox.

—Crump es una bestia con chapa —dijo Ohls—. No me gusta.

Todos nos quedamos callados. La estenógrafo estaba lista para seguir. Pero no había nada más.

Ohls suspiró.

—Ok, Marlowe —dijo. Se volvió al sargento Whitestone—. ¿Puedo usar su celda?

—Claro —dijo Whitestone.

—Enciérrenlo —dijo Ohls—. Métenlo en una celda. A lo mejor se le ocurre algo.

—¿Con qué cargos, teniente?

—Lo que quieran —dijo Ohls—. Ustedes sabrán...  
Luego se puso el sombrero y salió de la sala.

En la trena de Poodle Springs se estaba muy tranquilo. Había un par de prisioneros más, pero era tarde y estaban dormidos. El único ruido era el sonido que hacían los hombres al dormir, algún ronquido ocasional, un murmullo, tal vez un breve suspiro.

Me tendí en el catre en la oscuridad. Fuera continuaba la vida nocturna de Springs. La gente se tomaba cenas de media noche, hacían el amor, veían películas por televisión y dormían tranquilamente con el perro a los pies de la cama y el refrigerador roncando suavemente en la cocina. La cárcel estaba unida a la comisaría, y se oía el ir y venir de los coches patrulla: el sonido de sus radios, retumbando en la noche, el chirriar de los neumáticos en la grava, una sirena una vez que uno de los coches salió rápidamente. Pero aparte de eso, no había nada más que oír, nada más que hacer.

Me pregunté si habrían matado a Lippy si yo hubiese contado a la poli todo lo que sabía. Si les hubiera dicho todo lo que le conté a Blackstone. Los tipos como Lippy siempre están andando por la cuerda floja, pero morir es una cosa muy mala. Blackstone no tenía razones para matar a Lippy, aunque hubiese descubierto que perseguía a Les para cobrarle. Una palabra del jefe hubiera sido suficiente. Pero Les tenía una razón, así como la tenía para matar a Lola Faithful también, una razón que tenía que ver con una foto. Fuera quien fuese quien mató a Lola, había vaciado los archivos de Larry. Me sonreí a mí mismo en la oscuridad. Cuando estaba en Poodle Springs lo llamaba Les, cuando estaba en L. A., lo llamaba Larry. Desde luego, estaba confuso. ¿Estaban buscando la foto? ¿Por qué iba a llevarse el asesino todo lo que había en el archivo? Porque él o ella estaban buscando algo y no tuvieron tiempo de revisarlo. Si Larry hubiese matado a Lola, él sabía lo que había en los archivos. No se los habría tenido que llevar. Pero podía haberlo hecho porque sabía que la poli los encontraría y tal vez no quisiese que supieran lo que hacía, aunque hubiese fotos a la venta en todos los kioscos. Aun así, podía haber tenido problemas.

El guardián venía por el pasillo a lo largo de la hilera de celdas, con las suelas de crepé de sus zapatos crujiendo. Se detuvo un momento ante cada celda y miró dentro antes de continuar.

En aquellas fotos de desnudos sólo había reconocido a Sondra Lee. Y tenía la foto escondida bajo la alfombrilla del maletero de mi coche. Supongamos que Larry acudiese a pagar a Lola el chantaje y ella hubiese venido y cogido la foto y él la matase y la cogiese a su vez. Hubiera destruido la foto. ¿Pero andaría Lola por ahí con la única copia? ¿Habría sido tan estúpida? No lo creía. Los chantajistas no dejan su material tan fácilmente. Ni siquiera los chantajistas estúpidos.

Pensé en fumarme un cigarrillo. No tenía ninguno. Ni una pipa. En realidad, no tenía ni cordones de los zapatos, ni corbata, ni cinturón. Me levanté y anduve en un estrecho círculo por la celda unas cuantas veces. Aquello no me hacía sentir sueño.

Me tumbé en el catre. No había sábana, pero sí un colchón y una manta. Había estado en cárceles que no tenían ninguna de las dos cosas. Ah, Marlowe, qué gran aventurero. ¿Por qué no podía ser Larry? Aunque tuviese una mujercita de grandes ojos que le adorase. Y ¿era la legal? Tal vez debería repasar las leyes de bigamia cuando saliese. No había tenido muchos casos de bigamia últimamente.

Hice varias respiraciones profundas.

Y ¿dónde estaba la foto? Lola debía guardar una copia.

No estaba en su casa. Si la poli la hubiera encontrado, eso les habría llevado a alguna parte. Estaban tan atascados como yo, incluso más que yo, porque no sabían cosas que yo sabía y por las que yo me hallaba atascado. Podría estar en una caja de seguridad. Pero ¿dónde andaría la llave? Y una fulana de voz aguardentosa como Lola no suele tener caja de seguridad. Tal vez le dejara el negativo a un amigo. Pero las fulanas de voz aguardentosa como Lola no suelen tener amigos a quien confiar las cosas valiosas. La respuesta más simple volvía a ser Larry, y la respuesta más simple con Lippy volvía a ser Les. Y Les era Larry.

Hice algunas respiraciones profundas más.

Finalmente, un poco antes del amanecer me dormí y soñé que estaba enamorado de una enorme fotografía de un desnudo de Linda y que cada vez que la alcanzaba, Tweedle Dee y Tweedle Dum<sup>[10]</sup> se la llevaban corriendo.

A las seis de la mañana me trajeron un poco de café caliente y un bollo rancio. Me senté en el catre y comí. Me dolía la cabeza, la rodilla me latía sin parar. Toqué el lugar en donde Crump me había golpeado, estaba hinchado y dolorido. El estómago se me revolvió cuando bebí el café. Había dormido unas dos horas.

A las diez y media vino un nuevo guardián por el pasillo y se paró ante mi celda.

—Ok, Marlowe —dijo—. Te han soltado.

Me levanté rígidamente, me fui cojeando tras él por el pasillo y subí los tres escalones que conducían al vestíbulo de la comisaría. Linda estaba allí con un tipo de traje blanco y camisa chillona.

El tipo de la camisa chillona dijo:

—Señor Marlowe, soy Harry Simpson. Siento que hayamos tardado tanto. Tuve que esperar a que abriesen el juzgado esta mañana para conseguir una orden.

Estaba muy bronceado y llevaba zapatos negros brillantes con una cadenita dorada en el empuñador, la camisa abierta a medio camino del ombligo y su pecho parecía una tabla de lavar de cuero. El pelo de su pecho era gris. Tenía un bigotillo espeso y su pelo crespo estaba salpicado con más gris. Llevaba un anillo en el meñique. Un abogado de Poodle Springs. Dentro de un instante estaría llamándome «nene».

Linda estaba de pie tras él; no hablaba. Sus ojos se posaron en mí con tanta fuerza que casi pude sentir el peso de su mirada. Recogí mis cosas, firmé un recibo y nos fuimos por la puerta principal. No sonó ninguna alarma. El Cadillac de Linda estaba aparcado donde ponía «Prohibido aparcar. Reservado para la policía», junto a un Mercedes descapotable con la capota bajada que con toda seguridad pertenecía a mi abogado.

—¿Dónde está tu coche? —preguntó Linda.

—Detrás —contesté.

—Te llevo a casa y mandaré a Tino que venga a recogerlo —dijo Linda—. Tienes un aspecto horrible.

Pero mejor de lo que me sentía.

Simpson dijo:

—Tendrá que comparecer, señor Marlowe. Intenté taparles la boca, y francamente, el nombre del señor Potter tiene cierto peso, pero no puedo garantizar nada.

—Tiene más peso que yo —dije.

Linda abrió la puerta derecha del Cadillac.

—Entra, cariño —dijo.

—¿Algo que decir a su papá? —dijo Simpson.

—Dele las gracias —dijo Linda—. Le llamaré más tarde.

Luego dio la vuelta, subió al coche y nos fuimos a casa en silencio.

Cuando llegamos, Linda dijo:

—Creo que deberías ducharte y dormir un poco. Podemos hablar más tarde.

Estaba demasiado cansado para discutir aquello o cualquier otra cosa. Hice lo que sugería, pero al revés.

A las seis de la tarde, ya era casi humano de nuevo. Me había duchado y afeitado, y estaba sentado junto a la piscina en bata de seda con una bolsa de hielo en la rodilla. Tino me trajo un gimlet de vodka doble con hielo y uno simple para Madame. El gimlet tenía el color de la paja y se veía límpido al mirarlo a través del grueso vaso cuadrado. El agua de la piscina se mecía lentamente con la suave brisa de la tarde. Me sumergí en el gimlet y sentí como la bebida se deslizaba en mi interior, a lo largo de las terminaciones nerviosas. Miré a Linda. Estaba sentada en la tumbona, con los pies en el suelo, las rodillas juntas, ligeramente dobladas, y las manos apoyadas en el regazo sosteniendo el vaso.

—Papá está furioso —dijo.

—Que se vaya a la mierda —dije.

—Él te sacó —dijo.

—Que se vaya a la mierda de todas formas —dije—. ¿Y tú?

Sacudió la cabeza lentamente y miró su vaso, como si en el fondo hubiese una respuesta que ella aún no conocía.

—Ya he estado antes en el talego, Linda. Es un riesgo del oficio, como el aburrimiento y el dolor de pies.

—La policía dice que estabas obstruyendo la labor de la justicia.

—La policía dice lo que tiene que decir —dije—. Querían que les dijera algo que yo creía que no les debía decir.

—¿Y te metieron en la cárcel? ¿Eso es legal?

—Casi seguro que no, pero pasa continuamente. Al cabo de un tiempo, acabas por entenderlo.

—¿Es legal no decirles lo que quieren saber?

—Creo que la respuesta es la misma. No se puede hacer el trabajo que yo hago y conservar la autoestima si dejas que la policía decida lo que tienes que hacer.

—Francamente, no consigo entender cómo puedes hacer tu trabajo y conservar tu autoestima —dijo Linda.

—¿Porque de vez en cuando tenga que ir a la cárcel? ¿Porque te pone en contacto con las clases bajas?

—Puñetas, Philip, no es justo —dijo Linda—. No es culpa mía el que mi padre sea rico.

—No —dije—, no lo es. Y mía tampoco. Pero hay una cosa que tienes que tener en cuenta: en este país no se hace uno tan rico como Harlan Potter sin pasar por alto algunas cosas y saltarse algunas reglas, y asar el tiempo con gente con la que no compartirías ni un bollo.

Linda sacudió la cabeza deprisa varias veces.



—No sé nada de eso. Ni siquiera me importa. Lo que sé es que esto no es un matrimonio según yo lo entiendo. La mitad del tiempo te pasas la noche fuera. No sé dónde estás ni lo que estás haciendo. Te pueden estar asesinando. Me despierto por la mañana y me llaman diciendo que estás en la cárcel. Mi marido. ¿Aquí? ¿En Springs? ¿En la cárcel?

—¿Qué dirán a la hora de comer? —dije.

—Puñetas, no seas tan esnob y desgraciado, Marlowe. Son amigos míos. Me preocupan. Me gustaría que se preocupasen por ti. No quiero enterarme de que se están riendo de mi marido a mis espaldas.

—Lo van a hacer de todas formas —dije—. No porque sea detective. No porque pase la noche en la cárcel. Se reirán porque soy un fracasado. No tengo dinero. En esta gran república, ése es el modo de juzgar a la gente, querida.

—Pero yo tengo dinero. Tengo dinero suficiente para los dos.

—Por eso es por lo que no he dejado de explicártelo, yo no puedo cogerlo. La única manera de evitar el fracaso es manteniéndome libre, ser de mi entera propiedad. Yo, Marlowe, el Galahad<sup>[11]</sup> de la alcantarilla. Decido lo que voy a hacer. No me comprarán, ni influirán en mí, ni siquiera por amor. Se es un triunfador si se tiene dinero, pero se renuncia a demasiadas cosas.

Aquel discurso era demasiado largo para mí. Me recuperé con un poco de gimlet. No me ayudó. Los gimlets eran para tomarlos por las tardes en bares tranquilos en los que las mesas brillasen barnizadas, la luz se filtrase a través de las botellas y el barman tuviese una camisa blanca almidonada con los puños arremangados. Los gimlets eran para cogerse las manos a través de la mesa y no decirse nada sabiéndolo todo. Puse la copa en la mesa. Linda no había tocado la suya: no hacía más que mirar dentro.

—Cuando estás en casa —dijo Linda con voz inexpresiva— y nos vamos a la cama, hay una pistola en el escritorio, junto a tu cartera y las llaves del coche.

—Antes dormía con ella entre los dientes —dije—. Pero pensé que aquí, en el desierto, estaría más a salvo.

Linda levantó la vista de su gimlet y me miró un momento.

—No funciona —dijo finalmente. Luego se levantó sosteniendo aún el gimlet entre sus manos—. No digo que sea culpa tuya pero... no funciona.

Se volvió y caminó hacia la casa.

Yo cogí el gimlet doble casi lleno y lo miré un momento sin beber. Luego volví la muñeca y vertí el contenido, formando un delgado arco, en el suelo. Puse cuidadosamente el vaso vacío boca abajo en la mesa, me recliné en la tumbona y escuché como se derretía el hielo en la bolsa que tenía en la rodilla.

Pasé la noche en la habitación de huéspedes. Salí temprano de casa a la mañana siguiente. Tomé café en un lugar de Riverside en el que también vendían burros de paja y cadenitas con pepitas de oro auténticas colgadas. El desierto parecía más áspero que nunca mientras conducía hacia casa de Muriel Valentine. La tierra tenía un aspecto árido y erosionado, como una viuda airada, y los cactus parecían más necios de lo que me habían parecido hasta ayer. El cielo indiferente no tenía una nube y el calor era seco e inflexible cuando salí del coche y me dirigí a casa de Muriel de nuevo por el sendero. El criado contestó a mi llamada y me dejó de pie en el recibidor mientras subía a avisar a la señora Valentine.

Cuando ella apareció, su aspecto era tan desolado como el desierto. Sus ojos parecían haber llorado y tenía la boca apretada.

—No está aquí —dijo.

—Su marido —dije.

—Sí. No sé dónde está.

La punta de su lengua apareció, tocó el labio inferior y volvió a desaparecer.

—¿Cuándo se fue?

—El día que usted lo trajo —dijo.

—¿Sabe que Lipshultz está muerto? —dije.

Dio un paso atrás como si yo la estuviese apuntando con una serpiente viva.

—Su padre es el dueño del Agony Club —continuó.

Ella no dijo nada. Se quedó mirándome, con la cara rígida y la lengua saliendo por encima de su labio inferior. Yo la miraba a ella. No ocurrió nada más. Finalmente, me volví, salí y cerré la puerta tras de mí. Ella se sentía peor que yo. Me metí en el Olds y me quedé allí un momento, mirando al vacío. Puse en marcha el Olds y me dirigí a Los Ángeles.

Encontré a Angel sentada en el porche delantero, contemplando la playa. En un platillo había una tostada fría, y té oscureciéndose en una taza, con la bolsita dentro. Angel estaba sentada en una mecedora, con las rodillas levantadas y los brazos alrededor, con la barbilla descansando en ellas. La mecedora se balanceaba suavemente, pero ella no estaba meciéndose en realidad.

—No está aquí —dijo.

—¿Le está esperando? —pregunté.

—Sí. No he ido a trabajar. No puedo. Tengo que estar aquí por si vuelve.

—Le he perdido —dije—. No está donde le dejé.

La mecedora se movió un poco. Angel no dijo nada.

El sonido de la marea, amortiguado cuando llegaba a la arena, resultaba desvaído detrás de nosotros. En la playa había gente paseando en ambas direcciones. A lo lejos, una excavadora removía arena junto a un lugar de juegos.

—No merece esto, Angel —dije—. No tiene coraje.

—Lo amo —dijo ella, y se encogió de hombros. La mecedora volvió a moverse un poco y se paró.

Pensé en Muriel, en cuya casa no había más que dolor. Miré a Angel. ¿Perdonaría aquello Angel también, lo de la otra mujer? Diablos, otra esposa. Aquel desgraciado tenía dos esposas locas por él. Yo estaba a punto de no tener ninguna.

—¿No tiene la más mínima sospecha de dónde pueda estar? —inquirí.

Sacudió la cabeza.

—Supongo que volverá aquí —dijo—. Antes o después.

—Angel, no estoy seguro de que no matase a Lippy —dije.

—No lo haría —dijo ella.

—Y si mató a Lippy, también pudo haber matado a Lola.

Angel se limitó a mover la cabeza y miró hacia la playa.

No había nada más que decir. Si él había matado a Lola y yo le había ayudado a escapar, estaba tan pillado en lo de Lippy como él. Intenté sonreírle forzosamente, me di la vuelta y me fui. Cuando volví la cabeza ella seguía allí, inmóvil, mirando hacia la playa.

Desde Venice me dirigí al centro para ver a Bernie Ohls. Estaba en su garito. Un escritorio vacío con un teléfono, una silla giratoria y el sombrero en un gancho tras la puerta.

—¿Le sacó Harlan Potter? —preguntó cuando entré—. ¿O se fugó de la cárcel de Springs?

—Potter —contesté.

—Apuesto a que a él y a su hija les encantó el asunto —dijo.

—Como los salmones desovando —dije.

Me senté en la silla que había frente al escritorio. En las paredes no había fotografías ni anotación alguna, ni siquiera ventanas. Ohls había matado al menos a nueve hombres que yo supiera, varios mientras pensaban que se hallaba a cubierto.

La oficina estaba tan vacía como la mirada de un camarero.

—No tiene muy buen aspecto, Marlowe —dijo Ohls—. Parece un tipo que no haya dormido bien y desayunado fatal.

—Les Valentine y Larry Victor son el mismo tipo —dije.

Ohls estaba sentado con un pie apoyado en uno de los cajones de abajo. Quitó el pie del cajón, hizo girar la silla y puso ambos pies lentamente en el suelo.

—¿Es un hecho? —dijo. Se le veía dando vueltas al asunto en la cabeza.

—¿No están ambos casados? —dijo Ohls.

—Sí.

—¿Hace mucho que lo sabe?

—Desde que mataron a Lola Faithful —dije.

—Si nos los hubiera dicho, tal vez no se hubiesen cargado a Lipshultz —dijo Ohls.

—Sí.

Ohls movió la silla y volvió a poner un pie en el cajón vacío. Juntó ambas manos tras la nuca.

—Marlowe del Desierto —dijo—. El halcón noctámbulo.

No dije nada. Me merecía lo que se avecinaba.

—¿No cree que se ha pasado un poco esta vez, listillo? Y se ha largado un tipo que no debería haberlo hecho. Digamos que Lippy se lo merecía de sobra. Pero no esta vez, y de manos del tipo ése.

—Nadie se lo merece, Bernie.

—Claro, Marlowe. Deje que su corazón sangre un poco. Y mientras está en ello, explíqueme por qué nos dejó al margen.

—No pensé que él lo hubiera hecho —dije.

—No pensó que él lo hubiera hecho —dijo Ohls—. ¿Y quién le preguntaba a usted? Es un asunto de la policía, amigo.

—Es un perdedor, un desgraciado sin coraje, pero hay una chiquita encantadora que le ama.

—¿Sólo una? —dijo Ohls.

Me encogí de hombros.

—Ya llegaré a eso. Aún no sé si lo hizo o no, pero tengo que admitir que cuantas más vueltas le doy, más probable parece.

—Se pringa por un tipo que apenas conoce porque tiene una esposa agradable.

—Parecían felices, Bernie. No se ve muy a menudo. Y pensé que si usted lo agarraba, iba a estar en San Quintín antes de que el abogado de oficio tuviese tiempo de abrir su maletín.

—Yo no meto a la gente en la cárcel bajo acusaciones falsas, Marlowe.

—Claro que no, Bernie. Ni rechaza a un sospechoso con pinta de serlo. El tipo se acababa de pelear con la víctima. Eso le suponía unos antecedentes poco sólidos. Tiene el sentido común de un pollo.

Volví las palmas hacia arriba y extendí las manos.

—El barman dice que el jaleo con Lola empezó cuando ella le enseñó una foto. ¿Sabe algo de eso?

—Larry tenía un archivo lleno de fotos de desnudos —dije—. Miré en los archivos cuando fui a su oficina.

—Ahora no están allí —dijo Ohls—. Como no las quieran para hacer chantaje...

Me encogí de hombros.

—Ok, Marlowe —dijo Ohls—, dígamelo todo, desde el verdadero principio, despacio, con palabras cortas para que no me confunda. Y una vez que yo lo haya oído todo y esté convencido de que no se está pasando de listo, traeremos a una estenógrafa y se lo volveremos a contar todo a ella.

Puso los dos pies sobre el escritorio y se inclinó más atrás en su silla, con las manos entrelazadas sobre el plexo solar.

—Venga —dijo.

Hablé; lo dije casi todo, excepto el hecho de que tenía una foto de Sondra Lee en el maletero del coche. Cuando llegué a la parte de Blackstone, Ohls silbó silenciosamente para sí. Cuando acabé, dijo:

—¿Y aún piensa que Larry, Les o cómo diablos se llame, no lo hizo?

—No sé, Bernie. Estoy aquí. Le he contado lo que sé. Usted y yo sabemos lo que va a durar el tipo ese por ahí cuando Clayton Blackstone sepa que su hija está casada con un bígamo.

—Un pequeño trabajo para Eddie el Rápido —dijo Ohls.

—Pequeñísimo —dije.

—Podemos acusarle a usted de obstrucción a la justicia —dijo Ohls—. De interferir en el cumplimiento del deber de un funcionario, de ayudar e incitar a la fuga a un delincuente, dejando aparte el hecho del homicidio, de obtener información ilegal, de hacerse pasar por un funcionario de policía y de ser más estúpido que tres ovejas.

—Además, tengo un libro de la biblioteca pública pasado de fecha —dije—. Podría confesarlo también.

—Salga de aquí —dijo Ohls.

—¿Y la estenógrafa? —dije.

—Que se vaya a hacer puñetas —dijo Ohls—. Si vuelve a entrar en terreno acotado, Marlowe... —movió el dorso de la mano al despedirme. Del mismo modo que un hombre espanta a un mosquito.

Me levanté y me fui.

A veces, el movimiento es sustituto adecuado. No tenía otra cosa que hacer, y nadie a quien ver, así que me fui al oeste de L. A. en busca de Sondra Lee. La recepcionista rubia de largos muslos seguía allí. Me dijo que esperaban que Sondra Lee llegase durante la próxima media hora, y yo me senté en uno de los sofás plateados de *tweed* sin brazos que se curvaban a lo largo de la pared izquierda de la oficina. Sobre los muros, en marcos de plata, había fotos de moda de sus clientes, artísticamente iluminadas, con la malicia que sólo un fotógrafo de moda sabe captar. Sondra estaba en una de ellas, de perfil, mirando a un etéreo más allá, llevando un enorme sombrero blanco y negro. Lo cual era mucho más de lo que vestía en la foto que yo guardaba enrollada en el bolsillo. El tiempo pasaba más lento que un gusano torpe. Entró una mujer alta, delgada, y demasiado elegante, recogió varios mensajes que le dio la recepcionista, y se volvió a ir. Otra mujer, de pelo negro ala de cuervo, tez pálida y barra de labios color carmín, entró, habló con la recepcionista y pasó a una de las oficinas del interior. Yo miré a mí alrededor, localicé un cenicero sobre un pedestal plateado, saqué un cigarrillo y lo encendí. Tiré la cerilla apagada al cenicero y aspiré el humo. Había un reloj grande en forma de bajo en la pared de detrás de la recepcionista. Sonaba tan suavemente que me llevó un rato conseguir oírlo. De vez en cuando, el teléfono soltaba un leve murmullo, y la recepcionista decía alegremente:

—Agencia Tritón, buenas tardes.

Mientras estuve allí, lo dijo unas cuarenta veces, sin ninguna variación.

Mi cigarrillo se había reducido a una colilla. Lo eché en el cenicero y arqueé la espalda. Mientras me arqueaba, entró Sondra Lee. Llevaba un vestidito amarillo y un gran sombrero del mismo color. No me reconoció, aunque me levanté y dije:

—Miss Lee.

Volvió la cabeza con la impersonal mirada amistosa que tiene la gente acostumbrada a ser reconocida.

—Marlowe —dije—. El otro día estuvimos charlando en su casa acerca de Les Valentine, entre otras cosas.

La sonrisa siguió siendo igual de impersonal, pero se hizo menos amistosa.

—¿Y? —dijo.

—Y nos divertimos tanto que me gustaría charlar un poco más.

—Lo siento, señor Marlowe. Me temo que no puedo. Tengo una sesión esta tarde.

Caminé hacia ella, y al hacerlo saqué su foto de mi bolsillo interior y la desenrollé. La sujeté de forma que ella pudiese verla, pero no la recepcionista.

—Sólo un momento —dije—. Pensé que podría hablarme de esta foto.

La miró y su cara no reflejó nada.

—Oh, muy bien —dijo—. Podemos hablar aquí.

Me condujo a un pequeño vestuario que tenía un gran espejo rodeado de luces. Había una mesa de maquillaje llena de frascos y tubos, polvos y cepillos; un taburete

delante de ella, una *chaise longue* junto a la pared, a la derecha de la puerta, y una silla alta de director. En la parte de atrás de la tela negra estaba escrito «Sondra» con letras blancas. Se sentó en la silla, con las piernas estiradas descuidadamente ante sí.

—Así que es usted sólo un pequeño chantajista asqueroso más.

—No tan pequeño —dije.

—Para su información, cucaracha, no le daré absolutamente nada por esas fotos, eso es lo que valen. Mándelas a las revistas, péguelas por las terminales de autobuses, me da igual. Hace más de treinta años que las fotos como éstas no pueden hacerme daño.

—Así que no eran de mucho valor para Larry Victor —dije.

—No más de lo que son para usted, asqueroso —dijo. Sacó un cigarrillo con filtro color pastel, se lo puso en la boca y lo encendió con un mechero transparente que dejaba ver el combustible que quedaba.

—Pero lo intentó —afirmé.

—Desde luego que lo intentó. ¿Acaso no lo intentan todos los tipos mierdas?

—Y le dijo usted que largo.

—Tommy se lo dijo —respondió ella.

—Y tal vez añadió usted algo —proseguí.

Sondra se encogió de hombros.

—Tiene suerte de que Tommy no esté aquí ahora —dijo.

—Sí —dije—. Escapé con vida por los pelos la última vez.

En su cara pude ver que no se acordaba mucho de la última vez.

—Yo estaba en su casa —dije—, haciéndole preguntas acerca de un tipo llamado Les Valentine.

—Estaba colocada —dijo.

—Sí. Sugirió usted, según puedo recordar, que yo me colocase con usted.

Si se acordaba, no lo demostró. No hubo signos de embarazo.

—Tommy lo odia —dijo. No parecía importarle que Tommy lo odiase o no—. Así que, ¿qué quiere usted, Marlowe? ¿O es usted de éstos a los que les empina hablando con mujeres mientras las contemplan desnudas en la foto?

—Ésta es una de mis favoritas —dije—. Pero esta vez lo que intento es encontrar a Larry Victor.

Levantó la cabeza y me miró un instante.

—¿Larry? ¿Cómo es eso?

—Un caso en el que estoy trabajando —dije.

—¿No está intentando extorsionarme?

—No me importaría —dije—. ¿Qué puede decirme de Larry?

—Es una canalla de cuerpo entero —dijo Sondra—. Sus fotos eran de tercera categoría y no podía ganarse la vida más que haciendo desnudos para revistas porno y tiendas para adultos. Nos hizo fotos a muchas de nosotras cuando empezábamos, intentando abrirnos camino, intentando llamar la atención. A él se le daban bien,

ligaba con muchas modelos. Dios sabe por qué: llevaba peluquín y le sudaban las manos constantemente. Pero... —se encogió de hombros—, se le daba bien de todas formas.

—Y se guardaba las fotos, y si ustedes llegaban a ser modelos famosas —dije— intentaba chantajearlas.

—O si nos metíamos en el cine —dijo—. Los estudios siempre se molestaban con estas cosas. La gente del cine seguramente pagaba.

—Entonces no era mal sistema. Se vende el producto una vez y en algunos casos más veces, más tarde.

—Como un *stock* en aumento —dijo Sondra. Sonrió, dio una chupada a su cigarrillo, retuvo el humo un rato y luego, sonriendo, lo dejó salir—. Sólo que los tiempos cambiaron. A nadie le importa que enseñes el culo en público, y el negocio de Larry se hundió en picado.

—Pasado de moda por el correr de los tiempos —dije—, como los caballos de alquiler. ¿Sabía que se había casado?

—Perdí la pista de Larry hace mucho, tan pronto como salí de la alcantarilla en la que él trabajaba.

—¿Y no conoce usted a un fotógrafo llamado Les Valentine?

—No.

—¿Muriel Valentine? ¿Muriel Blackstone? ¿Angel Victor?

Mientras yo decía los nombres, ella sacudía la cabeza.

—¿No recuerda a ningún amigo de los viejos tiempos?

Ella rió brevemente.

—¿Amigos? Ninguno que le interesara. Si el canallita tenía amigos, seguramente serían mujeres. —Volvió a sacudir la cabeza—. Nunca lo entendí —dijo.

—¿No puede usted recordar nombres? —dije.

Aspiró un poco más de humo y lo expulsó en una gran bocanada. Sacudió la cabeza.

—No —dijo—. No puedo.

Yo aún tenía su foto. Se la di. Ella la cogió y la miró.

—Yo era un bombón en aquella época —dijo.

—Lo sigue siendo —dije.

Me sonrió.

—Gracias —dijo.

Me dirigí a la puerta.

—Marlowe —dijo.

Me detuve con una mano en el picaporte y me volví a mirarla.

—Recuerdo cada uno de los detalles de lo que ocurrió cuando me visitó usted la otra vez —dijo.

—Yo también —dije.

Sonrió.



—La oferta sigue en pie —dijo.

—Gracias —dije, y lanzándole mi sonrisa asesina, me marché.

Volví por Westwood al Village, seguí por Weyburn y Hilgard pasando por la UCLA hasta Sunset y giré hacia el este.

Apenas conocía a Larry Victor y ya estaba empezando a hartarme de él. Mi matrimonio hacía agua, la poli se estaba decidiendo por el mejor sistema de encerrarme el máximo tiempo posible. Clayton Blackstone y Eddie García se ocultaban por los rincones, y todo lo que iba averiguando acerca de Larry Victor me hacía preguntarme por qué me preocupaba tanto por él. Tal vez hubiese matado a Lola, tal vez hubiese sido lo suficientemente estúpido como para matarla en su oficina. Tal vez hubiera matado también a Lippy, tal vez era más duro de lo que yo creía. Si un tipo es lo bastante estúpido como para matar a una mujer en su propia oficina después de haber discutido con ella en público recientemente, ¿sería lo bastante listo como para quitar de en medio a dos guardaespaldas, para poder matar a Lippy mientras tomaban una copa y Lippy miraba por la ventana?

Pasé ante las tonterías de estuco rosa del hotel Beverly Hills, medio escondido por las palmeras. A ambos lados de Sunset había grandes casas, caras y feas, de ese estilo especial que el dinero del sur de California ha sabido conseguir. Artistas de cine, directores, productores, agentes, personas que han encontrado un modo de empaquetar el vacío y venderlo como sueños.

Lola tenía que haber chantajeado a Larry con una foto. Y no podía haber sido tan tonta como para ir a la cita con su única copia. Tenía que tener una reserva. Pero ¿dónde estaba? Había revuelto su casa como si fuera una ensalada César y no había encontrado nada. Ni un currusco. Así que, ¿dónde la escondía? ¿Dónde hubiese escondido yo algo así?

Estaba ahora en el bulevar, lleno de carteleras de cantantes de los que no había oído hablar nunca, *boutiques* decoradas para que pareciesen casas de campo francesas. En Horn Avenue, un tipo con pelo negro largo rizado giró por Sunset conduciendo un deportivo de dos plazas más largo que mi Olds. Sus neumáticos chirriaron durante cincuenta yardas antes de detenerse en un semáforo. El coche era feo, poco práctico, ostentoso y mal diseñado para conducir por ciudad, pero era caro.

Conduje por Hollywood y giré por Kenmore hasta llegar a la casa de Lola. Tenía una idea.

El césped parecía algo más descuidado pero todo lo demás seguía igual. La gente se muere, los corazones se rompen, a las dinastías se les cae la cara, pero la hierba sigue creciendo poco a poco y las fachadas envejecen lentamente. Aparqué ante la entrada, subí los escalones y me quedé un momento bajo el fresco porche. El buzón estaba lleno de correo que Lola nunca leería: catálogos y prospectos se amontonaban en el suelo bajo el buzón. Evidentemente, nadie había avisado a la oficina de correos. Saqué los sobres del buzón. La mayoría eran facturas; no había nada personal entre

ellos. Volví a abrir la puerta del mismo modo que lo había hecho la última vez y entré. Estaba como yo la había dejado. Puse el correo en la mesa del recibidor y eché un vistazo por la casa. Tenía que estar allí. Y estaba. Lo encontré tras buscar una hora. Entre las facturas sin pagar que estaban en un casillero del viejo escritorio de su estudio había un recibo de la consigna de la Union Station.

Tardé media hora en llegar a la Union Station, aparcar, encontrar la consigna y presentar mi recibo. Un hombre negro entrado en años se sumergió en las catacumbas de almacenaje y emergió unas tres semanas después con un sobre de papel manila sellado con cinta adhesiva a lo largo de la solapa. Alguien había escrito «Lola Faithful» con escritura floreada en la cara del sobre. La «i» de Faithful tenía un gran círculo encima. Cogí el sobre, salí, me senté en el banco vacío de una sala de espera y abrí el sobre. Contenía una foto en papel de brillo de 8 por 10 y un pequeño sobre transparente con un negativo. La foto era un retrato de Muriel Blackstone vestida con botas de cuero de tacón alto y nada más. Desnuda, su cuerpo resultaba ser lo que prometía. Tenía una sonrisa seductora un poco sesgada y sus ojos eran fríos. Miré el negativo a contraluz. Era el de la foto. Volví a poner el negativo y la foto en el sobre de papel manila y salí bajo los arcos, pasé a lo largo de la parada de taxis y llegué a donde había aparcado mi coche.

Volví a Venice, donde Angel trabajaba de camarera en un sitio que era café y kiosco a la vez, en la playa. La gente de la hora de comer ya se había ido y sólo quedaban unos cuantos borrachos madrugadores tomando copas en las mesas de fuera e intentando parecer, por si se fijaba alguien, que sólo estaban allí para pasar el rato. Me senté y pedí un café. Angel me lo trajo.

—Tómese un minuto libre —dije—. Necesito enseñarle algo.

Acerqué una silla a la mesa con el pie.

—No me permiten sentarme con los clientes —dijo Angel—, pero me deben un descanso. Venga detrás.

Me levanté y la seguí a través de la cocina hasta un almacén lleno de barriles de tomate de un galón y botellas de aceite de oliva apiladas contra las desnudas paredes llenas de grasas. Había un cubo y una fregona junto a la puerta.

Cogí la foto de Muriel y se la tendí a Angel.

—¿La conoce? —dije.

Angel sacudió la cabeza. Sus mejillas se ruborizaron. Yo había visto tantas fotos de desnudos últimamente que no se me ocurrió que a ella le pudiese turbar. Me gustó.

—Lo siento —dije—. Pero es la única foto que tengo.

—Está bien —dijo Angel. Volvió a mirar la foto—. Tiene un cuerpo precioso —dijo.

—Es cierto —dije—. Larry hizo la foto.

—¿Larry?

—No puedo demostrarlo, pero sé que es la foto que Lola le enseñaba a Larry cuando se pelearon. Ella intentaba chantajearle.

—¿Por qué le había hecho una foto desnuda?

—Porque es su mujer —dije.

Angel me sonrió, dudando.

—No entiendo —dijo.

—Larry usa también el nombre de Les Valentine —dije—. Se casó con esta mujer bajo ese nombre, con Muriel Blackstone, ahora Muriel Valentine.

—Larry estaba casado conmigo —dijo Angel.

—Sí —dije—. Pero es la verdad, y se lo he estado ocultando a usted todo el tiempo que he podido.

—No sé por qué viene y me cuenta esas mentiras —dijo Angel—. Debe ser usted muy cruel o estar muy mal.

—Cansado —dije—. Cansado de chapotear en esta ciénaga. Tal vez su marido haya matado a alguien, tal vez no; pero se ha vuelto a largar y no sé dónde está, ni me importa. No más secretos.

—¿Todavía no sabe dónde está Larry? —dijo Angel. Era como si todo lo que acababa de decir se le hubiese borrado sin dejar huella.

—No —dije—. ¿Y usted?

—No. ¿Cree que le ha pasado algo?

—No. Creo que hizo lo único que sabe hacer. Huyó.

—No me dejaría —dijo Angel.

Sacudí la cabeza. No sabía lo que hubiera hecho Les/Larry, o a dónde iría, y estaba empezando a preguntarme si lo sabría alguna vez.

—No lo haría —volvió a decir Angel.

Pesqué una tarjeta de mi cartera y se la tendí.

—Si averigua dónde está —dije—, puede llamarme.

Cogió la tarjeta sin mirarla. No creí que fuese a llamarme. No creí que nadie me llamase. Nunca.

Salí del restaurante y volví por la playa. El Pacífico se movía pesadamente hacia mí. Las olas parecían cansadas al romper en la playa, se unían y retrocedían despacio, y volvían a levantarse y caer en la playa.

Era hora de que volviese a Springs.

Linda estaba paseando por el salón, junto al órgano Hammond incrustado en el bar, junto a la pared de cristal con mariposas y la chimenea enorme. La foto de Muriel Blackstone desnuda estaba sobre el bar. Nadie la miraba.

—Admito que estoy perpleja —dijo Linda—. No tenía ni idea de que Muffy Blackstone... —sacudió la cabeza.

—Tal vez la mayoría de las mujeres llevan vidas de separación tranquila, también —dije.

—Tal vez, pero tengo que decir que no veo por qué tiene que ser mi marido el que hurgue en todo esto. En verdad Philip —señaló la foto—, ¿no te hace sentir incómodo?

—Hace ya mucho —dije— que no me siento incómodo.

—Bueno, puede que tú no. Yo, sí.

—Soy un detective, señora. Lo sabías cuando te casaste conmigo.

—Supongo que pensé que no serías siempre un detective.

—O pensaste que me dejaría un bigotito, bebería Oporto y adivinaría quién asesinó a Sue Sue, el primo de la señora Posselthwait en el jardín del castillo del conde Boslewick sin siquiera mancharme los zapatos —dije—. Y de vez en cuando, cenaríamos con un simpático inspector de policía.

—Maldita sea, Marlowe. ¿Es que no puedes ver lo importante que es para mí? ¿No puedes ceder un poco más?

—Depende de lo que quieras que ceda —dije—. Puedo ceder acerca del sitio en que vivimos, o cómo nos divertimos, o a dónde vamos de luna de miel. Pero tú quieres que deje de ser quien soy. O lo que soy. Y no puedo. Esto es lo que soy: un tipo que acaba con fotos sucias en su poder.

—Y dos asesinatos —dijo Linda— y no sé qué historias de bigamia.

—Asesinatos, bigamia y seguro que cosas mucho peores en el futuro —dije—. Me gano la vida así. Así me he convertido en el tipo con el que tú quisiste casarte.

—¿Y si yo fuese pobre?

—No eres pobre. Yo soy pobre y tú no —dije—. Es inútil hablar de cosas que no existen.

—¿Qué vas a hacer con esa foto de Muffy? —preguntó Linda.

—No sé —respondí—. No entendía este caso antes, y ahora lo entiendo mucho menos.

Linda fue hacia el bar y cogió la foto.

—Podría romperla ahora mismo —dijo.

—Claro —dije—. Pero tengo copias.

—Piensas en todo, ¿verdad? —dijo.

—En todo lo que no tiene importancia —dije—. No he pensado en quién mató a Lola Faithful o a Lippy. No he pensado dónde está Les Valentine. No he pensado la

forma de evitar que la poli me quite la licencia, de la cual no he hecho copias.

Linda dejó caer la foto en el bar de nuevo.

—Tal vez hizo que Les la hiciera, ya sabes, para ellos —dijo.

—Tal vez.

—Cariño —propuso Linda—, vayámonos de nuevo a México. Hoy, ahora. Puedo hacer las maletas en una hora.

—Podrías hacerlas en dos —dije—. Y tú pagarías el viaje, y cuando volviéramos yo seguiría teniendo que ganarme la vida.

—Maldito seas —dijo Linda—. Mil veces maldito.

Se fue hacia la ventana que daba al patio y apretó la frente contra ella.

—Estoy incómoda entre mis amigos a causa de lo que estás haciendo. ¿Puedes imaginarte lo que se habló en el club cuando tuve que sacarte de la cárcel? Estoy aterrorizada cuando no estás en casa y humillada cuando hay reuniones sociales y tengo que ir sola, y ni siquiera sé dónde estás tú.

No sabía nada que decir. Así que no lo dije.

—Ya sé que te parecerá muy esnob y mezquino —comentó Linda. Su frente continuaba apoyada en el cristal—. Pero es mi vida, la única que he conocido. Y mi vida también me importa.

—Ya lo sé —dije.

Dio la espalda a la ventana y me miró.

—Así que, ¿qué vamos a hacer? —inquirió.

—Tienes que vivir tu vida —repliqué—. Yo tengo que vivir la mía.

—Y no parece que podamos hacerlo juntos —dijo Linda.

—No, parece que no —dije.

Pasamos un buen rato en silencio.

—Le diré a mi abogado que prepare los papeles del divorcio —dijo Linda finalmente—. Quiero que tú te lleves algo.

—No —dije—. Nunca lo tocaré. No es mío.

—Ya lo sé —dijo Linda.

Volvimos a quedar en silencio. A través del cristal vi dos golondrinas lanzarse contra la buganvilla y desaparecer entre sus hojas.

—Me quedaré en la habitación de huéspedes esta noche —dije—. Mañana me mudo a L. A.

Ella asintió. En su cara había lágrimas.

—Maldita sea, Marlowe —dijo—. Nosotros nos queremos.

—Ya lo sé —dije—. Por eso es tan difícil.

Encontré un apartamento amueblado frente a Ivar, al norte del bulevar, en un edificio de estuco construido alrededor de un patio en los días en que en Hollywood había más estrellas que putas. Mi vieja oficina en el edificio Cahuenga estaba aún vacía, así que volví a instalarme en ella. El escritorio, los dos archivadores y el viejo calendario seguían allí; el vestíbulo seguía vacío. Dos moscas muertas yacían en el suelo tras la puerta en la que aún se podía leer «Philip Marlowe, Investigaciones». Puse una botella nueva de *bourbon* en el cajón de abajo y aclaré los dos vasos que había en el fregadero del rincón: estaba listo para empezar a trabajar.

Pero no había trabajo. Una prima de las moscas muertas que estaban en el vestíbulo zumbaba letárgicamente contra los cristales de la ventana detrás de mi escritorio. Puse los pies en el escritorio. La mosca detuvo su zumbido y miró el impenetrable espacio transparente que había ante ella. Se frotó la cara con las patas delanteras y volvió a zumbar, pero no había mucho entusiasmo en su zumbido. Era una batalla perdida. Tamborileó un minuto contra los cristales y luego volvió al alféizar con las patas extendidas. Me levanté y abrí la ventana con cuidado. La mosca se quedó inmóvil un momento, zumbó una vez y se elevó perezosamente a través de la ventana hacia los humos del tráfico, tres pisos por encima del Hollywood Boulevard. Se había ido. Cerré la ventana y volví a sentarme. Nadie entró, nadie llamó. A nadie le importaba si me había contagiado la rabia o si me había ido a París.

Por la tarde salí, compré un sándwich de jamón y un poco de café en un bar y volví a la oficina para ensayar el resultado de sentarme con los pies en la otra esquina. Aún tenía las fotos de Muffy desnuda en el cajón de en medio de mi escritorio. Aún no sabía qué hacer con ellas. El negativo estaba guardado en la vieja caja fuerte apoyada en el suelo, detrás de la puerta de la oficina. Aún no sabía dónde estaba Les/Larry y no tenía cliente.

Oí como se abría y se volvía a cerrar la puerta de afuera. Eddie García entró en mi oficina, echó un vistazo y se apartó a un lado. Clayton Blackstone entró tras él. Eddie avanzó y se apoyó inexpresivo en uno de los archivadores. Blackstone se sentó en la silla del cliente. Llevaba un traje gris cruzado de rayas que costaba más que mi coche.

—Dejó el desierto —dijo.

—El mundo gira deprisa —dije.

Clayton sonrió.

—Siento que su matrimonio fracasara.

—Claro —dije.

—¿Ha llegado ya al fondo del asunto?

Las manos de Blackstone estaban inmóviles en los brazos de la silla. Sus uñas relucían. Llevaba un gran brillante en el dedo anular de la mano derecha.

—Tal vez no tenga fondo —dije.

—O sea, que no ha llegado, ya lo veo —dijo Blackstone.



—Sí —dije.

—Cuénteme lo que sabe.

—¿Por qué?

García se rió: un corto alarido.

Blackstone sacudió la cabeza sin mirarle. Metió la mano en su chaqueta y sacó una cartera de piel de cerdo, de ésas que son demasiado grandes para que quepan en el bolsillo de los pantalones. Sacó cinco billetes de cien dólares y los puso uno junto a otro en el escritorio.

—Por esto —dijo.

—¿Quiere contratarme? —dije.

García volvió a soltar su risa de ladrido.

—¿Ve señor Blackstone? Le dije que era un tipo listo.

Blackstone asintió.

—Sí —dijo—. Quiero contratarle. Quiero que averigüe dónde está mi yerno. Me gustaría que llevase la investigación de estos dos asesinatos a un final satisfactorio. Deseo que la vida de mi hija vuelva a ser ordenada y agradable.

—¿Y qué pasa si la ordenada conclusión es que su yerno se cargó a los dos? — dije.

Blackstone se encogió de hombros.

Miré hacia los quinientos.

—No necesito ese anticipo tan grande —dije.

—Coja el anticipo que suela cobrar, y el resto como señal por los gastos.

Asentí.

—¿Por qué yo? —dije—. ¿Por qué no pagar a un par de polis o a un juez o a un fiscal de distrito y hacer que echen tierra al asunto?

—Mi hija quiere que su marido vuelva —dijo Blackstone—. Su sugerencia no conduce a eso.

—Ok —dije. Me incliné, cogí los billetes y los puse en mi cartera. Allí no había nada que les hiciese compañía.

—Si quiere comunicarse conmigo, llame a Eddie. Él nos pondrá en contacto. Goza de toda mi confianza.

Volvió a inclinarse hacia delante y dejó sobre mi escritorio una pequeña tarjeta. Estaba en blanco, pero había un número de teléfono escrito en ella con tinta negra.

Miré a Eddie.

—De la mía también —dije.

—Mi única condición, Marlowe, es que me lo cuente todo a mí. No le contrato para que cotillee con la policía.

—Tendrá usted la primicia de todo —dije—. Pero puede que haya cosas de las que tenga que informar. Soy un investigador privado con licencia. Es todo lo que puedo hacer por un cliente.

—Mientras yo sea el primero... —dijo Blackstone—. Trataremos las demás

eventualidades cuando surjan.

—Estupendo —dije.

Se levantó y giró. Eddie García se puso delante de él y salió el primero de la habitación. Blackstone le siguió. Ninguno de los dos dijo adiós.

Estaba trabajando otra vez. Exceptuando el hecho de que en mi cartera había dinero, no me sentía muy diferente a cuando no estaba trabajando. Aún no tenía ni idea de qué hacer para ganarme la señal y el anticipo. Para cambiar el ritmo, hice girar mi silla y me dediqué a mirar por la ventana al Hollywood Boulevard durante un rato. La primera idea que me vino a la cabeza fue que era hora de cambiar el dinero en el café de abajo. En el valle de L. A., hacia el sur, se estaban formando amenazadoras nubes de tormenta. Las torres del centro de L. A. tenían una cubierta gris que se detenía cerca de Hollywood. Aquí aún brillaba el sol. Pero era temporal. En poco tiempo, las nubes se acercarían a las colinas, hacia el norte, y llovería mucho. Ya lo había visto otras veces.

Contemplé acercarse las nubes durante un rato; luego giré en la silla, saqué una de las fotos de Muriel y la metí en un sobre de papel manila. Junto a ella metí una de mis tarjetas, en la que había escrito:

«¿Le gustaría hablarme de esta foto?».

Puse la dirección del Hollywood Boulevard en la tarjeta, deslicé la tarjeta en el sobre con la foto, pegué el sobre y puse la dirección. Luego me levanté, fui a la oficina de correos, lo envié certificado y urgente, y volví a la oficina.

Para pasar el rato me invité al primer trago de la botella de la nueva oficina. Estaba acabando el trago anterior al último y preguntándome si me tomaría otro o no, cuando oí que la puerta de afuera se volvía a abrir. Tal vez debería contratar a un ayudante. Dejé el siguiente trago de *bourbon* para otra vez, me coloqué una sonrisa de confianza y vi entrar a Les Valentine/Larry Victor.

—Qué fácil —dije.

—¿Uh?

—Alguien acaba de contratarme para encontrarle —dije.

—¿Quién?

Sacudí la cabeza.

—Llamé a su oficina de Poodle Springs y me dijeron que se había dado de baja, así que llamé a su mujer, espero que no le importe, y ella me dijo que había vuelto a trabajar aquí.

Asentí. Larry tenía aspecto de haber estado durmiendo en estaciones de autobús y lavándose en lavabos públicos.

—¿Le importa que me siente? —dijo.

Señalé la silla del cliente con la cabeza. Él se sentó, sacudiéndose los pantalones como si pudiese volver a hacerles la raya con la mano. Se sentó y se palpó el bolsillo del pecho.

—Maldición —dijo—. Me los he olvidado. ¿Tiene un cigarrillo?

Deslicé el paquete por el escritorio, con una carterita de cerillas metida entre el paquete y el celofán. Sacó uno, lo encendió y aspiró el humo como si fuera oxígeno.

Llevaba pantalones de gabardina color gamuza, una camisa amarilla de cuadros abrochada hasta el cuello y una chaqueta deportiva de *tweed* de seda color crema con un pañuelo de bolsillo de color de un Tequila Sunrise. Al menos, ese debió ser el aspecto de las prendas cuando las estrenó. Ahora estaban arrugadas y en la pechera de la camisa había manchas. El pañuelo se había usado como toalla y estaba embutido en el bolsillo de la chaqueta de forma que sólo sobresalía una punta astrosa. No se había afeitado en varios días y la barba era desigual, salpicada de gris. La cabeza calva estaba moteada, y necesitaba un corte de pelo.

Se dio cuenta de que le miraba.

—He estado por ahí —dijo—. Hoy no he podido lavarme.

Asentí. La botella de la oficina seguía allí. Él la miraba como una vaca mira un prado.

—¿Quiere un trago? —le pregunté.

—Vaya si me tomaría uno —dijo—. El sol está a punto de ponerse, ¿verdad?

Me levanté, cogí el otro vaso del fregadero, lo traje y serví en ambos una considerable cantidad de bebida. Él agarró el suyo y se tragó casi la tercera parte antes de volver a poner el vaso en el borde de mi escritorio. No lo soltó; siguió sentado con el vaso sujeto y la mano apoyada en aquél. Yo saqué la pipa y empecé a llenarla. Se bebió otro tercio de su copa, y cuando la dejó, yo cogí la botella y volví a llenar el vaso. Parecía que se iba a poner a llorar de gratitud. Encendí la pipa ya llena y di un sorbito a la segunda copa.

—Tiene aquí un bonito sitio —dijo.

—Para las ratas, puede —dije—. ¿Ha venido usted a verme por algo?

—Es usted muy exigente. Es una oficina muy bonita —repitió—. Puede que no sea llamativa, pero es toda exterior. Ya ha visto la mía. Y está muy completa. Escritorio, archivo, ¿qué más quiere?

Bebió un poco más de *bourbon* y se reclinó, al sentirse más relajado con la bebida.

—Hombre, le diré una cosa: esto es de buen barril.

Esperé. Sabía que iba a estar un rato dando rodeos, pero sabía también que estaba desesperado. Me necesitaba tanto como para haber llamado a Linda. Se enderezó y cogió mi paquete de cigarrillos.

—¿Le importa? —dijo.

Sacudí la cabeza. Él encendió uno, aspiró un poco, tomó un sorbo de *bourbon*, se lo tragó y dejó salir el humo.

—La poli debe seguir buscándome, supongo —dijo.

—Sí —dije—. Yo también.

—No maté a aquella nena —dijo—. Demonio, usted me cree. Me ayudó a escapar.

—Fue sobre todo por Angel.

—¿Angel?

—Ya se lo dije. Parecían felices juntos. Me pirro por la gente que parece feliz junta.

—Sí, ya sé que las cosas no le van a usted tan bien —dijo—. Que se ha mudado y eso.

Di una chupada a mi pipa.

—Usted no cree que yo la matase, ¿verdad?

—Ya no lo sé —dije—. ¿Y a Lippy?

—¿Lippy?

—Sí. ¿Lo mató?

—¿Lippy? ¿Lippy está muerto?

—¿No lo sabía? —dije.

—¿Cómo iba a saberlo? —dijo—. Hace más o menos una semana que no voy por Springs.

—¿Cómo sabe que lo mataron la semana pasada? —dije.

—Jesús, no lo sé. Acabo de enterarme y pensé que se habría sabido por Springs.

—Ajá —dije.

—Yo no he matado a nadie, Marlowe. Usted es el único tipo con quien puedo hablar, el único al que me puedo confiar.

—Como lo hizo cuando lo dejé con Muriel. Se quedó allí, donde yo pudiera encontrarle.

—Claro, sí, ya lo sé. Sé que hui de usted. Pero tuve que hacerlo. Tenía que irme de allí. No sabe cómo es ella. Su dinero, su padre, lo que necesita, lo que quiere, lo que yo tengo que hacer... Me estaba ahogando allí, Marlowe.

Metí la mano en el cajón y saque la foto de 8 por 10 de Muriel Valentine. La sujeté de modo que él pudiese verla.

—Hábleme de esto —dije.

—¡Jesús! —dijo—. ¿De dónde la sacó?

—Es la foto que Lola Faithful le enseñó antes de que la mataran, ¿verdad? —dije.

—¿Dónde la encontró? Venga, Marlowe, ¿dónde?

—El ratón Pérez —dije— me la dejó a cambio de una moneda.

Bebió un poco más de *bourbon*, apagó el cigarrillo en el cenicero redondo de cristal que había en mi escritorio y cogió otro del paquete sin preguntar.

—Así la conocí —dijo.

—¿Posaba para fotos verdes? —dije.

—Le gustaba —dijo—. La gente del negocio la conocía. Pregúntele a cualquiera. Chica rica, chiflada, entra y se hace fotografiar desnuda. Lo gracioso es que ella tenía que saber que las fotos se acabarían utilizando. Quería que se vendiesen, ¿sabe?, que se distribuyeran. Quería saber que algún tipo en la calle cogería su foto de algún sitio y la vería.

—¿Le hizo proposiciones en seguida? —dije.

—No. Jesús, Marlowe, es usted un sarcástico bastardo.

—Lo intento —dije—. ¿La llevó directamente a casa y se la presentó a Angel?

—Maldita sea, era mi oportunidad. Había estado sacando miserias de aquí y de allá durante años. Hombre, soy un maldito artista y todo lo que podía hacer para ganarme la vida eran fotos verdes. Aparece una tía con más pasta que Howard Hughes, allí, en mi regazo, toda la pasta que yo quisiera; para mí, claro, pero sobre todo para Angel. La chica se lo merece todo.

—Y mire lo que ha conseguido —dije.

—Marlowe —dijo—. No sé qué hacer. Si la poli me agarra, se va a descubrir todo.

—Si usted le hizo la foto —dije—, ¿cómo es que no sabe que es usted Larry Victor?

—En aquel momento usaba el de Valentine. Ya sabe, como nombre artístico. Tenía un estudio en Highland, junto a Melrose. Intentaba hacer fotos en serio con mi propio nombre. Y cuando tuve que casarme con ella, bueno, pues, abrí una nueva oficina con mi verdadero nombre.

—Para mantener a Angel al margen —dije.

—Sí. No quería que Angel me relacionase con Les Valentine. Nunca supo que yo estaba usando ese nombre.

—¿Sabe su madre quién es usted? —dije.

—Marlowe, yo no he matado a nadie, pero si la poli me coge, se va a descubrir todo. Angel lo sabrá, Muriel lo sabrá.

—Y su viejo lo sabrá y mandará a un tipo muy duro llamado Eddie García para preguntarle cómo es que ha armado semejante jaleo casándose con su hija.

Cogí uno de los billetes de cien dólares que su suegro por bigamia me había dado y se lo tendí a Victor a través del escritorio.

—Hay una pensión en Wilcox —dije—. Justo al sur del bulevar. El motel Starwalk. Coja una habitación, dúchese, coma algo y quédese allí. Yo haré lo que pueda. Si no está allí cuando yo le necesite, le diré todo a todo el mundo y allá usted.

Victor cogió el billete y lo miró.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —dije—. ¿Victor o Valentine?

—Victor... Bueno, originalmente era Schlenker, pero lo cambié.

—Por Victor —dije—. Larry Victor.

Asintió.

—Ok, Larry. Vaya allí y espéreme.

—¿Cuánto tiempo? —dijo—. Quiero decir que yo necesito acción. No puedo quedarme colgado en una pensión para toda la vida.

—Si Blackstone le encuentra, va a quedarse usted colgado en la gran pensión del cielo —dije—. Haré lo que pueda.

Victor asintió demasiadas veces, demasiado rápido. Se levantó, guardó mis cigarrillos en el bolsillo de su camisa, dobló el billete de cien y se lo metió en el bolsillo del pantalón.

—Deje la botella —dije.

Sonrió automáticamente y se frotó la barbilla con la mano abierta.

—¿Sabré de usted? —dijo.

Asentí. Se dirigió a la puerta.

—Le hablé a Angel de Muriel —dije.

Se detuvo de espaldas a mí.

—¿Qué dijo ella? —dijo sin volverse.

—No me creyó —dije.

Aún de espaldas, me dijo:

—¿Se lo contó a Muriel?

—No.

Asintió, y sin mirar hacia atrás se dirigió a la puerta, la abrió y se fue.

Llamé a Eddie García al número que Blackstone me había dado, y él acordó que nos viésemos en el muelle de Bay City. Cuando legué ya estaba allí, en el extremo, inclinado sobre la barandilla observando a los pájaros marinos que sobrevolaban las olas buscando peces y haciendo círculos sobre el muelle en busca de basura. Las nubes se habían desplazado del valle de Los Ángeles, el océano estaba gris y lustroso y el oleaje se movía perezosamente bajo las nubes. Había venido viento con los nubarrones, y azotaba las crestas de las olas y levantaba gotas de agua. García llevaba una gabardina ligera para protegerse del viento, con el cuello vuelto hacia arriba.

Al acercarme a García, él se dio la vuelta con la espalda hacia la barandilla y los codos apoyados, y me miró.

—Vaya día para hacerme salir, marinero —dijo.

—Usted propuso el muelle —dije.

—Es un buen lugar para hablar en privado.

Asentí.

—Hay mucho sitio y no te pueden tender una emboscada —dije.

A la luz del día, de cerca, veía las patas de gallo alrededor de los ojos de García, la profundidad de las arrugas junto a su boca. No parecía cansado; sólo más viejo de lo que yo creía.

—¿Qué es lo que pasa, marinero?

—Hábleme de Muriel Blackstone —dije.

Algo pareció cruzar por la mirada de García. Su cara permaneció inexpresiva.

—¿Por qué? —dijo.

—Estoy hecho un lío, Eddie —dije—. Creo que puedo encontrar a Victor, y cuando lo haga puedo intentar que se vaya a casa con Muriel, pero no estoy seguro de que sea la mejor idea para todo el mundo.

—¿Por qué no? —dijo García.

—Es una mierda de tío —dije.

García emitió su risa de ladrido.

—Eso ya lo sabemos —dijo.

—Hay más gente mezclada —dije.

—Yo trabajo para Blackstone. Y usted también.

—Eso no significa que yo sea de su propiedad —dije.

No significaba nada. Sólo que estaba haciendo ruido, ganado tiempo, intentando descubrir qué es lo que yo quería sacar de todo esto.

—Tampoco significa que lo sea yo —dijo García—. ¿Y qué?

—¿Sabe Blackstone que ella es *hinky*<sup>[12]</sup>?

Eddie se enderezó un poco. Sus ojos se fruncieron.

—*Hinky* —dijo.



Yo también llevaba gabardina; cualquier tipo duro bien vestido la llevaría. Metí la mano y saqué una de mis fotos de Muriel. Me sentía como un hombre que vendiese postales francesas. García cogió la foto y la miró sin expresión alguna. Cuando me la devolvió, cayó encima una gota de agua: una gota gorda del tamaño de un níquel. En el muelle, a mí alrededor, oía otras gotas iguales cayendo aquí y allá. Limpié la foto contra el pecho y la volví a guardar en la gabardina.

García me miró con una débil sonrisa.

—Si el señor Blackstone estuviera aquí, usted estaría muerto.

—¿Me mataría él?

—Haría que yo lo matase —dijo Eddie.

—Sí —dije—, siento temblar mis labios.

—¿Dónde consiguió la foto?

—No importa —dije. La lluvia estaba empezando a caer más fuerte; las gotas del tamaño de un níquel se juntaban más y más—. ¿Sabe esto Blackstone?

García estaba callado, pensando. Yo esperé mientras él pensaba. Finalmente dijo:

—Sí. Lo sabe. La chica ha sido rara desde pequeña. Bebida, tíos despreciables, droga. Cuando ella era más joven, pasé mucho tiempo tratando de enderezar su vida.

—¿Por ejemplo? —dije.

—Por ejemplo, una vez que se fue a vivir a Zuma Beach con un rompecorazones de Hollywood y yo fui y hablé con él para que la dejara en paz. Por ejemplo, había una revista de la que nunca habrá oído hablar, del tipo de las que sacan dos números, cierran y vuelven a abrir con otro nombre. En cualquier caso, iban a publicar una foto suya. —García hizo una mueca salvaje—. La iban a llamar «Nínfula de Sangre Azul». Tuve que ir a hablar con el editor. Cosas así.

—Conoció a Victor cuando se hizo esta foto —dije.

García asintió.

—Sí. Blackstone la llevó a médicos; diablos, hasta fuimos a Suiza con ella. Exhibicionismo, dijeron. Y un montón de rollos más que no significaban nada para mí. Pero no la curaron. Sólo hablaron mucho.

—¿Lleva mucho tiempo con Blackstone? —dije.

—Treinta y un años —dijo García.

—Eso es más que trabajar simplemente para alguien —dije.

—¿Y dónde encontró la foto, marinero? —dijo García.

Ahora la lluvia era constante, punteando la tersa superficie de las olas.

—Lola Faithful la tenía y la guardaba en la Union Station. Encontré el resguardo en su casa.

—¿Cómo es que la poli no lo encontró? —dijo García.

—Porque no lo estaban buscando —dije—. Yo vi la discusión en el bar. Sabía que había una foto.

—¿Dónde la consiguió ella?

—No sé —dije—. Cuando la conocí, estaba muerta.

—E intentó chantajear a Larry con ella —dijo García.

Asentí. La lluvia había empapado el negro cabello de García y el agua e caía por la cara. García no parecía darse cuenta.

—Y él se la cargó —dijo.

Me encogí de hombros.

—Tal vez —dije—. O tal vez ella se había dirigido a otros.

—¿Muffy? —dijo García.

—O a lo mejor ella llegó hasta el final, a las fuentes —dije.

—El señor Blackstone —dijo García.

—Lo que seguramente significaría que fue usted. ¿Utiliza un revólver de pequeño calibre con carga pesada?

Los dos botones superiores de la gabardina de García estaban desabrochados. Hizo un movimiento y apareció una pistola. Se dio la vuelta y disparó, alcanzando a una gaviota que cayó en picado a océano. García se volvió con la pistola en la mano abierta. Era una rechoncha Magnum 44, niquelada, con un cañón de dos pulgadas. Hubiese hecho un agujero del tamaño de una pelota de béisbol en la cabeza de Lola. García volvió a moverse y la pistola desapareció dentro de su gabardina.

—No está mal —dije—, con un cañón tan corto.

—Recuérdelo —dijo García—. Si yo fuese usted, encontraría a Valentine, se lo devolvería a Muffy, cogería a pasta del señor Blackstone y me largaría.

La pesada lluvia cálida martilleaba sobre nosotros como un mal dolor de cabeza. Sentía la humedad en el cuello de la gabardina. Había empezado a soplar el viento, fuerte, y nos empujaba a ambos.

—El señor Blackstone acabó consiguiendo casarla, ¿comprende? El tío es un canalla, de acuerdo. Usted lo sabe y yo lo sé, y el señor Blackstone lo sabe. Muffy no lo sabe, y si lo sabe, no le importa. Y al señor Blackstone tampoco. Él la tiene a salvo en Springs, fuera de la calle, segura. ¿Comprendes<sup>[13]</sup>, marinero? Si lo jode todo, el señor Blackstone me va a mandar a por usted.

—Si lo hace, *Chico*<sup>[14]</sup>, ya sabes dónde paro —dije.

Estuvimos un rato mirándonos bajo la lluvia con el viento azotándonos y nadie más a la vista, en el extremo del muelle de la ciudad, sobre el espeso océano gris, muy lejos de Poodle Springs.

Cuando dejé el terrorífico Eddie García, ya era hora de cenar. Me di una larga ducha, me puse ropa seca, me serví un buen *scotch* con soda y llamé a Linda. Contestó Tino.

—Señor Marlowe —dijo—. Siento que se haya ido. Espero que vuelva pronto.

Murmuré algo animador y esperé hasta que avisó a Linda. Cuando se puso, su voz era tan clara como la luna llena.

—Cariño —dijo—. ¿Estás a cubierto y abrigado?

—Quería darte este número de teléfono —dije, y se lo di—. Es un apartamento amueblado en Ivar. Sin criados ni piscina ni piano bar. No sé si podré sobrevivir.

—¿No es horrible cómo viven algunas personas? —dijo Linda—. Espero que al menos puedas conseguir un gimlet civilizado por ahí.

—Claro —dije—. En Hollywood puedes conseguir todo lo que desees, ya lo sabes.

—¿Te sientes solo cariño?

—¿Solo? Tan pronto como se corrió la voz de que yo estaba de vuelta en la ciudad, hubo una estampida de *starlets* de la Paramount por la avenida Western.

Ambos nos quedamos un momento callados al teléfono. Los cables que había entre nosotros susurraban con la tensión.

—Cariño, no te enfades, pero papá va a abrir una fábrica, algo que tiene que ver con rodamientos, en Long Beach, y sugirió que tal vez podrías considerar trabajar allí, bueno como director de seguridad.

—No —dije.

—Podríamos vivir en La Jolla; tenemos allí una propiedad y tú podrías ir al trabajo por la mañana y estar en casa todas las tardes hacia las seis y media.

—No puede ser, Linda.

—Ya lo sé —dijo—. Lo sabía mientras lo iba diciendo, pero, cariño, ¡te echo tanto de menos! Te echo de menos todo el tiempo, sobre todo por las noches. Odio dormir sola, cariño.

—Yo también te echo de menos —dije—. Excepto cuando están aquí las *starlets*.

—Bastardo —dijo—. ¿Por qué eres tan bastardo? ¿Por qué tienes que ser tan duro? ¿Por qué no puedes ceder un poco?

—Es todo lo que tengo —dije—. No tengo dinero. No tengo perspectivas. Todo lo que tengo es lo que soy. Todo lo que tengo es una serie de normas de conducta privadas que me he impuesto a mí mismo.

—Ya veo, pero maldita sea, no sé lo que significa. Todo lo que sé es que te quiero y quiero que estés conmigo. ¿Por qué eso es tan malo?

—No lo es, es bueno. Pero tú quieres que yo sea distinto de lo que soy. Y si cambio, desapareceré. Porque no hay nada, sólo lo que soy.

Hubo un largo silencio en la línea. Luego, Linda dijo suavemente:

—Maldito seas, Marlowe. Dios te maldiga.

Colgó lentamente. Yo sostuve un momento el auricular y luego colgué.

Di un buen trago al *scotch* y miré a mi alrededor, a la habitación alquilada y los muebles alquilados. Era tan encantador como los almacenes Sears and Roebuck. Me levanté, fui hacia la ventana y miré a través de ella. Estaba oscuro. No se veía nada más que mi reflejo en el cristal negro, rayado de lluvia: un hombre de cuarenta y dos años bebiendo solo en un apartamento alquilado en Hollywood, mientras que, sobre las nubes, el universo giraba lentamente hacia el este, sobre las oscuras llanuras de la república.

Me aparté de la ventana y me fui a la cocina para volver a llenar mi vaso.

A la mañana siguiente seguía lloviendo; este tipo de lluvia constante bajo espesas nubes que parece que nunca cesará. Sacudí el agua de mi gabardina y la colgué en un rincón de la oficina. Tenía un vaso de papel lleno de café que había comprado abajo, y cuando me hube quitado el abrigo, me senté en el escritorio para tomármelo. Llevaba mi 38 en la sobaquera. Eddie García había estado hablando muy amenazadoramente, y además, si seguía lloviendo iba a tener que abrirme camino a bordo de un arca.

El café estaba demasiado caliente para dar más de un sorbito, y después de tomarlo, lo puse en la esquina de mi escritorio, donde pudiese cogerlo cuando se enfriase. La puerta exterior se abrió y se volvió a cerrar. Se oyó un breve taconeo y entró Muffy Blackstone, procedente de la lluvia. Llevaba un impermeable escarlata y un sombrero a juego. Del hombro le colgaba un gran bolso negro y los pies se protegían con botas de tacón alto negras y brillantes. Tenía las manos metidas en los bolsillos del impermeable. Sacó una para cerrar la puerta interior de mi oficina tras ella, se encaminó a mi escritorio y se quedó mirándome.

—Buen tiempo para los patos —dije amablemente.

Siguió mirándome. Señalé con la cabeza el café que estaba en la esquina de mi escritorio. De él salía una nubecita de vapor.

—¿Quiere un traguito? —dije—. No tengo otro vaso, pero me cepillé muy bien los dientes esta mañana.

Sacó las manos de los bolsillos, abrió el gran bolso negro y extrajo el sobre de papel manila que yo le había mandado hacía dos días.

Lo lanzó sobre mi escritorio sin una palabra. Yo lo cogí y saqué la foto... Miré la foto y luego la miré a ella cuidadosamente, volviendo mi cabeza a los lados para comparar su cara con la de aquélla.

—Sí —dije finalmente—. Es usted.

—¿De dónde lo sacó? —dijo. Tenía la cara muy tiesa. Pero su voz era sorprendentemente cantarina.

—Lola Faithful la tenía escondida —dije—. La encontré en la consigna de la Union Station.

—¿Por qué me la mandó? —dijo.

El deje cantarín de su voz sonaba más pronunciado. No parecía el de la calma. Me di cuenta de que era el sonido de la histeria.

—He estado caminando por las orillas de este trabajo desde que empecé. Creo que si no puedo meterme dentro, tal vez pueda conseguir que alguien salga.

—Está usted... intentando... —su voz empezó a escapársele. Subió de un modo aflautado, luego bajó y volvió a empezar en el registro más bajo—. Está usted... intentando... arruinar... mi matrimonio —vibró.

Sacudí la cabeza.

—No, estoy intentando encontrar a su marido y estoy tratando de averiguar quién mató a Lola Faithful y a Lippy —dije—. Y por ahora, no estoy consiguiendo nada.

—¿Quién...? ¿A quién le ha... enseñado usted esta... foto?

—No se la he enseñado a su padre —dije.

—Deje a mi padre fuera de esto, cochino... —las palabras salían a chorros y no podía acabar las frases. No podía pensar en algo lo suficientemente cochino para mí.

—Pensé que le gustaría que su foto circulase —dije—. ¿Por qué se pone así?

—¿Qué sabe usted? —dijo.

Su voz ya no cantaba. Le salía del pecho. Tenía una burbujita de saliva en la comisura izquierda. Seguía de pie frente a mi escritorio, con los pies abiertos y las manos otra vez en los bolsillos del impermeable. Llevaba barra de labios rojo brillante y mucha cosa en los ojos, pero su cara estaba pálida, casi color tiza, como si no hubiese visto nunca el desierto.

—Sé que conoció a Les cuando él hacía fotos en una oficina en Highland Avenue. Sé que a usted le gustaba posar desnuda, le gustaba que sus fotos se distribuyeran, que quería que las viese la gente. Sé que ha llevado una vida llena de alcohol, drogas y la tira de tíos indeseables, y sé que su viejo la ha librado de todos.

—O mandaba a Eddie —dijo.

La burbujita de saliva seguía allí.

Esperé. Mordisqueó un poco su labio inferior, lo suficiente como para estropear la gruesa capa de carmín. Se pasó la lengua por las comisuras. Primero la derecha, luego la izquierda. La burbuja desapareció.

—¿Trabaja para mi padre? —dijo.

—Me ha contratado para que encuentre a Larry para usted y se lo lleve.

—No le llame eso —dijo, con la voz aún en el pecho—. No le llame Larry.

—Por supuesto —dije.

—Él no quiere que me lo devuelva. Sólo quiere que lo encuentre para que Eddie pueda matarlo.

—¿Por qué iba a hacerlo? —dije.

—Porque no quiere que yo sea de nadie. Nunca me dejará marchar. Siempre encuentra el modo.

—¿Cómo es que se casó usted con Les? —dije.

—Nos escapamos, y cuando volvimos, ya estábamos casados —dijo—. Era demasiado tarde.

—Eso no hubiera sido un obstáculo para un tipo como Blackstone —dije—. Algo tan pequeño como es el matrimonio... Y seguro que no hubiese sido un obstáculo para Eddie García.

—Ya sabía que no me iba a creer —dijo. Su voz se estaba empezando a aflautar de nuevo—. Nadie lo haría. También estropeó esto... como lo estropea todo... y usted le va a ayudar.

La saliva había vuelto a aparecer en su comisura y su voz había llegado a un

registro que sólo los perros podrían oír.

—¿Por qué no se sienta, señora Valentine? —dije.

Volvió a sacar las manos de los bolsillos, y en su mano derecha apareció una pistola. No era muy grande. Era plateada, y por lo que se veía, la culata era nacarada. Era una bonita pistola, una pistola de señora, una hermosa automática, seguramente un 25. Tal vez de carga pesada. El cruel ojo negro de la pistola no se movió mientras me apuntaba. No hubiese hecho un agujero muy grande en mi frente. Seguramente no habría hecho ni un agujero de salida, sólo un pequeño rebote en el interior, con lo que el forense no tendría dificultades en encontrar la bala cuando me hiciesen la autopsia en la ciudad.

Sujetaba la pistola con las dos manos, justo delante de ella, con las rodillas un poco dobladas, los pies cómodamente separados, como le debían haber enseñado. Tenía la boca abierta y su lengua se movía rápidamente delante y detrás sobre su labio inferior. Respiraba por la nariz con pequeños jadeos.

—Él me ama —dijo—. Y no voy... a dejar... que usted... lo estropee...

Todo se movió muy despacio. La lluvia caía con calma infinita contra la ventana que había detrás de mí. Vi una gota perdida vagando por la solapa del impermeable de Muriel.

—Todo el mundo ha intentado estropearlo, ¿verdad? —dije.

—Sí —susurró.

—¿Y tuvo usted que matarlos?

—Sí. —Un nuevo susurro. La palabra se convirtió en un largo siseo.

—Lola —dije. Ella asintió lentamente—. Lippy. —Otro asentimiento.

Me adelanté lentamente y cogí el café.

—Pero yo no —dije—. Yo estoy intentando ayudar. Yo sé dónde está Larry.

Sacudió la cabeza despacio. Todo era lento.

—Usted... no quiere... estropearlo —dijo.

Tiré el vaso. El café se derramó por la pernera cuando el vaso rebotó en mi muslo y cayó al suelo.

—Uff —dije; me incliné para cogerlo y me tiré de la silla detrás del escritorio sacando mi 38 de debajo del brazo mientras caía. Golpeé el suelo con el hombro izquierdo. Encima de mí hubo un chasquido sordo, y dos balas se incrustaron en la pared detrás de la silla de mi escritorio. Disparé hacia el techo para que ella supiese que yo tenía una pistola. Me había puesto de rodillas, aún detrás del escritorio, y esperé con el 38 colocado en el extremo del tablero. Oía sus jadeos.

—No quiero dispararle —dije, y di la vuelta al escritorio, por el suelo.

Oí sus tacones, y luego la puerta. Me levanté y vi la puerta del vestíbulo cerrarse de golpe. Me dirigí a la ventana y miré al Hollywood Boulevard. En un minuto más o menos iba a verla salir a la calle mojada, girar a la derecha y encaminarse a Hollywood, andando rápidamente con la cabeza baja y las manos en los bolsillos del impermeable.

La mayoría de los coches que pasaban por el bulevar llevaban las luces encendidas en aquella mañana gris pizarra. Brillaban sobre el pavimento húmedo y se mezclaban con los reflejos de colores del neón y el brillo de los techos de los coches mojados mientras yo la miraba a ella desplazarse hacia el Teatro Chino, a lo largo de las tiendas de souvenirs y los lugares que vendían lencería sofisticada y atrevida.

Me volví, saqué el casquillo vacío, cargué otro proyectil y volví a guardarme la pistola en la sobaquera. Cogí unos pañuelos de papel, limpié el café derramado y tiré el vaso. Miré los agujeros de bala en la pared y el del techo. No podía hacer gran cosa con ellos. Seguramente, sólo dejarlos allí. Serían buenos para mi imagen. Cogí otra vez la gabardina y me encaminé al coche para salir del Cahuenga.

No tenía prisa. Estaba seguro de a dónde había ido. No había ningún otro lugar.



A veces pienso que el sur de California es más bonito cuando llueve que en cualquier otro momento. La lluvia limpia el polvo y barniza el mal gusto, la pobreza y la pretensión y refresca los árboles, las flores y la hierba que el sol ha abrasado. Bel Air estaba color esmeralda y escarlata y dorado bajo el cielo húmedo, y la lluvia hacía brillar las calles.

Le dije al tipo de la verja de Clayton Blackstone:

—Marlowe. Trabajo para el señor Blackstone.

El guardia volvió a entrar en la garita.

Sólo en Bel Air podía ser una garita. En Thousand Oaks hubiese sido un rancho con dos dormitorios y jardín. Tras dos o tres minutos, el guardia salió y dijo:

—Espere aquí. Eddie saldrá a recogerle.

Me senté y contemplé los limpiaparabrisas formando su triángulo truncado en el cristal. Al cabo de otros tres minutos, llegó un coche por el lado interior de la verja, Eddie García salió, se abrió la verja y Eddie se dirigió hacia mí con el cuello de la gabardina subido. Se metió en el coche, a mi lado.

—Siga al otro coche —dijo.

Subimos por la carretera serpenteante, con la húmeda vegetación a nuestro alrededor, y entramos por el gran portón. El coche de delante se detuvo y J. D. salió de él y se quedó mirándome. García salió por su lado y yo por el mío. García sacudió la cabeza. Yo le seguí por el *office* y él me condujo a través de la biblioteca hasta el despacho de Blackstone. Ninguno de los dos dijo una palabra.

Blackstone seguía detrás del gran escritorio, llevando esta vez un *blazer* azul cruzado y una camiseta blanca de tenis. En el bolsillo del pecho del *blazer* había una especie de corona. Junto al bar, con una copa en la mano, donde yo esperaba que estuviese, estaba Muriel. Su pequeña pistola no se veía por ninguna parte. Eddie cerró la puerta tras nosotros cuando entramos en la habitación y se quedó de pie a poca distancia de la misma, con la espalda apoyada en ella. Yo atravesé la habitación y me senté en la misma silla junto al escritorio de Blackstone en la que me había sentado la otra vez.

—Llueve —dijo Blackstone con aire ausente.

—Incluso en Bel Air —dije.

Asintió mirándome primero a mí y luego a su hija.

—Fue usted muy directo conmigo, Marlowe, la última vez que estuvo aquí.

Esperé.

—Pero se guardó algunas cosas —dijo.

—Nunca dije que no lo hiciera.

Hablaba lentamente y sin expresión. Como un hombre que está pensando en otras cosas: amores perdidos, niños jugando en una playa, cosas así. Se inclinó hacia delante, cogió un cigarro de una caja y lo cortó cuidadosamente con una navaja que

extrajo del cajón de en medio del escritorio. Lo encendió con calma, girando el extremo lentamente en la llama, y luego dio una chupada, dejó salir el humo y lo miró disiparse por el ambiente climatizado. Nadie habló mientras sucedía esto. A través del ventanal veía la lluvia rizando la superficie del agua cerúlea de la piscina.

—¿Qué es lo que tiene que decirme ahora, Marlowe?

—Su hija vino por mi oficina —dije—. Justo antes de que viniera aquí.

—¿Ah, sí? —miró a Muriel. Muriel sujetaba el vaso con las dos manos. Estaba casi lleno; parecía que se había olvidado de beber.

—¿De qué discutieron? —dijo él.

—De que estaba usted intentando destruir su matrimonio y de que yo, como agente suyo, estaba siendo utilizado con el mismo fin.

Blackstone miró a su hija.

—¿Muriel?

Ella no contestó. Apretaba el vaso contra su pecho, como si se tratase de calentar la bebida.

—Dijo que me mataría como había hecho con Lola y Lippy —dije—, y luego sacó una veinticinco automática cromada con culata de nácar y empezó a pegar tiros.

Blackstone no cambió de expresión ni se movió. Me miró como un hombre sumido en la contemplación.

—A Lippy y a Lola les dispararon con una veinticinco —dije.

Blackstone asintió lentamente, pero no me miraba. Miraba al otro lado de la habitación, a su hija. Finalmente se puso de pie. Vi que llevaba pantalones y mocasines blancos. Cruzó la habitación y se detuvo a unos tres pies de su hija.

—No hay nada, Muffy, que yo no pueda comprar o conseguir. Nada tan roto que yo no pueda recomponer.

Ella no lo miró.

—Háblame de eso —dijo Blackstone—. De la pistola, de Lola y de Lippy. Háblame de lo que ha dicho el señor Marlowe.

—Lola tenía una mala foto mía —comenzó Muriel. Su voz era infantil—. De aquéllas para las que yo posaba hace tiempo.

Blackstone asintió.

—No vas a volver a hacerlo nunca más, ¿verdad, Muffy? —dijo.

Ella sacudió la cabeza, mirando aún hacia el suelo y con el vaso apretado contra su pecho.

—Ella dijo que se la iba a enseñar a toda la gente de Springs y les iba a decir que Les la hizo y... —sacudió la cabeza sin levantar la vista.

—¿Y? —le instó Blackstone.

Muriel no se movió.

—Y ella se las arregló para encontrarse con Lola en la oficina de Larry y, cuando consiguió la foto, le disparó —dije—. Cogió la foto, limpió los archivos de Larry y se fue.

—No sabía que hubiese otras fotos —dijo Blackstone.

—Ella no está jugando con todas sus cartas —dije.

Ella no sabía que aquello implicaría a Larry y conduciría a la gente a Les, además.

Hablamos de ella como si fuera un adorno de jade.

—¿Qué pasó con Lippy? —le preguntó a Muriel—. Ni siquiera sabía que le conocías.

—Contrató al señor Marlowe para que encontrara a Les, para acosarle para que le pagara. Le debía dinero al señor Lipshultz.

Blackstone me echó una mirada rápida, seria. Yo me encogí de hombros.

—¿Sabías que el señor Lipshultz trabajaba para mí, Muffy?

—No hasta que me lo dijo el señor Marlowe.

—Aún así, ¿por qué no te dirigiste a mí? Yo te hubiese podido dar dinero. Ya lo he hecho otras veces.

Ella miró al suelo.

—¿Por qué, Muffy?

—Estaba avergonzada —dijo ella—. No quería que supieras que Les tenía deudas de juego. Así que fui a hablar con el señor Lipshultz.

—¿Lippy conocía a su hija? —pregunté.

—No. No sabía que yo tenía una. Mantengo los negocios muy separados de la familia.

Se volvió hacia su hija:

—¿Qué ocurrió, Muffy?

—Le pedí que no nos molestase a Les y a mí, y él dijo que los negocios eran los negocios y que su jefe iba a clavarle el pellejo a la puerta del club si perdía un pagaré por tanto dinero. Y yo le dije que no tenía el dinero, pero que podía pagarle de otras formas.

—¡Dios! —dijo Blackstone suavemente.

Su hija no dijo nada.

—Entonces Lippy sonrió como el Hermano Oso —comenté—, y les dijo a los guardaespaldas que se esfumaran, sirvió unos *scotchs* y le insinuó: «¿Qué te parece la vista del desierto desde aquí, encanto?», y... —disparé una pistola imaginaria, correctamente, apretando el pulgar y extendiendo el índice.

—Él lo habría... arruinado... todo —dijo Muriel. Yo ya había oído aquel sonido antes.

Blackstone miró a su hija durante largo rato. Luego se volvió, se dirigió al escritorio y se hundió en la silla. Cogió su cigarro, aspiró para ver si seguía encendido y miró a su hija en silencio a través de la habitación. Pero cuando habló, se dirigió a mí.

—Mandé a Eddie a vigilar a Larry Victor —dijo—. A ver en qué andaba metido. —Hizo una pausa, mirando su cigarro—. ¿Sabe que tiene una esposa?

—Sí —dije—. Lo he sabido todo el tiempo.

—¿Y no pensó que hubiese ninguna necesidad de decírmelo, aunque aceptase mis quinientos dólares?

—Hasta que tuviese una idea general... —dije—. Pensé que sólo serviría para hacer daño.

—¿Qué están diciendo? —susurró Muriel—. ¿De qué... están hablando?

—Tiene otra esposa, Muffy —dijo Blackstone—. El tipo por el que has matado a dos personas tiene otra esposa.

—¿Qué... significa eso... de otra... esposa?

—Está casado con otra mujer además de contigo, Muffy —dijo Blackstone—. Es bígamo.

El silencio llenó la habitación, haciéndose más y más denso, como una estrella que estalla. Apoyado en la puerta, Eddie García parecía dormido, pero sus ojos se movían lánguidamente de vez en cuando.

—Eso... no es... verdad... —dijo Muriel con su susurro cantarín—. No es... verdad.

Blackstone me miraba.

—¿Qué va a hacer usted, Marlowe?

—Mató a dos personas —dije—. No puedo desvanecerme hacia la puerta del sol sabiéndolo.

—Y yo no puedo dejar que la detengan por ello —dijo.

Muriel se dirigió al bar, y usando las dos manos, puso el vaso encima con cuidado.

—No voy a quedarme aquí a escuchar mentiras —murmuró. Su voz estaba en el registro más bajo.

Blackstone sacudió la cabeza.

—No, Muffy —dijo—. Estás demasiado alterada ahora, necesitas calmarte un rato.

—Te sientas ahí y fabricas mentiras —le acusó ella. La voz seguía siendo profunda, pero su aliento empezaba a acortarse, y hablaba con gañidos graves.

—Quieres... arruinar mi matrimonio. —Se movía lentamente a través de la habitación, con las manos en los bolsillos. Eddie permanecía en la puerta como si estuviese contemplando la Osa Mayor—. No dejarás que nadie... se quede conmigo. Nunca. Lo... arruinarás.

—Muffy —dijo Blackstone. Su voz era más afilada.

Ella se volvió de pronto. Sacó las manos de los bolsillos. Empuñaba la pistola en la derecha. Unió la mano izquierda a la derecha, apretó el gatillo y metió dos balas en la frente de Blackstone. Yo estaba medio vuelto en mi asiento cuando el costado de la cabeza de ella empezó a chorrear sangre, se oyó el pesado estampido de la gran Magnum de García y Muriel dio media vuelta y cayó de bruces al suelo.

Fui a comprobar el estado de ambos en medio del retumbante silencio que siguió

al tiroteo, sintiendo el olor a pólvora que había en la habitación. Ambos estaban muertos. García seguía empuñando su pistola, de pie junto a la puerta.

—Medio segundo —dijo—. Llegué sólo medio segundo tarde.

Asentí.

—Hace diez años —dijo García dulcemente—, hace diez años hubiera podido salvarle.

—La poli le va a cargar con todo, Eddie, si le cogen por esto —dije.

—No me encontrarán, Marlowe.

—Sigue disparando muy bien —dije—. Ella le llevaba ventaja.

—Medio segundo —volvió a decir García—, medio segundo de más. —Abrió la puerta, la cerró y se fue.

Me dirigí lentamente al escritorio de Blackstone, cogí el teléfono y marqué un número que conocía mucho mejor de lo que yo hubiese querido.

Los polis me soltaron a media tarde. No querían hacerlo, pero no había razón para retenerme: sólo que era un detective fatal, y ellos ya tenían los suficientes problemas como para ocuparse de eso. Mientras me dirigía hacia Venice a lo largo de la costa, intenté calibrar cuán pésimo detective había sido. Cuando llegué a Santa Mónica ya había decidido que me podía definir y que, para el caso podía seguir pensando que era un detective muy bueno.

Aparqué detrás del restaurante en el que trabajaba Angel, entré y le dije:

—Dígale al jefe que hay una emergencia y venga conmigo.

Sus ojos se abrieron, pero no hizo preguntas. Cinco minutos más tarde estábamos en mi Olds, dirigiéndonos a Hollywood.

—No hay ninguna emergencia —dije en el coche—. Lo he dicho para que pudiese venir.

—¿Ha encontrado a Larry?

—Sí —dije—. La llevo a él.

—Oh, Dios mío —dijo—. ¿Está bien?

—Claro —dije. Aunque no estaba seguro de que Larry Victor fuese a estar nunca bien.

Continuamos en silencio. La lluvia se había convertido en llovizna, la suficiente como para poner en marcha los limpiaparabrisas.

—Acerca de que estaba casado con otra mujer... —quise comenzar.

—Sé que no es verdad —dijo.

—Sí, así es —dije—. Estaba equivocado.

Cuando llegamos al motel en el que Larry estaba escondido, la lluvia cesó.

El motel era uno de esos edificios de dos pisos con cada puerta pintada de un color diferente, y una galería que corría a lo largo del piso superior. La oficina, en el extremo más alejado, sobresalía en un ángulo recto, y su fachada estaba cubierta de una especie de piedra artificial.

Angel y yo subimos las escaleras que daban a la habitación de Victor.

—Soy Marlowe —dije.

Y en seguida se oyeron pasos, la puerta se abrió tres pulgadas y apareció Victor. Entré y él vio a Angel.

—¡Larry! —dijo ella—. Larry, soy yo.

Él cerró la puerta, quitó la cadena y volvió a abrir, y Angel pareció elevarse entre sus brazos.

—Larry —dijo—. ¡Oh, dios mío, Larry!

Yo me apoyé en la pared de afuera durante unos minutos, me fumé un cigarrillo y contemplé e movimiento de las nubes que se desvanecían. Luego entré en la habitación. Angel y Larry estaban sentados en la cama cogiéndose de las manos. Ella la miraba como si fuese el rey de los persas.

Yo dije:

—Muriel Blackstone está muerta. Su padre también. Siendo él quien era, va a ser un jaleo. Usted sabrá lo que hace con ello.

—¿Cómo? —dijo Victor—. ¿Quién fue?

—No importa —dije—. Ni fue usted ni fui yo.

—La mujer ésa con la que decía usted que Larry estaba casado... —dijo Angel.

—Me engañaron las apariencias —dije.

—Sí, eso es —dijo Victor—. A veces las apariencias engañan.

—Yo no sé que usted está aquí —dije—. No sé dónde está.

Cogí los cuatrocientos dólares que me quedaban de lo que me había dado Blackstone de mi cartera y los dejé en el barato escritorio que había junto a la puerta.

—No me llame —dije—. No venga a verme.

Me di la vuelta y salí por la puerta. Victor me siguió.

—Espere un minuto —dijo, y salió a la galería—. ¿Y si viene la poli?

—Vendrán —dije—. Si pueden encontrarle.

—¿Qué tengo que hacer entonces?

—Manténgase apartado de mí —dije—. Y cuide a esa chica. Si alguna vez oigo que no ha sido legal con ella, le perseguiré y le romperé la cara.

—Oiga, Marlowe, no necesita hablar así. Diablos, hemos pasado mucho juntos.

—Sí —dije—. Recuerde lo que le he dicho.

Me volví y me marché. Oí a Victor decir detrás de mí:

—¿Marlowe? ¡Por amor de Dios, Marlowe!

Seguí mi camino.

Oí a Angel decir:

—Adiós, señor Marlowe. Gracias.

Saludé con la mano sin volverme. Me metí en el coche y salí por Wilcox Avenue.

Era demasiado tarde para volver a la oficina y demasiado pronto para volver a mi apartamento amueblado a contar las paredes. Quizá más tarde. Resolvería un problema de ajedrez, tomaría un par de copas, fumaría mi pipa. Pero aún no. Si la empezaba ya, la velada se haría demasiado larga.

Así que atravesé Hollywood lentamente, mirando a las putas y a los chulos, a los turistas y a las fulanas, a la gente de Plainfield, New Jersey, buscando estrellas; a las reinas del baile Shakopee, Minnesota, ya veteranas para las camas de los que contrataban los repartos. Todos estaban allí, en el bulevar, asustados, ávidos, furiosos, desesperados, intentando salir adelante, conseguir un puesto, una oportunidad, una palabra amable; buscando dinero, amor, un lugar donde dormir, intentando conseguir algo de droga, algo de alcohol, algo que comer; la mayoría solos, la mayoría solitarios.

Encontré un lugar para aparcar al otro lado de la calle, salí del coche y entré en el bar Roosevelt. Pedí un gimlet doble de vodka y me senté en el extremo de la barra a tomármelo. La multitud que salía de la oficina estaba empezando a aparecer. Observé la luz del bar a través del gimlet color paja. Hacía mucho tiempo, yo había estado en aquel bar con Terry Lennox, hacía mucho tiempo había conocido a Linda Loring. La hija de Harlan Potter: oro diamantes y seda, y un perfume más caro que mi sueldo de una semana. Hacía mucho tiempo, y yo seguía sentado en la barra del bar cuando todo había acabado, bebiendo solo.

Muy mal, Marlowe, está muy mal que no haya otro camino.

Me bebí el resto del gimlet, me levanté, salí y me fui a casa.

Mi apartamento tenía el olor mohoso a cerrado que cogen los apartamentos cuando no hay nadie en todo el día. Dejé la puerta abierta y entré a abrir un par de ventanas para que el salón se ventilase. Las nubes se habían despejado y, por el oeste, el sol las coloreaba al empezar a ponerse. Dejé las puertas y las ventanas abiertas y me fui a la cocina a servirme una copa. Puse hielo y soda en un vaso con un chorro de *scotch* y me lo llevé al salón. Linda estaba allí. Había entrado y cerrado la puerta. Llevaba un trajecito rosa y un ridículo sombrero rosa del tamaño de una esterilla, guantes y zapatos blancos. Su neceser era rosa con los bordes blancos y con sus iniciales grabadas, L.M.

—¿Vas a estar mucho tiempo en la ciudad? —pregunté.

Ella no contestó, sólo me miró. Sus ojos eran enormes, oscuros y luminosos al mismo tiempo.

—Esto son bienes comunes —dije—. ¿Viniste a llevarte la mitad de mis municiones?

—Vine a hacer el amor contigo —dijo.

—Creí que nos estábamos divorciando —dije.

—Sí —dijo—, lo estamos. Pero eso no incluye hacer el amor.



—Pareces muy segura de ti misma —dije—. Neceser y todo. ¿Y si digo que no?  
Linda sonrió y sacudió la cabeza. Sentí como si fuese a desaparecer en sus ojos si los miraba demasiado tiempo.

—Tienes razón —dije—. Seguramente no voy a decir que no.

Ella sonrió un poco más, silenciosa aún, con el brillo de la eternidad en sus ojos. Se quitó el ridículo sombrero y lo puso en la mesa de café.

—Necesito saber lo que esto significa para nosotros —dije.

Asintió lentamente.

—Significa —dijo, y su voz sonaba casi indiferente, como si estuviese acoplada a una orquesta que tocase fuera del alcance del oído— que nos amamos el uno al otro demasiado para dejarnos. Podemos acabar con el amor. Seguramente no podemos vivir juntos. Pero ¿por qué tiene eso que significar que no podamos ser amantes?

—Oh —dije—, ya veo. Eso es lo que significa.

—Sí.

—Bueno, me parece sensato —dije.

Linda se desabrochó la chaqueta del traje y se la quitó; se bajó la cremallera de la falda y se deslizó fuera de ella. Se quitó la ropa interior y la dejó caer al suelo, se quedó de pie y me sonrió un poco más.

—¿Quieres que te ataque aquí en el suelo del salón o preferirías retirarte al dormitorio? —inquirí.

Yo parecía desconectado de mi voz, como si en realidad estuviese fuera de cámara e interpretásemos un poema que otro recitaba. Linda no contestó.

—¿Qué prefieres? —me oí decir.

—Creo que las dos cosas —oí decir a Linda. Y más tarde, mucho más tarde, en la oscuridad, lejos del mundo, oí a uno de nosotros decir:

—¿Para siempre?

Y el otro, no sé cuál, pues nuestras voces se habían unido para entonces, contestó:

—Para siempre.

# Notas

[1] *Poodle* significa «caniche». (N. del T.) <<

[2] Referencia al *pitch* (lanzamiento), propio del béisbol, juego que Chandler cita reiteradas veces en sus textos. (N. del T.) <<

[3] «Chicas» estilizadas dibujadas por Alberto Vargas, ilustrador de *Esquire* y *Playboy* (en ésta desde 1956). Nacido en Perú, falleció en Los Ángeles el 30 de diciembre de 1982. Las famosas «chicas de Vargas» son inconfundibles por sus largas piernas y sus siluetas ondulantes. (N. del T.) <<

[4] Meseta del suroeste de las Rocosas. Da nombre a un saurio venenoso que la habita.  
(*N. del T.*) <<

[5] Especie de danza del vientre que se bailaba por las ferias. (*N. del T.*) <<

[6] *Pretty*: bonito. (*N. del T.*) <<



[7] Referencia al cuento de Rip van Winkle, personaje que fumaba una larga pipa. Una vez encontró en las montañas a unos hombrecillos jugando a los bolos, quienes le ofrecieron una bebida que le hizo dormir cien años. (*N. del T.*) <<

[8] Muy de moda cincuenta años atrás, los «palitos» de sen-sen eran mascados con la pretensión de alejar el mal aliento. (*N. del T.*) <<

[9] Posible referencia al voluminoso Roscoe Arbuckle, famoso actor cómico del cine mudo que vio truncada su carrera por un proceso judicial. (*N. del T.*) <<

[10] Personajes de *Alicia en el país de las Maravillas*. (N. del T.) <<

[11] El caballero puro de la leyenda artúrica, y el único que pudo llegar a contemplar el Santo Grial. (*N. del T.*) <<

[12] *Hinky* o *kinky*: de gustos y placeres nada convencionales; de costumbres «pervertidas». (N. del T.) <<

[13] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[14] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<